

OBRAS CLASICAS DE LA REFORMA

VIII

Francisco de Enzinas

Memorias

Historia del Estado de los Países Bajos,
y de la Religión de España

TOMO II

BR
1725
.E5918
1960
v.2



EDITORIAL "LA AURORA" - BUENOS AIRES

LIBRARY OF THEOLOGICAL SEMINARY

JUN 17 2005

THEOLOGICAL SEMINARY

BR 1725 .E5918 1960 v.2
Enzinas, Francisco de,
1520-1552.
Memorias

OBRAS CLASICAS DE LA REFORMA:

— VIII —

Francisco de Enzinas

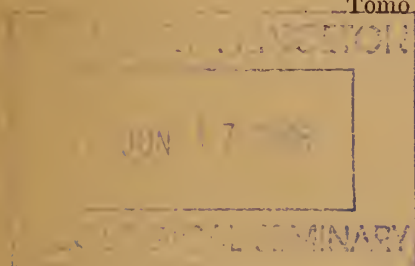
MEMORIAS
DE
FRANCISCO DE ENZINAS

FRANCISCO DE ENZINAS

MEMORIAS

Historia del Estado de los Países Bajos,
y de la Religión de España

Tomo. II



Editorial La Aurora — Corrientes 728 — Buenos Aires
Casa Unida de Publicaciones — Apartado 97 bis — México, D. F.

Traducción del francés

por

ADAM F. SOSA



1ª Edición: Febrero 1944

2ª Edición: Abril 1960

Impreso en la Argentina.
Queda hecho el depósito que
previene la ley. © 1960,
Editorial "La Aurora",
Corrientes 728, Buenos Aires

II

Lecturas y visitas en la prisión

ENTONCES yo determiné esperar pacientemente y con constancia el resultado de tales miserias, encomendando a Dios todo mi asunto, que según preveía sería no sólo largo y penoso, sino también lleno de peligros y molestias. Me hice llevar, pues, algunos libros para distraerme y prepararme por la lectura de los mismos para tener constancia y para la verdadera invocación de Dios. Entre otros, me proporcionaba gran placer la lectura de las Santas Escrituras, principalmente al consuelo de las promesas de Cristo y el maravilloso recreo de la lectura de los Salmos. ¡Señor Dios, cuánto placer y consolación me ha dado este libro! ¡Cuánto he gustado en él de los maravillosos favores de la sabiduría celestial! Ciertamente este arco de David me arrebató en tal forma con su divina armonía, esta arpa celestial me arrastró con tal fuerza al amor y la contemplación de las cosas divinas, que quizá pensando atentamente en ello pudiera recordar el placer maravilloso que me dió, pero me sería imposible saberlo relatar y darlo a entender a otros. ¿Y qué más diré? Determiné entonces hacerme algunas oraciones con los salmos propios para invocar a Dios, a fin

de servirme de ellas en mis momentos de tedio y en cualquier otra necesidad, si por ventura me acontecía alguna otra cosa; y tomé en las primeras tan gran placer que después de haber comenzado no pude darme reposo hasta no haber acabado todo el salterio. No diré si procedí con gran habilidad al extraerlos pero sí que lo hice con mucho cariño. Sin embargo, la multitud de personas que acudían a verme todos los días interrumpía frecuentemente ese pasatiempo; por más que su proceder no pudiera serme gravoso, pues yo creía que obedecía al gran afecto que me tenían. Puedo afirmar como verdad que de la ciudad de Bruselas acudieron a mí más de cuatrocientos ciudadanos, la mayor parte de los cuales estaban instruídos en la doctrina del evangelio, y los otros por lo menos eran aficionados a ella y la deseaban. Entre ellos había algunos de calidad, gentes de buen espíritu y natural, que tenían sed de la Palabra de Dios y deseaban que yo les instruyera en ella. Y a pesar de que yo no ignoraba el lugar y el momento en que me encontraba, y el peligro que ello entrañaba, realicé, no obstante ello, en tan buena obra, todo lo que el lugar y el tiempo me permitieron. Creo haber hecho tanto, por la gracia de Dios, que mi desgracia ha aprovechado no sólo a algunos, sino a una gran cantidad de personas, todas las cuales no podían agradecer en tan grande medida como hubieran querido hacerlo, la gran misericordia de Dios, por un conocimiento tal de la doctrina celestial, recibido de un pobre misionero. Ellas me contaron que había en la ciudad más de siete mil almas que conocían los abusos de esos hipócritas y que adherían a la pura doctrina del evangelio. Lo que es más, que todos los

burgueses favorecían su partido, de manera que no temían por sus vidas; ellos estaban dispuestos a cambiar la religión y restablecer públicamente la pura doctrina del evangelio. ¿Y qué diré de las otras ciudades de Flandes, Brabante y Holanda? Creo que no hay ciudad en todos esos países de donde no hayan venido a verme algunos; y todos me decían que en sus ciudades la Palabra de Dios tenía una gran aceptación, y que aun en la hora presente crecía y aumentaba maravillosamente en medio del fuego y las persecuciones que siempre había habido. Entonces yo me regocijaba de todo corazón alabando al Señor, considerando la gran potencia de Dios, que a pesar del mundo, malgrado la furia del diablo y de sus instrumentos y contra la esperanza de los hombres, por su decisión eterna, reunía una Iglesia de todas las gentes y naciones, que ni el furor de los malvados ni el poder de los tiranos podía abolir.

Mas no quiero olvidar en esta ocasión la humanidad de los de Amberes, quienes habiendo oído que yo estaba encarcelado por la traición de los frailes españoles, enviaron dos ciudadanos a Bruselas para ofrecirme de parte de ellos, no sólo lo que satisficiera mis necesidades, sino también todo su crédito y favor; agregando que sabían bien que el espíritu de los españoles era contrario a la pura doctrina e inclinado a toda superstición, y que por motivos religiosos los padres solían abandonar a sus hijos, lo que ellos creían me habría sucedido con mis padres, por lo cual me habían enviado aquellas personas amigas tuyas para ayudarme, y dinero y protección, en todo lo concerniente a mi liberación. Poco después me enviaron un mensaje semejante algunas ho-

nestas mujeres de Amberes. Pero yo les agradecí a todos, alabando, como era mi deber, la liberalidad de mis parientes que, contra la costumbre de los otros españoles, no ahorraron ni dinero ni esfuerzos para acelerar mi asunto y darme algún alivio en mi situación. Por lo tanto no quise aceptar nada de nadie, salvo la honestidad y buena voluntad, que apreciaba más que un gran tesoro.

La visita de dos españoles

Entre los que en aquel tiempo vinieron a verme, vinieron dos que yo nunca hubiera pensado: dos gentilhombres de la corte, el uno español y el otro borgoñón, ambos desconocidos para mí, pues nunca los había visto antes. Mas según lo que pude colegir de su conversación, ambos eran muy honrados, muy entendidos en muchas cosas, más sabios que el común de los sabios, y amantes de la verdadera religión. El español, pues, habló el primero, de esta suerte, en lengua española, que su compañero entendía muy bien:

“Monseñor Franciseo: aunque antes no os hayamos conoeido, ni siquiera visto, que recordemos, sin embargo, habiendo oído hablar de vuestra virtud, y conociendo yo personalmente vuestro linaje y vuestra casa, en parte por esta eausa y mucho más por vos mismo, haec tiempo que os amamos y descamos agradaros. Y a fe mía que si pudiéramos poner por obra estos buenos deseos en algún lugar de mayor libertad, conoceríais por experiencia cuánto quisiéramos hacer por vos. Y ahora

mismo, estando las cosas en un estado tan calamitoso, no vemos gran esperanza ni de solaz ni de libre compañía; así es que hemos venido a veros, para ofreceros de todo corazón, nuestras personas y nuestros bienes, como asimismo para recrearos algo con nuestra compañía y conversación, y hacer pasar algo de vuestro tedio. Porque si los sabios han considerado que la comunicación de las ideas es una de las principales medicinas del espíritu triste y desfalleciente, ¿cuánto más os deberá producir placer la charla familiar de vuestros amigos fieles, en esta época tan peligrosa en que no se encuentra ni virtud en los hombres ni lealtad en la amistad? Por lo tanto pensamos que nuestra compañía no sólo os será placentera y agradable, sino también, lo que es más, provechosa y necesaria. Porque nosotros conocemos a los principales de vuestros adversarios y hemos oído mediante qué traición os han engañado, y si no podemos hacer otra cosa, al menos poniéndoos sobre aviso de los engaños y tretas que maquinan, pensamos seros de alguna ayuda. Lo cual nos es tanto más fácil cuanto conocemos todos sus manejos y ellos no dudan de nosotros. A fe mía, Monseñor, que si hubierais conocido solamente la sombra de las traiciones y malos actos que yo conozco de ese fraile confesor del Emperador, o mucho me engaño u os habríais guardado bien de abordarlo. Pero hay una especie de necesidad fatal que hoy en día acosa a la virtud: que mientras más uno se ingenia para ajustar mejor su vida a ella y a la verdadera religión, tanto más cruelmente es atormentado por la astucia y las imposturas de los malvados. Os relataré algunas de las trapacerías y perversidades que este fraile perpetra

en la corte, y por las cuales ha llegado a la dignidad que ocupa al presente. Pero antes quiero que me digáis si no hay peligro en hablar aquí libremente, no sea que se me escape alguna cosa que después me engendre algún peligro. Además, yo me he comedido a sostener esta conversación, mas quiero que la ley sea que cuando el uno o el otro lo desee, tomaréis la palabra para interrumpir libremente. Por lo tanto, si veis que me salgo de la raya, me obligaréis a entrar; o si os parece que yerro, me reprenderéis, para lo cual no sólo os doy autorización sino que os ruego que lo hagáis". Yo hablé entonces de esta suerte: "Señores míos, os agradezco humildemente, y me siento sumamente reconocido hacia vosotros, que en momentos tan desfavorables, habéis querido menospreciar todos los peligros para visitar a un desconocido, del cual no podríais recibir por toda gracia otra cosa que una parte de los dolores y aflicciones que le agobian. Y os agradezco mucho más todavía por vuestras buenas palabras, las cuales podéis ordenar a vuestro placer y proseguir mucho más libremente que lo que yo me atreví a hacerlo en la cámara del fraile. Porque aunque ésta sea una prisión, se está aquí mucho más libre para reunirse y platicar de todas las cosas, que lo que yo estuve en aquel santo claustro dedicado a la religión. Porque los presos aquí casi todos son de buenos sentimientos y no entienden nuestro idioma; y aunque lo entendieran, a mi juicio no se sentirían ofendidos por nuestra conversación. Además, tendréis oyentes muy atentos: yo respondo también por el señor. Usaremos la libertad que nos habéis dado, y si hay alguna cosa en vuestra conversación que no entendemos y que necesite

alguna explicación, os interrumpiremos para preguntároslo”. Entonces él dijo: “No hay más que un pequeño escrúpulo, del cual os libraré antes de entrar en materia, a fin de quitar la mala sospecha que pudierais haber concebido sobre nuestra venida tan libre y nuestra intención. Porque aunque nos veáis uno español y el otro borgoñón, y siendo la superstición y la idolatría algo natural en los de nuestros países, no debéis pensar que nosotros seamos de la misma pasta que los otros, ni que estemos teñidos con la misma tintura. ¡Alabado sea Dios, que ha querido iluminar nuestros ojos y entendimientos con la claridad de la doctrina celestial para hacernos ver las tinieblas en que caminan los otros y hacernos seguir la religión pura. Y, para hablar de mí primeramente, sabed que yo soy aquel que en Lovaina os pidió tantas veces un Nuevo Testamento, que vos me enviasteis, y que os agradezco con toda humildad. Yo haré, si Dios lo permite, con el tiempo, que conozeáis que no es ingrato aquel a quien habéis hecho ese favor. Porque aunque desde hace veinte años siempre he estado en la corte del Emperador y del rey Fernando, y a pesar de que no ha habido en todo ese tiempo expedición en la que yo no haya estado (negocios en los cuales podría parecer que nadie escuchara la voz de Dios, entre tan grande fragor de armas, trompetas y clarines) sin embargo, por la gracia de Dios, yo siempre he amado el estudio de la buena doctrina, y jamás hubo otra cosa que me disgustara tanto como ésta: que no hubiera en nuestra lengua libros de santa erudición. Pues yo no entiendo el latín, para haber adquirido por ese medio un conocimiento completo de la verdadera religión. Y

todo lo que he podido conocer, lo atribuyo, en primer lugar, a la misericordia de Dios, por la cual le doy gracias sin cesar, y después también a cierta buena inclinación natural, por la cual yo entendí incontinenti la verdad, tan pronto como se me la propuso, y después de haberla entendido determiné seguirla sin mayor dificultad. Finalmente, también reconozco que algo debo a la frecuentación de los alemanes. Porque he estado mucho tiempo en aquel país, he aprendido su idioma, he leído algunos de sus libros, he oído las prédicas de gentes doctas, por la enseñanza de las cuales, así como por mi experiencia, he sido hecho más sabio. Pero siempre ha sido uno de mis más grandes dolores el de ver la voz de Dios expulsada y desterrada únicamente de nuestro país y resonar con tanta claridad en todos los otros de la cristiandad. Pero ya he hablado bastante; el resto lo sabréis por nuestra conversación y trato, que deseo sea de larga duración. Lo que a mí me falte lo suplirá el señor que ha venido aquí conmigo; pues él es bien instruído en toda honesta doctrina, principalmente en la santa. Y os tiene tal afecto, que desde que ha oído hablar de vos no ha parado hasta que hemos venido, tantos deseos tenía de comunicar con vos. Por lo tanto aquí estamos, para ofreceros todo lo que esté en nosotros, y para recrearos en alguna forma, y hacer pasar en algo el tedio que sufrís estando en tal aflicción de cuerpo y alma. Mas yo quisiera, como dije antes (si tales deseos sirven de algo al presente) que pudierais conocer esta buena voluntad en lugar más adecuado, o que yo os hubiera podido encontrar antes de que os metieseis en-

tre las manos de ese fraile malvado y traidor. Ciertamente si quisiera relatar todas sus traciones, engaños, deslealtades y perversidades, no me alcanzaría el día entero. Es de nuestro país, venido de lugar muy bajo, y no se destaca en nada, salvo en su superstición, engaños y traiciones; tan ejercitado está en esto que por estos medios tiene no solamente a toda la corte, sino al mismo Emperador como embriagados. Ha llegado a la dignidad que ahora ocupa siendo todavía joven, pero es zorro viejo en materia de forjar y ejecutar toda clase de maldades, y nada recomendable a no ser por su superstición. Después de la muerte del otro confesor, que murió dos años ha, éste fue colocado en su lugar, aunque más merecía ir a conducir un arado. Y como sucede comúnmente con aquellos que sin merecerlo alcanzan algún honor superior a sus propias esperanzas, tan solamente porque la fortuna es ciega, desde aquel momento el tal fraile no ha podido mantener ninguna mesura ni modestia en asunto alguno. Y como sabe muy bien tocar y conmover los espíritus de los ignorantes, principalmente de aquellos que no tienen ningún conocimiento de la verdadera religión, con una hermosa apariencia de superstición, bien consciente de esta su bella virtud, el malvado trata no solamente de aumentarla con arte y diligencia, sino también de encandilar más a las gentes con engaños y maldades. Habéis oído, pues, por qué medios ha llegado a esa posición y cómo adorna y da lustre con sus tretas a su impiedad. Oíd ahora cómo retiene su auditorio y se mantiene en gracia con los grandes señores.

Los engaños del fraile

“Primeramente, con una apariencia de doctrina y santidad ha hechizado a todos los principales de la corte, desde el más pequeño hasta el más grande. Aun, lo que es muy de deplorar, ha embriagado al Emperador con ese brebaje. No quiero decir nada ahora de sus peores maldades, cuyo sólo recuerdo perturba mi espíritu. Pero su poca erudición pueden conocerla aún los niños. En verdad, apenas si tiene instrucción, a estar a lo que dicen los que entienden. De teología, que él considera como su negocio exclusivo, ha aprendido tanto que al oír sus sermones se diría que fuera algún borracho, o algún poseído de la furia de Satán, frenético en medio de una comparsa de gentes rabiosas, o en la danza de las furias, más bien que un teólogo en el púlpito. Y no obstante ser torpe e ignorante, muchos lo tienen en gran estima, aunque no haya niño de escuela que no se juzgue más sabio que él; y lo que es más, y es muy de deplorar, él tiene en su mano la conciencia del Emperador, ejerce en ella una cruel carnicería, le infiltra su veneno, de suerte que si pudiéramos verla con nuestros ojos nos parecería más herida que soldado alguno lo fuera en las pasadas guerras de Francia. Es una tiranía muy de lamentar la que este desgraciado calumniador usurpa y ejerce con sus rayos de impiedad, sobre la conciencia de un príncipe tan dulce. Se presenta a él con la cara llena de hiporesía y simulación, con la cabeza metida entre los hombros, el capuchón hasta los ojos, mirando al suelo, con las manos juntas, de tal suerte que a

juzgar sólo por el aspecto exterior se diría un hombre muerto para el mundo, que menospreciara las cosas terrenas y sólo contemplara las celestiales, que aunque lo quisiera no podría hacer daño a una mosea. Le hace un breve saludo, sacando la cabeza de su capuchón con bastante gravedad. Hecho esto, sube a su cátedra y empieza a emplear sus artificios. Se diría propiamente que fuera alguien descendido del cielo, de haber estado sentado a la mesa de los dioses, y que quisiera anunciar algún secreto aprendido de Júpiter, tales los preparativos y el aparato que usa. Al comenzar, después que ha abierto la boca y se ha dispuesto a hablar, usa una voz baja pero firme, a fin de que lo que quiere decir pueda penetrar en los corazones de aquellos que le escuchan. Después, cuenta alguna cosa de la religión de los antiguos: alaba su celo y ardor. Y luego, lanzando a veces algunos suspiros, y dejando caer con arte algunas lágrimas, deplora la ruina de la religión, la dignidad eclesiástica abatida, exhorta y ruega al Emperador a caminar por la senda de sus predecesores, la cual habría seguido felizmente hasta el presente, a mantener la paz y la tranquilidad en este país, a punir y castigar seriamente a aquellos que la perturban, y otras mil cosas semejantes. Después que se ha insinuado así, con esa sauta modestia, despliega sus sentimientos, saca a relucir los artificios que el furor de Satanás le inspira. Acosa el ánimo del Emperador, inflama a todos los príncipes contra la doctrina celestial, trata, con infinitas calumnias, de difamarla y extinguir esa chispa de la luz del evangelio que brilla aún en medio de las tinieblas. Incita a los príncipes a tomar las armas contra los

alemanes, diciendo que Dios no les será jamás propicio, y que nada que emprendan les saldrá bien, si primero no pasan a sangre y fuego a los luteranos, a los cuales llama apóstatas de la Iglesia. Y no cesa jamás de gritar y rebuznar así hasta que ha conseguido forzar las conciencias del Emperador y de los príncipes, ganándolos para su opinión con sus prédicas sediciosas, o por lo menos indisponiéndolos contra la verdadera doctrina. Y si ve que son remisos para la crueldad y la persecución, o bien que no muestran la diligencia que él desea, se dirige entonces al Emperador, y le exhorta por la salvación de su alma al arrepentimiento, en la confesión anricular en la cual yace y consiste todo su imperio. Allí es donde da sus grandes golpes, donde acude a sus afecciones trágicas, para doblegar e inclinar el corazón del Emperador, ya sea con amenazas de la ira de Dios o con promesas de buena fortuna, o con el miedo al infierno, o con alguna otra de sus ilusiones comunes, a la crueldad contra los miembros de Cristo, a la destrucción de la Iglesia, y a la efusión de la sangre cristiana. Porque el cruel asesino no está jamás satisfecho si no está rociado con sangre humana. Que si por ventura el Emperador conserva su acostumbrada dulzura, o bien vacila acerca de lo que debe hacer, él lo asalta finalmente con sus rayos: “Sagrada Majestad —le dice—, yo estoy aquí instituido por Dios para regir vuestra conciencia, como la del monarca que Dios ha puesto en el supremo grado de honor para defender la Iglesia y tomar venganza de la impiedad. Además, me es dada por Dios autoridad (lo que vuestra Majestad no ignora) para atar y desatar, perdonar y retener los pecados, según lo que está dicho:

Todo lo que ligareis en la tierra, etc. Yo he propuesto a vuestra Majestad aquí, delante de Dios y de los santos ángeles, lo que exige la salud de la república, la utilidad de la Iglesia y el deber de vuestro estado. Si vuestra Majestad no consiente en que a Iglesia sea limpiada de esa inmundicia como con una purga, o bien procede fríamente en una cosa de la cual depende la salud de la Iglesia, yo os declaro que no puedo daros la absolución, pues no debo abusar del poder que he recibido de Dios." El Emperador, oyendo que no puede ser absuelto, fácilmente se ve ya en los abismos del infierno. Y el fraile no se deja persuadir a darle la absolución antes de haber obtenido del Emperador todo lo que quiere, y haberle arrancado la promesa de hacer una inquisición contra los sospechosos de herejía, hasta exterminarlos a todos. Considerad, pues, ahora, en vosotros mismos, qué plagas afligen la conciencia de tan clemente emperador. Habiendo el fraile obtenido esa palabra, se va incontinenti a Granvella, que ocupa el primer lugar en el gobierno, y cuya opinión ya tiene asegurada: porque en estas materias jamás opina de otro modo que como quiere el fraile. Y aun hay en la corte quienes osan decir que entre él y Granvella hay un pacto: que en materia de religión Granvella no debe jamás contrariarle, y el fraile, por su parte, debe defender siempre ante el Emperador la reputación y dignidad de Granvella, y recomendarle sus hijos para que les sean concedidos los honores y dignidades eclesiásticas. Y nosotros vemos con nuestros ojos los efectos de ese pacto. Porque, según se dice, se prepara en este país una persecución tal que jamás se ha oído nada semejante, y que ha de

costar la sangre de infinidad de cristianos. Recientemente, cumpliendo las obligaciones de ese pacto, el fraile había logrado del Emperador que el obispo de Arras, hijo de Granvella, fuera designado arzobispo de Valencia: pero como los españoles no quisieron recibir a un extranjero, no pudo conservar el puesto. Pues para informaros de las prácticas de la corte os diré que cuando se trata de cubrir algún obispado, la aprobación y consentimiento del fraile no son menos necesarios que la voluntad del Emperador. Es tal su poder, que aquel que él recomienda es incontinenti hecho obispo; aquel que, por el contrario, él no aprueba, aunque fuese el más digno del mundo, es rechazado súbitamente. Oyendo esto os maravillaréis quizá de cómo este fraile ha adquirido tal autoridad, y cómo es que teniendo tanto poder no se hace conferir algún obispado; mas cuando conozcáis sus intentos y su astucia no os maravillaréis más. El sabe bien que se congracia más con el Emperador rechazando un obispado (lo que se dice que ya ha hecho) que aceptándolo. Y al rechazarlo su intención no ha sido otra que la de obtener con el tiempo algo mejor. Lo cual ya ha obtenido al presente. Porque no creáis que no sea cosa mucho más importante para él tener en su mano el corazón del Emperador, y ejercer sobre él su tiranía que ser obispo en algún rincón donde otro sea el tirano. Además, él aspira a ser cardenal y finalmente Papa. ¿Qué os parece ahora del señor fraile? ¿Qué tal pensáis que debe ser el gobierno de la Iglesia cuando los asuntos se resuelven según los sentimientos de ese fraile malvado? A fe mía, Monseñor Francisco, que yo os hubiera podido aconsejar si hubierais

hablado conmigo antes de ver a ese fraile. Creo que mi consejo hubiera podido tanto, que no habríais caído en el peligro en que al presente os halláis. Pero tengo todavía gran temor de que ese fraile no haga algo más, y esté maquinando alguna gran calamidad en la Iglesia. Porque según he oído asegurar como cierto, ha obtenido del Emperador lo que quería, y además está todos los días detrás de Granvella y los del consejo, para empezar a ejecutar una carnicería de cristianos, tal como jamás se ha oído de otra semejante”. Yo escuché muy atentamente toda la conversaci6n de aquel buen se6or, y despu6s que terminó le respondí de esta suerte:

La respuesta de Enzinas

“Ciertamente, Monse6or, yo desearía que lo que acabáis de decir me hubiera sucedido. No dudo de que ello me hubiera sido muy saludable, si hubiera podido suceder tan fácilmente entonces como ahora nos es fácil desearlo. Por lo demás, estoy maravillado de oiros hablar así de ese fraile. Porque por más que yo haya experimentado su perversidad, estaba lejos de pensar que hubiera llegado a tanto como oigo por vuestra conversaci6n. Y mientras os escuchaba hablar, dentro de mí ponía en contraste las maldades e impiedades de ese fraile desgraciado con la maravillosa bondad, simplicidad y piedad de este hombre que veis aquí delante nuestro (era Gilles que estaba presente, y que aunque no entendía nuestra conversaci6n, miraba sin embargo muy atentamente a aquellos hombres, que bien se veía

eran mis amigos). Porque para no decir de nuestro fraile más que lo que se ve a simple vista, nadie será tan rudo, o de tan poco sentido que no conozca incontinenti que está, o poseído del diablo o atormentado por el espíritu de las furias. No quiero olvidar lo que oí ayer, a fin de que veáis cómo los juicios que hacen los otros de ese fraile maestro concuerdan con los nuestros. Un gran personaje de la corte del Emperador, ciudadano de Bruselas, estuvo ayer aquí conmigo y me contó cómo había hablado al fraile en parte sobre mi asunto, en parte sobre algunos otros. Como él no sabía bien el español, y el fraile nada de francés, se habían visto obligados a hablar en latín. Me contó, pues, que al principio de la conversación había percibido incontinenti dos bellas virtudes del fraile: la primera, que era tan indocto que no sabía hablar latín sin violar a cada palabra las reglas de la gramática; la otra era que había descubierto incontinenti, en sus ojos y en toda su apostura, que era un engañador y un traidor. Y dijo que había venido a verme tan solamente para reprenderme por mi poco juicio, al no haber advertido esas bellas virtudes al hablar con él. Yo confesé francamente mi poca sagacidad, al no haber podido ver lo que era evidente para todo el mundo, aunque yo había conocido bien que era ignorante tan pronto como le oí dar su lección. También pensaba que era muy supersticioso, como buen fraile jacobino y español, palabras que encierran para mí más de las virtudes monásticas, y dicen no sé cuánto más que si mencionara los frailes de todas las otras naciones. Pero no podía jamás imaginar que estuviera dominado por tantos engaños, tantas traiciones,

tan extremas impiedades como he conocido por experiencia. Que, si por el contrario, conocierais los admirables dones de Dios que brillan en este hombre que veis aquí, no dudo de que los tomaríais mucho más en cuenta, y los alabaríais más que lo que menospreciáis, y con razón, a ese astuto fraile”. “Os rogamos, Monseñor —me dijeron entonces— nos digáis quién y cuál es. Porque en esta hora estamos desocupados, y no podríamos oír nada que nos agradara tanto como eso. Pensamos también que el recuerdo de tal hombre no podría sino sernos agradable, tanto más cuanto vemos bien que vos le amáis y que él también os ama. Pues tiene siempre los ojos sobre vos, como si quisiera acomodarse enteramente a vuestra voluntad”. “Yo os aseguro —les dije— que trataré con mucho más placer este tema, que no consumir el tiempo relatando u oyendo los fraudes y engaños del fraile, del cual si no hubiera oído hablar jamás, me consideraría bien dichoso”. “También nosotros —dijeron ellos— estamos ya cansados de hablar de él, y hubiéramos pedido licencia para apartarnos del tema; pero no penséis que sea el único en la corte, o que en España no se pueda encontrar otro semejante. Hay innumerables monstruos semejantes, de suerte que aun cuando fuera cortada esta cabeza, en un momento podría surgir una infinidad de otras. Pero no empezaremos de nuevo a hablar hasta que hayamos recreado un poco nuestro espíritu oyendo hablar de nuestro Gilles, ¿pues por qué no hemos de poder llamarle nuestro cuando sabemos ya que es vuestro”. “Eseuchad, pues, les dije entonces, la opinión que yo tengo de Gilles.

“Estimo que no sabríais contarme nada de algún español, por extraño y abominable que fuera, que la virtud de este hombre santo no sea más grande en honor y verdadera alabanza. Y no creo que el confesor portandarte de todos los abominables supersticiosos esté tan desfigurado por las traiciones y perversidades, como vosotros mismos juzgaréis que este Gilles está adornado y enriquecido por Dios de verdadera piedad, y, en suma, de todas las virtudes’. Comencé entonces a relatarles las virtudes más notables que yo había conocido en Gilles; advirtiéndoles que no se contentasen con lo que yo les contaba fríamente, porque si yo tratara de hablar de ello como la cosa lo merece, sería como si quisiera calzar las botas de Hércules a un niño; pero que ellos mismos hablasen con él, y que oyeran un poco la voz de ese santo varón; entonces podrían juzgar mejor su virtud. Lo cual hicieron muy diligentemente, y después de haber conversado algún tiempo con él, conocieron que yo le había alabado antes bien fríamente, y que su excelente virtud no podía ser representada suficientemente por ninguna alabanza mía. Luego, volviéndose a mí, dijeron: “Vemos que se acerca la hora del almuerzo, y por lo tanto os dejaremos por ahora, prometiéndoos estar de vuelta temprano después de comer”. “Hacéis eso, tal vez, les dije, porque os aburrís en este lugar, o bien porque queréis ver si no habéis sido arrestados aquí, y si os abren la puerta tan de buena gana al salir como lo han hecho al entrar. Pero no os preocupéis por ello, les dije; yo os aseguro y os respondo de que podéis estar aquí conmigo libremente como en vuestra casa, con tal que no tengáis ese sentimiento de vuestra

libertad perdida, que es el pensamiento que más atormenta a los pobres prisioneros. Con nosotros es distinto. Pues una vez que hemos entrado aquí, no podríamos con todos nuestros ruegos obtener que se nos dejara tomar un poco el aire de afuera. Pero a vosotros la puerta os será abierta siempre, tanto para salir como para entrar. Por tanto, señores, si es que la compañía de los prisioneros no os es tediosa, o que penséis no ser tratados bastante bien, quedaos a almorzar aquí conmigo, a fin de que con vuestra presencia y conversación recreéis mi espíritu, que de otro modo estaría triste. Después de almorzar, si en la tristeza pueden caber la alegría y los motivos de risa, rogaréis a mi huésped que veis allí, la cual está siempre alegre y presta a reír, que me permita ir a pasear afuera con vosotros. Aunque mucho me temo que os lo niegue". "La compañía de los prisioneros, dijeron ellos entonces, no nos es gravosa, ni tenemos miedo de ser maltratados y aun menos dudamos de nuestra libertad. Porque aun cuando sucediera que fuéramos retenidos, nuestros espíritus no dejarían por ello de estar libres, y lo que es más, estando aquí en vuestra compañía y la de Gilles, no tendríamos motivos para considerar tan penoso nuestro cautiverio. Por lo tanto, de buena gana nos quedaremos con vos, con el solo fin de alegraros y de solicitar permiso para vos a vuestra huésped. Aunque temo que, por graciosa que sea, no obtengamos de ella nuestro pedido." Mas aquí se aproxima. "Señora —le dijeron entonces—, hoy nos quedaremos a almorzar con vos, pero será con esta condición; que después del almuerzo daréis permiso a Monseñor Francisco de salir a pasear con nosotros, y os

lo devolveremos para la cena.” “Yo os aseguro, Monseñores, —respondió ella—, que no me regocija tanto la miseria de los prisioneros que no quisiera que todos estuvieran en libertad, y mucho más el señor Francisco. Pero su compañía nos es tan agradable que por nada quisiéramos perderlo, ni echarlo tan presto de nuestro albergue; también creo que no pedís en serio una cosa que sabéis que redundaría en un gran daño para mí. Por tanto lo mejor será que permanezcáis con él, lo cual no sólo os permitiré sino que os lo ruego. Yo os haré un buen fuego y os aderezaré bien el almuerzo; os daré también algún buen vino, a fin de que alegréis un poco a este hombre, al cual no se le ha podido arrancar una palabra que no fuera seria desde que está acá. Lo he visto siempre más triste de lo que exige su juventud.” “Sí, señora —dijeron ellos—, haremos lo que decís, pero a condición de que cuando queramos, saldremos a respirar el aire de afuera.” “Podréis hacerlo —dijo ella—, cuando os plazca.” De modo que se quedaron para el almuerzo, el cual pasamos alegremente en buena y placentera conversación. Después de almorzar volvimos incontinenti al lugar donde habíamos tenido antes nuestra conversación privada y familiar, y allí nuestro español comenzó a decir:

El evangelio en España

“Habéis oído las tretas del fraile, las cuales vos podríais entender sin mí por esta sola traición que os ha hecho. Y pienso que vos también la juzgáis como nos-

otros. Pero como veo que tenéis todavía demasiado buena opinión de España, trataré, si puedo, de quitárosla. Sabed, pues, que el confesor no es el único enemigo en España de la pureza del evangelio. Porque aunque debido a sus audaces empresas él pueda ser considerado justamente como el primero, es muy cierto, sin embargo, que los principales españoles (que encuentran conveniente ampararse en el nombre de la Iglesia) son a la verdad los más encarnizados enemigos de Dios; tanto que ninguno de ellos es más honrado ni reputado más santo y religioso entre el vulgo, que el que más estrechamente ha conjurado contra la gloria de Dios y contra el evangelio de Jesucristo.

“Nosotros tenemos en la corte muchos obispos que, en el lugar en que están encargados de apacientar al pueblo de Dios en la pastura celestial, no solamente no la reconocen, sino que la persiguen. Que si yo quisiera hacer un discurso sobre su ignorancia llena de orgullo, sus supersticiones, sus impiedades, la idolatría manifiesta de que están hinchados, emprendería una cosa demasiado difícil. Mas para haceros gustar algo, de todos modos, dejaré por ahora los obispos vulgares, todos los cuales se ven obligados a confesar que no saben su a, b, c, y tomaré solamente el arzobispo de Compostela, al cual vos conocéis, y cuya grande piedad y excelente doctrina son tan celebradas por los españoles, que les parece ser algún pequeño dios entre los hombres, ya que no esperan a que haya muerto para rendirle honores divinos. Pero en cuanto a mí, contra toda la opinión de los grandes personajes, pienso de él que no hay peste bajo el cielo que haga tanto daño a los cuerpos humanos, como su

doctrina y reputación perjudican a las pobres conciencias y deshonoran a Dios. Os ruego, Monseñor Francisco, que no os inquietéis por esta palabra, ni desdeñéis mi afirmación como demasiado monstruosa y apartada de la verdad; oídme solamente con paciencia, y no hagáis ninguna decisión en vuestro espíritu todavía, hasta que no hayáis oído mis razones. Entonces, si ellas os parecen buenas las seguiréis; si no, podréis contradecirlas; tan lejos estaréis de encontrarme obstinado en la defensa de mi opinión, que la abandonaré incontinenti si oigo mejores razones, y todavía os agradeceré por haberme sacado del error, que no quisiera nunca sostener a sabiendas.

El arzobispo de Compostela

“Sabed, pues, primeramente, que entre todos los españoles este hombre no solamente es el que más horror tiene a la pureza del evangelio, sino que también juzga que debe ser desarraigada. Lo que es más, frecuentemente acude al Emperador sin otro motivo que para inflamarlo con sus clamores sediciosos a la crueldad contra los pobres miembros de Cristo. Os pongo por juez a vos mismo, que últimamente le habéis oído en Amberes, no predicando, sino despotricar clamando furiosamente e incitando al pueblo a la sedición. En cuya prédica se dice que os tocó encubiertamente, y aunque estabais sentado bien cerca de él no os pudo conocer. Predicó mucho también contra un librito español, al cual o no lo conoce, o a sabiendas censura lo que sabe que es la verdadera doctrina de la Iglesia de Dios. El es quien ha impedido

que en España se lea el Nuevo Testamento, y que se permita al pueblo las Santas Escrituras. También él, para no ocultaros nada, ha sido el primero en oponerse a vuestro Nuevo Testamento en español, juzgando digno del fuego el acto de darlo a luz. Como si la salvación de las almas revelada y ofrecida en el evangelio no perteneciera tanto a los españoles como a las otras naciones de la tierra. ¿Juzgaréis estas cosas como señales de algún gran doctor, o aun de un hombre? ¿No son más bien dardos de furia con los cuales los corazones de los débiles son heridos y precipitados a una miserable desesperación? ¡Oh blasfemia enorme y execrable! Querer desterrar de la vista y la memoria de los hombres la palabra de Dios, y hacer que el pobre pueblo hambriento de la doctrina de Cristo sea alimentado con meros sueños y fantasías de viejos. ¡Y luego os vienen a alabar semejante insensato, a ensalzarlo y decir que hay que escucharlo! Antes es necesario huir de él y evitarlo, ni más ni menos que a una segura peste de las almas. Os contaré algo que yo mismo he visto. Hace algunos meses que el Emperador estaba en una ciudad de Alemania, llamada Ulm. Este viejo quiso ver el templo de la ciudad, y habiendo visto las vidrieras del templo todas blancas, sin ninguna pintura, contra la costumbre de España y de los otros lugares, apenas entrado cayó a tierra como muerto. Sus capellanes y otros servidores, no sabiendo la causa de su mal, acuden incontinenti, lo levantan, y después de un tiempo, cuando volvió en sí, lo colocan en una cátedra del templo. Los que tenían más confianza con él, le preguntan cómo se encontraba y qué era lo que le había hecho mal. Entonces moviendo

un poco la cabeza, juntando las manos y haciendo una maravillosa mueca de superstición, comenzó con lágrimas a llamar en su ayuda a todos los dioses, a fin de que descargaran la venganza del cielo sobre esos perros sacrílegos (se refería a los alemanes) que habían despojado el templo de Dios de todos sus ornamentos y no habían dejado ningún santo en las ventanas, ni dios alguno en los altares. Uno de ellos le respondió que no era cosa de maravilla que exterminasen los santos de sus templos, puesto que por lo que a ellos hacía, los expulsaban del cielo, quitando su invocación y adoración. Entonces el arzobispo, levantando los ojos divisó hacia el coro una ventana en un rincón donde todavía quedaba una imagen de Jesucristo pintada en colores; y como reavivado se arrojó a tierra en medio del templo, y allí adoró a su dios de vidrio, hablándole, los brazos extendidos, como si hubiera debido entenderle, y diciendo así: Te doy gracias, Dios mío, de que hayas querido mostrarte a mí en este lugar. Porque no dudo que no has querido mostrarte a estos perros; de otro modo, si te hubieran visto, te hubieran roto y arrojado fuera de este templo, como han hecho con los otros santos.”

Pero este buen señor español me relataba este cuento del arzobispo con tanta gracia, en un idioma español de tanta elegancia y propiedad, que oyéndolo no pude aguantar la risa, y no sabría explicarlo ni cerca con tanta gracia en otra lengua. Por lo demás, a fin de que no le pareciera que yo estaba del todo de acuerdo con él, principalmente en lo que decía acerca de un hombre que entre los españoles era estimado como el más docto y el más hombre de bien, y que había dado también

pruebas evidentes de su piedad, le dije que en eso no era de su opinión. Y que por lo que contaba del arzobispo yo descubriría en el hombre un gran celo, aunque, como dice San Pablo, no fuera conforme a ciencia. Por lo demás, que debíamos soportar los unos las debilidades de los otros, y si había en él alguna tacha, excusarlo, tanto más cuanto que por lo demás era de buena vida, y que se decía que era tan caritativo que daba todos sus bienes a los pobres, y que jamás había rechazado a nadie. Y que en medio de la gran corrupción de este siglo, yo estimaba muy dignas de alabanza las virtudes de ese prelado. “Vos emprendéis una cosa muy difícil, Monseñor Francisco, me dijo entonces él, si queréis colorear y encubrir una idolatría manifiesta con alguna apariencia externa de buena vida, que deslumbra los ojos y engaña los espíritus de los simples, como con alguna cerusa u otra pintura; o si consideraréis una corrupción tan grande como una simple mancha en un gran saber y conocimiento de la doctrina del Hijo de Dios, nuestro Salvador. ¿Ignoráis la costumbre de Satanás, que se disfraza a menudo de ángel de luz, para atraer por ese medio a las pobres almas a la perdición? Quitad, pues, todas las obras que son frutos de la superstición, esas limosnas, esa dulzura y modestia y otras cosas que antiguamente se han encontrado también entre los paganos. Esas cosas deslumbran grandemente a los simples, mas aquel que está medianamente instruido en la doctrina de Jesucristo, no se debe conmovér por ellas. Lo que es más, aquello que por su naturaleza no es malo, o bien a juicio del vulgo es digno de alabanza, debe ser estimado por los sabios como viciosos y condenable, cuando parte

de un impulso del corazón malo y supersticioso como de una raíz, y todavía más si se hace para adquirir gloria entre los hombres o para enmascarar impiedades mayores. De que todos los hechos y dichos de este obispo no huelen a otra cosa que a un veneno muy peligroso, y no tienen más que a derramar la sangre de los cristianos, es suficiente testimonio esa expresión de la cual se sirve tan frecuentemente desde que ha venido a este país, y que ha proferido delante del Emperador: Que la alta Alemania ha terminado; que ya no tenía ninguna esperanza de que haya de volver al seno de la Iglesia católica (refiriéndose a la tiranía del Pontífice romano). En cuanto a la baja, que tenía todavía alguna esperanza de su conversión, con tal que el Emperador hiciera volar seis mil cabezas o redujera a cenizas otros tantos cuerpos; entonces los otros se convertirían por temor y no por otra cosa. Así este buen obispo quiere que el imperio sea conservado por el miedo y la tiranía, y no por la prudencia, la justicia y la dulzura. ¿Pensáis vos que sea un hombre quien ha dicho tales cosas? Ciertamente, quien ose pensar en su corazón tamaña impiedad será tenido siempre por mí como un Satanás, por bella que sea su apariencia. Y este gentil obispo que vos alabáis y apreciáis por sobre los demás, porque predica, porque hace limosnas, no sólo piensa tales cosas en su espíritu, sino que también, a veces, por el gran celo que tiene no puede contenerse y profiere con su boca impiedades manifiestas. Ahora, vos sabéis que la impiedad es tanto más abominable cuando está cubierta con algún velo, y se oculta a la vista de las gentes simples para herirlas con más eficacia. Entonces embriaga con su veneno a las

pobres gentes, incitándolas a beber en copa de oro y fro-tándole el borde con alguna dulce miel, de suerte que tan pronto se bebe ese brebaje, se percibe que es veneno. Escuchad, os lo ruego, el gran juicio de este obispo. Una vez, en Amberes, quiso comprar una imagen de la vir-gen María, en el lugar que llaman vulgarmente el Par-vis, donde se ve infinidad de pinturas de todas clases. Mas como no pudieran ponerse de acuerdo en cuanto al precio con el dueño —tal es su liberalidad—, se fue. Poco después envió un siervo a decirle al pintor que si quería dejar la imagen por el precio ofrecido, le daría su bendición, que haría bendita y feliz toda su casa. El pintor le hizo responder que todas sus bendiciones no le aprovecharían nada, y que preferiría más un pedazo de pan y manteca para su hijo, que cien bendiciones. Ha-biéndole sido transmitido esta respuesta al obispo, incon-tinenti afirmó que el pintor era luterano, y desde enton-ces, solamente por eso, le tuvo mala voluntad. Os relata-ré lo que últimamente le sucedió en Amberes. Había he-cho pintar una imagen del Crucificado pendiente de la cruz entre dos ladrones. Terminada la obra, el pintor se la llevó; pero antes de entrar en la cámara del obispo los capellanes le hicieron esperar en una cámara baja, y mientras tanto examinaron la obra; uno de ellos dijo que todo le parecía bien, excepto los ladrones, en los cuales se había equivocado. “¿Por qué?” preguntó el pintor. “Porque los habéis hecho a los dos vivos, o por lo me-nos el de la derecha vivo y el otro sólo medio muerto; cuando los dos deberían estar bien muertos; poque, ¿quién ha visto jamás que los eolgados vivan?” Enton-ces el pintor les dijo: “Al contrario; no me he equivoca-

do. ¿No dice San Lucas que el de la izquierda blasfemaba y que el otro le reconvino y le reprochó su actitud? No podían haber hablado si no hubieran estado vivos." Mientras tanto entró el obispo en el lugar donde estaban, y preguntó qué estaban discutiendo. Sus capellanes le contaron cómo el pintor, para excusar su error, decía que San Lucas escribía que el ladrón de la derecha había hablado a su compañero, lo que no habría podido hacer si hubiera estado muerto. Entonces el obispo, al oír esto se turbó, ni más ni menos que si hubiera sido algo monstruoso. "No agrada a Dios que sea así, dijo. "¿Que un pintor sepa lo que dijo San Lucas? ¿Que un pintor lea el evangelio? ¿Que un pintor argumente sobre la Santa Escritura?" Entonces volviéndose a sus capellanes les dijo en tono lastimero: "En esta ciudad son todos luteranos. Liad incontinenti vuestro bagaje y partamos en seguida de aquí." Tan ofendido se sintió por las palabras del pintor, que partió al día siguiente y pasó a Holanda, donde se encuentra ahora esperando viento para hacer viaje a España, es decir, lejos de esos luteranos. Pues esa es su oración constante, que Dios le permita retornar con felicidad a su iglesia entre los cristianos, y que no le acontezca la desgracia de morir entre estos perros herejes. En breve le será concedido su deseo, me parece. Y ojalá que algunos perversos que viven en la corte y no cesan de esparcir todos los días su veneno sin medida, quisieran hacerle compañía. Tendríamos otros tantos enemigos menos, de la causa pública del evangelio y de la vuestra. Porque además de estos enemigos declarados, tenemos en la corte muchas otras personas de mucha estimación, que os conocen bien. y

que en otro tiempo han tenido la verdadera doctrina; mas después que han aspirado como lobos hambrientos, a honores y dignidades, hablan en forma muy distinta a lo que lo hacían, por miedo de ofender, y protegen el costado de su navío de la tempestad. Es la costumbre de la corte, grandemente alabada hoy en día entre las gentes sabias del mundo; pero en la escuela de Cristo no tiene lugar, sino que es juzgada mala e ilícita. Sin embargo, aunque esas gentes sean dignas de reprehensión, no creo que quisieran perjudicaros, porque os aman en secreto; y además dentro de poco se van con el Emperador a Alemania.

Las imágenes en España

“Mas es necesario dar órdenes cuidadosas de que vuestra causa sea defendida en la corte de Borgoña, y que no sea enviada a los inquisidores de España. De otro modo resultarían grandes males, que Dios impida. Pues no penséis que tales personas tengan nada de hombres, salvo la forma del cuerpo y una gran pompa de vestidos, servidores y otro aparato, con lo cual asombran y atemorizan al pueblo común. Por lo demás, son verdaderas arpías, o verdugos de Satanás, que como furias rabiosas saquean a España, y no estudian otra cosa que la manera de despojar a los ricos y enviar sus almas al infierno. Si alguien, o jugando, o por equivocación, dice una sola palabra que les desagrade, incontinenti es llevado al suplicio, y no se le perdona aunque sea de alta categoría, ni aun cuando el mismo Emperador interpone su

autoridad. Tan grande es el poder de los inquisidores, apoyado por infinitos escuadrones de frailes, que el que cae una vez entre sus garras es difícil que pueda escapar. Se ayudan entre sí y están ligados los unos a los otros. Los inquisidores aman, favorecen y defienden a esa gran tropa de frailes, la cual no sólo reina, como vos sabéis, en España, sino que ejerce una cruel tiranía. Los frailes, por su parte, mantienen la gran potencia de los inquisidores. Y ha crecido tanto la tiranía de unos y otros, y se esfuerzan tanto por sostenerse los unos a los otros, que no sería difícil juzgar cuáles son los más poderosos. Se agrega a ellos todo ese rebaño de teólogos escolásticos, iguales a ellos en coraje, pero inferiores en potencia; superiores, sin embargo, en autoridad, debido a la elevada opinión que se tiene de su saber. Así está establecida en España esta trineca, perfecta por donde se la mire. Todo lo que los últimos ordenan magistralmente en sus sinagogas, aunque sea cien veces contra la palabra de Dios, es tenido por firme y decidido. Si alguien dice la más mínima palabra en contra, aunque sólo sea para señalar que sus sentencias no están exactamente escritas, el tal es incontinenti exterminado. Con tales leyes afirman su poderío y gobiernan todo el país, con sólo hacer una señal inclinando la cabeza. Así están ligadas y unidas estas tres clases de gente, de suerte que aunque toda la potencia del país se opusiera contra ellas, no ganaría nada. También vemos que infunden temor a los mismos príncipes y reyes. ¿Qué diríais de que en España, en los debates públicos de las escuelas, discuten si es posible que los santos padres inquisidores (así los llaman) se equivoquen? Al fin la mayor parte de ellos,

y aun los más grandes teólogos, llegan a la conclusión de que no pueden errar. Lo cual confirman de común acuerdo en todas las escuelas del Papa de Roma. Ciertamente en España nadie osaría decir, sin ser castigado incontinenti, que los inquisidores puedan equivocarse. Pero en cuanto a mí, yo ereo que los santos padres de la Inquisición, con su pontífice de Roma, a quien adoran como su dios, no pueden errar más los unos que los otros, que son tan hombres de bien, tan santos, tan inocentes los unos como los otros. Y si es así como dicen, yo ereo, además, que la consecuencia que se desprende es que tanto el uno como los otros son grandes pecadores, igualmente malvados, abominables y execrables, y que pueden errar tanto unos como otros. Oíd un poco en qué forma proceden. Primeramente, os espían a los más ricos, a los más doctos y a aquellos que empiezan poco a poco a ereer en honra y autoridad. Odian a muerte a estas tres clases de personas. Porque quieren despojar a los ricos; temen a los doctos, que si alguno de ellos se apercebe de sus maldades no los descubre y publique sus abusos, y por ello los persiguen; los últimos les son odiosos pues temen que en llegando a algún alto grado de autoridad, los opriman. Espían, pues, diligentemente, a estas tres clases de personas; vigilan muy euidadosamente si no sale de sus bocas alguna palabra que pueda ser tomada en mal sentido. Y aun cuando no digan nada, cuando le tienen inquina a alguno no esperan que hable, sino que incontinenti lo aferran y lo arrojan en alguna horrible prisión; después inventan delitos a su plaer. Mientras tanto, ningún viviente osa abrir la boca. Que si el padre osa hablar por su hijo, incontinenti es apresado

él también y echado en la cárcel, como fautor de los herejes. A nadie se le permite entrar al prisionero, que está completamente solo en alguna parte donde no ve ni siquiera el suelo, y no se le permite leer ni escribir. Allí, en medio de espesas tinieblas, en infinitas miserias y temores, debe luchar con las acometidas de la muerte.

“Pensad un poco, os ruego, qué perturbación de conciencia, qué desesperación, qué de tristes pensamientos, qué ira de Dios se ven obligados a soportar aquellos que no están bien instruidos en la santa doctrina, como son casi todos los que allá están presos. Agréguese la miseria y el horror del lugar, las ofensas privadas que soportan, las amenazas, los golpes de fusta y los tormentos y gehenas que se les hace sufrir. A veces se les hace salir para infamarlos, y se los expone a la contemplación de todo el pueblo desde algún lugar elevado. Así estáis allí detenido durante largos años, martirizado por prolongados tormentos, y tratado todos los días más cruelmente que si os fuera tronchada la cabeza de una vez por el verdugo; si os aconteciera lo cual os estimaríais dichosos de que se pusiera fin por ese medio a tan largo tormento. Mientras os consumís de esta suerte, vuestro proceso no adelanta nada, o si se hace algo, nadie puede saberlo excepto los santos padres y algunos verdugos que están juramentados a ejecutar todos esos tormentos. Todo se hace en secreto, y como si fueran santos misterios, no sale de las manos de esos santos padres. Después de haber sido así miserablemente atormentado durante largos años quien quiera salvar la vida, debe adivinar. Porque en todo ese procedimiento, en toda la corte de los santos padres, nada se hace manifiestamente, todo en

oculto, por emboscadas, con engaños y por decisiones secretas y clandestinas. Allí el acusador es secreto, el delito secreto, los testigos secretos, todo se hace en secreto, y sin que el pobre prisionero sea advertido. Si podéis adivinar quién es el que os acusa, y de qué y por qué (más quién es el que podría adivinar estas cosas en medio de tanta confusión, aun cuando fuera uno de vuestra propia casa el que os acusara) se os perdona la vida, pero no por ello sois puesto en libertad sino después de haber permanecido largo tiempo detenido todavía, y después de haber sufrido infinitos tormentos más, que llaman la penitencia; entonces os dejan ir. Y, lo que es más terrible que todas las otras cosas, una vez que habéis caído en manos de los inquisidores se os hace vestir después una ropa de color, que os señala para siempre a la infamia pública, a vos y a vuestro linaje. Y si sois mal adivinador, y no podéis decir todo lo que acabamos de decir más arriba, incontinenti se os pronuncia una horrible sentencia a ser quemado como hereje pertinaz, sentencia que no es ejecutada todavía, hasta después que se os ha atormentado largo tiempo en una prisión repugnante. Yo podría relatar aquí muchos ejemplos tanto antiguos como acontecidos recientemente, por los cuales se manifiesta el gran celo de los santos padres. No hay ninguno de nosotros que no conozca a Alfonso de Valdés, secretario del Emperador, como hombre de bien. Los satélites de estos santos padres, sin embargo, no pudiendo soportar su doctrina y su autoridad, le tendieron tales emboscadas, que si hubiera vuelto a España hubieran terminado con él: le hubieran dado muerte cruelmente; ni el mismo Emperador hubie-

ra podido salvarlo. Conocéis también a su hermano Juan de Valdés, el cual no pudiendo permanecer con seguridad en España, por la buena doctrina que había aprendido de su hermano, se retiró a Nápoles, donde ha hecho mucho fruto. Conocéis también a Juan Bergara, de Compluto, hombre de singular prudencia y grande doctrina, el cual por la malicia de los frailes fue encarcelado por los santos padres, por la única causa de que favorecía a Erasmo y aprobaba sus libros. Es cierto que luego salió de la prisión, pero fue con gran dificultad, después de haber estado allí largo tiempo y a expensas y con gran trabajo de su maestro el arzobispo de Toledo, Fonseca, primado de toda España, que compró su libertad. Conocéis al doctor Mateo Pascual, bien versado en todas las ciencias, gran teólogo, conocedor de las tres lenguas. Disputando éste un día en la escuela de Compluto, y habiendo llegado su adversario, en el calor de la disputa, a decir que si era como sostenía el doctor Mateo, la consecuencia sería que no habría purgatorio, él respondió: Pues. Y por esa sola palabra, ambigua como es, fue incontinenti echado en la cárcel de los santos padres, y no pudo salir sino después de largo tiempo y la pérdida de todos sus bienes. Después se fue a Roma, donde vive al presente en paz. ¿Mas por qué pierdo tiempo buscando ejemplos extranjeros, si los tenemos tan cerca, más frescos y más memorables? Conocéis al abate de Compluto, predicador de vuestra ciudad, hombre de una dignidad venerable. ¿No ha sido acusado por los frailes, a la edad de setenta años, cuando su autoridad y dignidad eran celebradas en toda España, y puesto en la cárcel y atormentado durante un largo espacio de tiempo?

¿No ha sido, finalmente, cuando se creía que hubiera muerto, presentado ignominiosamente sobre una plataforma, y obligado a desdecirse de no sé qué artículos? Recientemente, estando en Ratisbona, vi un prisionero español, de Burgos, según se decía, del cual se me ha dicho que después fue quemado vivo en España. Mas creo que conoceréis bien las causas de ambos, pues que los dos eran de vuestra ciudad, y aun el abate de Compluto era pariente vuestro, si no estoy equivocado. Por tanto, si sabéis alguna cosa notable del uno o el otro, o de los dos, yo os ruego que nos la contéis.”

Entonces yo comencé de esta suerte: “Aunque el recuerdo de los males y calamidades de mis amigos me sea penoso y desagradable, pues los dos eran de mi país, los dos amigos y familiares míos, y uno de ellos mi pariente, sin embargo, ya que vos lo queréis así, diré lo que sé, aunque a uno que está en situación semejante le sería más agradable tomar algún tema más placentero, que ponerse a contar cosas tristes, Hablaré, pues, primeramente, de nuestro buen anciano.

Pedro de Lerma

“Monseñor Pedro de Lerma, como vos ya lo habéis dicho, era de casi setenta años de edad, nacido en una gran casa de nuestra ciudad, y era por su vejez, dignidad y experiencia, por su excelente doctrina y singular prudencia, tenido en tan grande reputación, que todos en España le consideraban como un oráculo, y los más grandes asuntos del reino eran probados con su opinión

como una piedra de toque. Era hombre rico. Abate de Compluto, canónigo y predicador de nuestra ciudad, sus rentas eran de cinco o seis mil escudos todos los años. Y como era el más antiguo doctor en teología de París, según la costumbre que hay allá, los miembros de la Sorbona lo habían hecho decano de su facultad. Y había vivido allá sus buenos cincuenta años, pero en la época en que todas las escuelas no estaban llenas de otra cosa que de esa teología autoritaria, llena de tinieblas y vanidad. Ahora bien, este buen anciano, aunque estuviera muy ejercitado en las disputas escolásticas, como tenía un buen juicio natural, se había dedicado siempre a leer la Santa Escritura, sin la cual veía que era imposible tener ningún conocimiento verdadero de las cosas santas. Y en sus predicaciones ordinarias no presentaba otra cosa, no con tanta pureza como otros lo harían hoy en día, sino como podían soportarlo la época y la instrucción, que, como todos saben, estaban entonces muy corrompidas. Hacia sus últimos años, habiendo como por casualidad tropezado con los libros de Erasmo (que Dios había levantado en esa época para ilustrar las bellas letras y esclarecer de alguna manera las Santas Escrituras) comenzó a reconocer francamente que el estudio en que él había sido nutrido hasta entonces en la escuela, servía más para una vana ostentación que para edificación. Por lo tanto, desde entonces comenzó a predicar con más pureza, y el pueblo a escucharlo más de buena gana que antes. Habiendo sido descubierto lo cual por los frailes, lo acusaron incontinenti a los santos padres, quienes sin ningún respeto por su edad, sus conocimientos ni su autoridad, pusieron las manos sobre

él, y le hicieron prender por sus satélites. Mientras se realizaba su proceso por discusiones privadas, solamente, en las cuales los adversarios no recibían nada que fuera para la defensa de la verdad: todo lo que alegaban tendía a cumplir su voluntad y afirmar su tiranía, viendo el buen viejo que las razones no podían nada contra ellos, que no oían a la verdad, que rechazaban la pura doctrina, que no tenían consideración alguna por la inocencia, entre ellos todo se hacía por fuerza y con violencia, les declaró que no quería discutir más con ningún español, que hicieran venir de otra parte algunas personas doctas, a quienes pudiera hacer entender sus razones, y que quisieran reconocer su inocencia. Los inquisidores tomaron estas palabras como una horrible blasfemia, y por ellas solamente le tomaron un odio extremado, de suerte que las consideraban dignas de un castigo más serio que todos los otros delitos de que le acusaban. "Como si los santos padres, decían, pudieran equivocarse, o no te pudieran entender, o a cien mejores y más sabios que tú, y refutar sus opiniones erróneas." Finalmente, después de haber atormentado al buen viejo durante mucho tiempo con sus disputas, prisión, injurias y amenazas, tanto hicieron que lo obligaron a retractarse públicamente en todas las principales ciudades de España donde había predicado, de once proposiciones, las cuales decían ser heréticas, mal sonantes, escandalosas, malas y ofensivas para los santos oídos, como acostumbran decir. Y para que la retractación no permitiera aparentar ignorancia, negligencia u otra debilidad probable, era obligado en plena asamblea, en presencia de los personajes más grandes y aparentes de

la ciudad, a gritar en alta voz que por instigación del diablo, con malicia y para sembrar falsas doctrinas en la Iglesia, había enseñado y predicado esas proposiciones, las cuales al presente, después de haber sido instruído por los santos padres, reónocía y confesaba como heréticas y execrables; y que el pueblo debía tenerles horror, ni más ni menos que a un veneno muy peligroso.

“Después de esa retractación, y de haber cumplido la penitencia que los santos padres quisieran imponerle, fue puesto al fin en libertad. Esto sucedió a fines del año 1537. En cuyo tiempo, llamado por mis padres a España, lo encontré en mi ciudad, muy triste y apesadumbrado. Y tal fue la tristeza que su desdicha le produjo, que decidió definitivamente no vivir más en España, donde acostumbraba decir frecuentemente que era imposible que personas doctas pudieran habitar con seguridad entre tales perseguidores. De modo que en su última vejez, dejando todos sus bienes y honores, prefirió exponerse a los peligros de la mar, buscando residencia, a permanecer en su país, donde ya no podía vivir sin gran peligro. Se vino entonces por mar a Flandes en la época en que las guerras estaban en todo su furor, y cuando eran más de temer las tempestades, y de Flandes sintiéndose ya en un aire más libre, siguió por tierra hasta París, donde fue recibido por sus antiguos amigos muy amistosa y honorablemente debido a que era decano de su facultad. Porque todos estaban bien enterados de que los santos padres de España le habían hecho ese agravio. Vivió todavía cuatro años en aquella ciudad, hasta que en el mes de agosto del año 1541 pasó de muerte a vida, y cambió las miserias de

este mundo por la vida feliz. Poco antes de su muerte yo había ido a París, donde me deleitaba en su conversión, y con su gravedad de anciano, la cual no me era gravosa. Pero la fortuna envidiosa no quiso que esa hora durase mucho tiempo, y nos quitó tan excelente hombre mucho más pronto de lo que hubiéramos pensado. Como yo siempre lo había amado y honrado, también estando allá le demostré siempre, hasta su muerte, el respeto y reverencia que debía. No dejaba de ir a verlo todos los días, como mis padres en sus cartas me ordenaban que lo hiciera; y por su parte él también se alegraba mucho de verme.

“Creo que estaréis esperando oír las acusaciones que trajeron tan grande infamia a este buen personaje, o las proposiciones de que se vio obligado a retractarse. Yo mismo las he buscado cuidadosamente, pero todavía no he podido saberlo todo de cierto. Lo poco que sé os lo comunicaré de buena gana. He oído hablar a muchas personas dignas de crédito en España, Francia y Brabante, que decían aun haberle oído predicar, pero que no recordaban, y como yo sabía bien que esas personas estaban más interesadas en otras cosas que en inquirir cuestiones tan peligrosas, no les hice caso. Pero un día encontré en Burgos un fraile franciscano que me aseguró tener por escrito las proposiciones mismas, que él había tomado por escrito oyendo predicar al abate. Yo le rogué que me las prestara, pero él no quiso; dijo, sin embargo, que me las dejaría leer, pero no copiar. Entonces las leí. La primera y más peligrosa era que había dicho que la ley no había sido dada para los justos. Leyendo esas palabras no me impresionaron en lo más

mínimo, y le pregunté al fraile cómo había que entender esa proposición para que fuera herética. El me respondió, riendo entre dientes, que haría falta una disputa sorbónica para explicármelo. “Yo creo, le dije, que los escritos de los profetas y los apóstoles son entregados a los hombres para que ellos los entiendan, y no para que a cada versículo sea necesario reunir toda la Sorbona para conocer la explicación. De otro modo aquellos que no pudieran asistir a los debates sorbónicos serían bien miserables, y no les aprovecharía de nada el tener tanto cuidado como los sobornistas por la salvación de sus almas y el entendimiento de la Santa Escritura.” “Esta proposición, me dijo él, ha sido declarada herética por los inquisidores que lo condenaron, tal como está escrita.” “Entonces, dije yo, si tal como está escrita es herética con respecto al abate complutense, forzosamente debe ser también herética como está en San Pablo, que la pronunció mucho antes que el abate. Ahora bien, si San Pablo no se equivocó al escribir esas mismas palabras a Timoteo, al cual llama su verdadero hijo, tampoco el abate se ha equivocado más que San Pablo.” Pero él creyó que había cometido un crimen de lesa majestad, al aprobar la sentencia de San Pablo en contra de la opinión de los inquisidores. Las otras proposiciones que leí en el papel de aquel fraile eran tan poca cosa, y tan ridículas, que no merecen que se las repita.

“Después del encarcelamiento del abate de Compluto, los ciudadanos de nuestra ciudad quedaron tan pasmados, que los que habían enviado sus hijos a las universidades lejanas para hacerlos instruir en las bellas letras,

cambiaron incontinenti de resolución y los hicieron volver súbitamente. ¿Pues quién no tendría razón en pensar, euando se procedía de esa manera, que podía acaecerle algo semejante, a él o a alguno de sus hijos? Así, pues, como los hombres son por naturaleza poco afectos a las letras, espeeialmente los que ignoran su dignidad y excelencia, prefirieron cortarles los estudios a ineurrir a causa de ellos en un peligro tan grande. Por esa época yo también soportaba potentes acometidas de mis parientes, y comenzaba a malquistarme con muchos grandes personajes, porque no podía complacerles en dejar los estudios, habiendo ya gustado su sabor. Y ahora todos me tratan como si esta prisión me hubiera sobrevenido por culpa mía y no por un singular designio y ordenanza de Dios. ¿Pero qué remedio? Es necesario soportarlos sabiendo que son hombres. Habéis oído la historia del abate de Compluto, cuyo desenlace fue dulce y moderado, en comparación de la otra verdaderamente trágica que me habéis pedido que os cuente.”

Francisco de San Román

“Era también de nuestra ciudad de Burgos ese español que visteis prisionero en Ratisbona, nacido en un lugar muy honesto, y de padres muy gente de bien, medianamente ricos, bien queridos por su virtud y modestia y honrados por todos los hombres de bien. Su nombre (miserable de mí, el presagio me desagradaba mucho), se llamaba también Francisco, como yo, y nos conocimos de jóvenes en nuestra ciudad, y después muy fami-

liarmente en Amberes, lugar donde él vivió mucho tiempo. De letras o de religión no había aprendido nunca nada, sino lo que es de práctica en nuestro país, donde se piensa que es gran religión ir todos los días a misa, ir a confesarse algunas veces por año, hacer penitencia y otras cosas monstruosas inventadas para gran blasfemia y deshonor de Dios, y gran ganancia y provecho de los curas. En esa doctrina española había nacido y había sido educado cuidadosamente. Mas oíd bien, os lo ruego, su cambio y conversión repentina, tal como jamás he oído relatar otra semejante. El año 1540, como algunos mercaderes de Bremen no se hubieran encontrado a tiempo en la feria de Amberes, para ganar una gran suma de dinero a algunos españoles, éstos resolvieron enviar a algunos de nosotros a Bremen para cobrar dicha suma a sus acreedores. Les pareció, pues, que no había hombre que mejor pudiera ejecutar el negocio que este Francisco de San Román, que conocía a los mercaderes, y sabían que era muy diligente en tales negocios. Marchó, pues, a Bremen, en compañía de otro español, encargado también del mismo negocio. Allí, queriendo, como hombre religioso, visitar algún templo, entró al azar en el momento en que estaba predicando maese Santiago, al presente pastor de la ciudad y antes prior de los agustinos de Amberes. Ahora, aunque nuestro Francisco entendía bien poco la lengua alemana, quiso escuchar de todos modos esa predicación, para poder comprender algo de lo que era esa doctrina que se predicaba en Alemania, que era tan detestada por todos los españoles. Sucedió, lo que es maravilloso, que no sólo entendió todo el sermón, sino que además fue tan

conmovido e inflamado por la palabra de aquel predicador, que incontinenti después de la predicación, como un hombre nuevo, y herido por el aguijón de Dios, acudió a él, sin acordarse para nada de los negocios que le habían llevado allá. El predicador lo recibió muy amablemente, y lo llevó a su casa, donde pudo repetir palabra por palabra todo el sermón que había oído. Yo no agrego nada; sólo digo lo que he oído de la misma boca del predicador de Bremen.

“No contento con haber oído la prédica y poderla repetir, comenzó a discutir con el predicador, ya rogarle y requerirle que le declarase en seguida abiertamente toda la doctrina que él había gustado en esa primera predicación. El pastor, maravillándose de la vehemencia y de la súbita mutación del hombre, le amonestó a ser un poco más modesto y prudente, y le instruyó diligentemente en todo lo que pensó que le era necesario. Así, pues, Francisco se quedó tres días enteros en la casa del pastor, sin que se le pudiera sacar en ninguna forma; y en esos días se transformó súbitamente en un hombre nuevo, enteramente distinto de lo que era antes. Después de eso, puso cierto orden en su negocio, encomendándolo en parte a aquel que había ido con él, y se volvió de nuevo a hablar con el ministro. Durante todo el día no pensaba en otra cosa que en las sentencias de la religión que había oído del pastor, y de noche soñaba con ellas. Oía todos sus sermones y no sólo los entendía, sino que los escribía y podía, cuando quería, repetirlos de memoria. Tanto que el pastor vio en él algo extraordinario, y que su conversión se había producido en forma distinta a la común entre los hombres,

los cuales proceden poco a poco en el aprendizaje emprendido; pero éste no sólo se había aprendido todos los artículos de la religión en un momento, y en pocos días, sino que también comenzaba a predicarlos y enseñarlos a los ignorantes. No se fatigaba jamás en este estudio. Leía muchos libros en francés y en alemán, todos los que podía hallar en la ciudad. Platicaba frecuentemente con maese Santiago el ministro y con Monseñor Macabeo, que por feliz casualidad se encontraba allí por entonces, del cual decía haber aprendido buena parte de lo que sabía. También escribió libros. A los de Ambers les escribió largas cartas, en las cuales agradecía a Dios el haberle llevado a aquel lugar, donde había conocido a Jesucristo su verdadero Salvador, y había adquirido un conocimiento de las santas letras que no podía apreciar lo suficiente. Exhortaba a todos a convertirse a Dios según su ejemplo, si no querían perecer eternamente junto con sus conductores.

“El deploraba la crueldad de España y la ceguera de los españoles, que no querían abrir sus ojos para contemplar la luz celestial del evangelio, ni abrir sus oídos para oír la voz de Dios que les llamaba al arrepentimiento. Por lo tanto, había determinado volver a Ambers para anunciar y presentar esa luz a algunos de sus amigos. Después, ir a España para conducir a sus parientes, si fuera la voluntad de Dios, a la verdadera religión y al verdadero servicio de Dios, junto con toda nuestra ciudad, la cual decía que estaba sumida y anegada en las tinieblas horribles de la idolatría. Escribió, además, dos o tres cartas al Emperador, en las cuales deploraba las grandes opresiones de la república cris-

tiana. Lo amonestaba también con ardiente celo acerca de los deberes de su estado, recordándole que había sido constituido por Dios monarca soberano, a fin de que reconociera esa gracia como don de Aquel que es autor de todo bien, y que adorase con tal pureza y sinceridad como corresponde a tan alta majestad. Lo cual no podría hacer sino empleando toda su fuerza y poderío para apaciguar los disturbios de la cristiandad, exaltar la gloria de Dios, y reformar en toda Europa y los otros países de su dominio la religión espuria y contaminada por las fantasías de los hombres, restableciendo la regla de la Palabra de Dios, contenida puramente en los libros de la Santa Escritura, y muchas otras cosas del mismo tenor que le escribía.

“Escribió también un catecismo y otros libros en español, en los cuales trataba los artículos de la religión. Y todo esto que hemos mencionado más arriba (es cosa de maravilla) comenzó a escribirlo y lo realizó en un mes, o a lo sumo en cuarenta días, mientras esperaba la respuesta de las cartas enviadas a los de Amberes. Estos, pues, habiendo leído las cartas, comprendieron incontinenti qué le había sucedido, y lo llamaron con buenas palabras, poniendo en ello dolo y simulación, y dándole esperanzas de que cuando estuviera presente podría remediar tales cosas. El entonces se puso en camino lleno de la esperanza que le daban los de Amberes. ¿Qué hicieron entre tanto nuestros españoles? Apostaron algunos frailes para recibirle, quienes a su arribo debían interrogarle acerca de la fe, a fin de que si no estaba totalmente de acuerdo con ellos, o bien lo hicieran morir, o bien lo echaran en alguna espantosa pri-

sión donde estuviera como enterrado vivo, sin morir, sin embargo, en mucho tiempo. El pobre hombre, ignorante de todo esto, llegó a Amberes lleno de alegría, pensando que sin mucha dificultad podría convertir a todos los españoles a la verdadera religión que él había aprendido recientemente. Pero ellos no hacían sino espiar el día en que debía llegar; y apenas hubo entrado en la ciudad, cuando los esbirros apostados por los frailes se arrojaron sobre él, lo desmontaron de su caballo y lo llevaron prisionero a la casa de no sé qué comerciante. El que venía lleno del ardor que traía en su espíritu, viendo la jugada que se le hacía contra todo lo que esperaba, se enardeció más. Llegado al lugar donde había de permanecer prisionero, los frailes le ataron de pies y manos y después comenzaron a disentir con él a su placer. ¿Quién es el que, por humilde que fuera, hubiera podido soportar estas cosas sin que su ánimo sufriera una gran alteración? Ellos ineontinenti abrieron su bagaje, donde encontraron muchos libros en alemán, en francés y en latín; de Lutero, de Melancthon, de Ecolampadio y otros alemanes, y también algunas láminas escarnecedoras del papa. Entonces los frailes volviéndose hacia él, comenzaron a decirle que era un perfecto luterano. El, muy conmovido su ánimo, les respondió de esta suerte: "Vosotros sois unos malvados cobardes. Yo no soy luterano, sino que he hecho profesión de la sabiduría eterna y de la doctrina del hijo de Dios, de la cual vosotros sois enemigos y terribles perseguidores. He aprendido esta sola doctrina del Hijo de Dios, Jesucristo, que ha muerto por los pecados de todo el mundo y resucitado para justifica-

ción de todos aquellos que reciban y abracen por la fe un beneficio tan grande que nos es presentado en el evangelio. Es de esta doctrina que vosotros ignoráis de la que hago profesión en alta voz. En cuanto a vuestras fantasías, vuestras ilusiones, vuestros engaños y vuestra doctrina depravada, los aborrezco de todo corazón.”

“Algunos de nuestros españoles que estaban presentes en la disputa y tomaron el partido de los frailes, oyendo hablar a Francisco con tal vehemencia se atrevieron a afirmar que estaba elevado de la cabeza. Oyendo, pues, los frailes que contaban con el apoyo de los españoles, los cuales, sin ningún juicio, se inclinaban de su parte, atormentaron más cruelmente al pobre hombre atado, y continuaron discutiendo con él con más coraje. “Si aborreces nuestra religión, le dijeron, que la Iglesia llama estado de perfección, y no obstante te llamas cristiano, ¿cuál es tu religión? ¿qué es lo que crees?” “Os he dicho, les respondió, que soy cristiano, y que no quiero hacer profesión de otra cosa que de Cristo crucificado. Por lo demás, ahora no creo, ni creeré jamás otra cosa, que lo que la verdadera Iglesia de Cristo, esparcida por todo el mundo, ha creído y enseñado en todos los tiempos. Vosotros, malvados cobardes, habéis corrompido, violado y transformado esa simple doctrina de Jesucristo crucificado, en una manera de vivir abominable y pernicioso para todo el género humano, con vuestras ilusiones e impiedades.

Creo en Dios Padre, que ha creado todas las cosas.

Creo en Dios Hijo, Jesucristo, que ha adquirido con su sangre a todo el género humano, y sacándolo de la

servidumbre del diablo, del pecado y de la muerte, lo ha restituído a la libertad del evangelio.

Creo en Dios Espíritu Santo, que con su virtud oculta y divina santifica a los creyentes.

Creo que por el amor del Hijo de Dios, mis pecados me son perdonados gratuitamente.

Creo que por este Mediador solamente, sin mérito propio alguno, sin consideración alguna a mis buenas obras, sin ninguna absolución papal, gozaré de la vida eterna.”

“Entonces los frailes le preguntaron: ‘¿Crees que el Papa de Roma es el vicario de Jesucristo, jefe de la Iglesia en la tierra, y que tiene en su mano todos los tesoros de la Iglesia, y además, potestad para atar y desatar según le plazca, hacer nuevos artículos de fe y abolir los existentes,’ “Yo no creo nada de todo eso, les respondió, al contrario, creo y afirmo que el Papa es un anticristo, que su padre es el diablo, que es enemigo de Jesucristo, que quiere que se le rindan los honores que corresponden a Dios solo, que incitado por el espíritu de Satanás pone en combustión al mundo entero, para gran deshonra de Dios, sólo para mantener sus ilusiones, por las cuales, como un lobo rabioso, disipa, descarría y finalmente se traga las pobres ovejas de Jesucristo.” Entonces les pareció a nuestros españoles que él blasfemaba deliberadamente. Porque en los principales artículos les había parecido que estaba de acuerdo con los frailes; pero cuando se trataba del poder del Papa, los sacramentos, la misa, el purgatorio, las bulas y las indulgencias, hablaba desmedidamente, y quizá también con desmesurada vehemencia. ¿Mas quién

es el que, inflamado por la palabra santa, recién conocida, descubriendo que en lo pasado ha sido tan vilmente engañado, al ser traicionado, atormentado y ultrajado en tal forma podría conservar la medida en sus palabras, principalmente siendo joven, cuando que apenas los viejos podrían hacerlo? Los frailes comenzaron a amenazarlo con la muerte y con el fuego, y él les respondió así: “No tengo miedo de morir por la causa de mi Señor, pues él no ha desdeñado derramar su sangre por mí; aun consideraría una gloria el poder sellar con mi sangre esta santa doctrina de Aquel que ha derramado su sangre por mí. Yo os pregunto: ¿Qué potestad tenéis sobre mí? ¿Qué podéis hacer, más que quemar esta carne desgraciada y pecadora? Mas yo he aprendido a temer a Aquel que tiene poder para enviar el alma con el cuerpo a los tormentos eternos del infierno, y no a vosotros, que aunque unierais vuestras fuerzas a las de vuestro dios Satanás, del cual sois miembros, no podríais hacer otra cosa que atormentar este cuerpo. Y estimaría como una gran gracia la de ser pronto libertado por la muerte de vuestra tiranía, de vuestras corrupciones, y pasar limpio e impoluto al país celestial, en la gloria de Dios y la compañía de los ángeles.

“Entonces los frailes hicieron encender fuego y quemaron delante de él todos los libros que había traído. Más él, viendo que los malvados frailes quemaban el Nuevo Testamento y otros libros de santa doctrina, daba lástima oír lo que les decía. Al fin como nuestros españoles lo juzgasen loco, o al menos furioso, lo llevaron a una torre que hay a seis leguas de Amberes, donde lo echaron en una fosa oscura y lo tuvieron por espacio

de ocho meses. Mientras tanto, iban a verlo muchas personas de calidad, que le exhortaban a cambiar de opinión y hablar con más modestia. El les respondía que no creía haber tenido ninguna mala opinión, y que no sostendría ninguna a sabiendas. Pero que si había hablado muy inconsideradamente, tenían la culpa los frailes, que con sus malas artes hubieran hecho montar en cólera al hombre más frío del mundo. Al fin y a la postre, cuando a nuestros españoles les pareció que había recobrado parte de su anterior juicio, y después que hubo prometido gobernarse en toda su vida con más moderación, lo dejaron ir, alrededor de la época en que el Emperador tenía viaje a Ratisbona. Después de su liberación permaneció unos veinte días en Amberes, y de allí vino a encontrarse conmigo en Lovaina donde yo estaba por entonces. No hay que preguntar si me alegré de verle, ya que desde que se había convertido yo no lo había visto, aunque había deseado mucho verlo; pero no me había atrevido a ir, por miedo de perjudicarlo, y a mí también. Confirió conmigo acerca de muchos puntos, los cuales no me parecieron estar en contra de la verdad, ni contra la honestidad. Por lo demás, así como aprobaba muchas de las cosas que él decía, muy atinadas, le dije también francamente que no encontraba bien que sin una ordenanza especial de Dios, usurpara desconsideradamente otra vocación. Y le exhorté a servir a Dios en la vocación a que había sido llamado, la del comercio, en la cual podía vivir honradamente y agradar a muchas gentes de bien. En cuanto a la doctrina, le aconsejé que no dijera ni hiciera cosa alguna en favor de ningún hombre, quien quiera que fuese, por las

cuales disminuyera la gloria de Dios. Pero que este juicio debía proceder de un puro, recto y claro conocimiento de la voluntad de Dios y la doctrina celestial, la cual está contenida en la Santa Escritura, no de ninguna opinión incierta ni de sentimientos privados, que muchas veces son contrarios a la voluntad de Dios. Y que, en cuanto a él, no había leído todavía las Santas Escrituras, y no conocía todavía las diferencias de doctrina tan bien como para poder refutar los argumentos de los adversarios, o probar la verdadera doctrina. Porque, aunque mediante alguna instrucción de personas doctas, con algún estudio y con una peculiar gracia de Dios hubiera él conocido una doctrina más pura que aquella que había recibido, no por ello debía salir a las calles y plazas públicas, y gritar allí como un loco, que todo el mundo obedeciera a la nueva doctrina restaurada; tanto más cuando que el mundo tendría vergüenza de confesar que en una cosa de tanta importancia, como es el servicio de Dios, había errado groseramente todo el tiempo pasado. Además, que él mismo podía errar todavía en muchas cosas, tanto como ellos; y que en aquello en que tenía una opinión buena y verdadera, no era todavía otra cosa que un conocimiento muy débil y mal fundado, con el cual, si le ocurría tener que disputar, no podría repeler los argumentos de sus adversarios, ni confirmar los suyos con buena autoridad. Y aun cuando él pudiera hacer todo eso, que sería, con todo, una gran audacia, rayana en la impiedad, la de emprender la predicación pública sin una legítima vocación. Por consiguiente, que en adelante se redujera a los límites de su vocación, sirviendo a Dios fielmente en ella, y que dejara el oficio

de predicar a los que habían sido llamados a él por Dios. Que Dios tenía cuidado de su Iglesia, y si él juzgaba que él pudiera ser útil, sin duda alguna lo llamaría cuando bien le pareciere. Que entonces sería el momento de exponerse a los peligros, de enseñar y proclamar lo que fuera bueno, según la regla de la verdad y no según la imaginación de los hombres. Mientras tanto, que no me parecía que fuera prudente, ni cosa agradable a Dios, el ponerse temerariamente en peligro y hacer alboroto en la república. El reconoció entonces que todo lo que yo le decía era cierto, y luego de haber echado la culpa a los frailes, me prometió vivir en adelante más modestamente, sin dar ningún motivo de reprehensión. Lo cual, sin embargo, no cumplió. Porque incontinenti de haberse separado de mí, según me lo han relatado algunos que estuvieron siempre en su compañía, y como los acontecimientos también lo han demostrado, se fue directamente a Ratisbona, donde por entonces estaba el Emperador, en la Dicta, sin deseubrir por el camino sus intenciones a los que le acompañaban. Llegado que fue a la ciudad, fue directamente a presentarse al Emperador, y le hizo una arenga larga y atrevida, proclamando que la verdadera religión estaba entre los protestantes, y que los españoles estaban detenidos en un error abominable de impiedad. Y que el oficio del Emperador era restablecer el verdadero servicio de Dios en todas las tierras de su dominio. Lo exhortó, además, a dejar en paz a los alemanes, a abstenerse de toda crueldad y a recibir francamente la verdadera doctrina del Hijo de Dios, que resonaba alta y clara en las iglesias de los alemanes, y a hacerla publicar por todo el mundo. Y muchas otras

cosas por el estilo. El Emperador lo escuchó pacientemente y le dio una respuesta muy amable, a saber, que tomaría a pecho todo ese asunto y que lo pondría en buen orden. Francisco, después de haber oído la respuesta del Emperador, concibió grandes esperanzas. Sin embargo, viendo muchos ejemplos de crueldad, que los imperiales cometían en Ratisbona contra los que tenían la religión verdadera, sus esperanzas no le duraron mucho; mas no perdió por ello el coraje, y persistiendo en su intento se presentó ante el Emperador por segunda y tercera vez, hablándole siempre con toda libertad, y recibiendo siempre una respuesta amable. Finalmente, como no cesara en su empeño y quisiera hablar al Emperador por cuarta vez, le fue impedido por los españoles, quienes lo hicieron prender y lo pusieron en la cárcel. Ellos querían, sin proceso alguno, arrojarlo incontinenti al Danubio, pero el Emperador se lo impidió, y ordenó que no se le hiciera ningún mal, sino que se examinara diligentemente su proceso y fuera juzgado según las leyes del Imperio. Así, pues, fue colocado al fin en un subterráneo, donde permaneció atado y encadenado hasta que el Emperador volvió de Africa.

“Sucedió una vez que como Francisco fuera llevado con los otros prisioneros, atado y agarrotado sobre una carreta, uno de los que habían ido con él de Lovaina a Ratisbona lo vió en tal estado, de lo cual se maravilló grandemente y le preguntó qué quería decir aquello, qué le había sucedido que se encontraba entre criminales, tratado tan dura e ignominiosamente. Entonces él, riendo y levantando los brazos como pudo, le mostró las cadenas de hierro con que estaba atado diciendo: “¿Veis estas

cadenas?” “Las veo —dijo el otro—, y con gran pena”. “Estas cadenas —dijo él entonces—, esta vergonzosa cautividad, que soporto para la gloria de mi Señor Jesucristo, me darán en la presencia de Dios más honor y triunfo, que pompa y magnificencia real hayáis visto jamás en la corte del emperador. Este cuerpo que veis rodeado de cadenas de hierro, en un lazo inmundo y repugnante, así está desde ahora en la gloria del Señor. Mi inocencia y la esperanza de su venida me llenan de un gozo que no podría contar. ¡Oh cadenas, tormentos honrosos que bien pronto serán vistos en la presencia de Dios y ante el mundo entero, relucientes como una corona de perlas sobre mi cabeza! Allá conocerá el Emperador cuál es el juicio de sus aduladores. Allá sentirán nuestros religiosos frailes, que son los causantes de esta crueldad, el furor con que ellos han perseguido a los miembros de Cristo y al propio Hijo de Dios. Mientras tanto, hermano, aunque veáis estas manos y estos pies atados, y todo este cuerpo tan bien sujeto a esta carreta que no se puede mover, no penséis que por ello el espíritu, sobre el cual el Emperador no tiene ningún poder, no esté en libertad, y que no se eleve sin cesar hasta la morada de Dios para contemplar las cosas celestiales, y que allá no sea recreado y aliviado por la presencia de Dios y la dulce compañía de las santas almas. Y a fe mía que desde esta hora puede ser librado de estas cadenas, separado de la bajeza de este cuerpo, y puede volar directamente a la patria celestial. Mas tengo la seguridad de que en lugar de estas ligaduras de poca duración, bien pronto me será dado el gozo eterno en la gloria de Dios, por su justo juicio.” El otro oyó todas estas palabras lleno de asombro, y

vertiendo de sus ojos un río de lágrimas, sin poderle responder en otra forma que con llanto y suspiros, tan grande era el dolor que lo embargaba; y cuando hubiera podido hablar, el pobre prisionero era llevado tan rápido que no tuvo oportunidad de decirle una palabra. Así fué llevado, atado sobre una carreta, por donde quiera que iba el Emperador, y aun, según dicen algunos, hasta Africa, hasta que el Emperador después de esa gran pérdida volvió a España. No quiero dejar de mencionar aquí, de paso, lo siguiente: que he visto muchas personas de gran prudencia y buen juicio, que eran de opinión que Dios había enviado esa gran desventura al Emperador por causa de la gran crueldad que permitió se perpetrara todos los días contra los pobres cristianos que hacen verdadera profesión del evangelio. Después que Francisco fué así llevado a España, fué entregado incontinente en manos de los inquisidores, quienes comenzaron a tratarlo mucho más cruelmente que lo que lo había sido a manos de los soldados en cualquier peligro de tierra o de mar en que se hubieran encontrado. Lo soterraron en un agujero subterráneo, muy horrible, y le enviaron algunos frailes ignorantes, para atormentarlo incesantemente y apartarlo de la fe, por su importunidad o de otro modo si les era posible. Lo presentaron varias veces ante el pueblo, para infamarlo, y le hicieron todos los agravios que pudieron. Pero a pesar de todas esas persecuciones, esos tormentos y otros males, tan lejos estuvo de extinguirse el vigor de su espíritu o de debilitarse en su fe (lo que es algo maravilloso), que al contrario crecía no se sabe cómo en constancia, y parecía día a día más ardiente. Así negaba virtuosa y constan-

temente todo lo que esa caterva de frailes le proponía como oráculos, y aprobaba, por otra parte, todo lo que ellos condenaban como herético. El resumen de la doctrina que sostuvo alto y claro, hasta su último suspiro, es: Que negaba que criatura alguna por sus propias fuerzas, por sus buenas obras o por alguna dignidad que hubiera en ella, mereciera la vida eterna, o pudiera adquirir la salvación o ser justificada delante de Dios.

Que era necesario que todos los hombres fueran salvos por la misericordia de Dios, sin ninguna ayuda humana, por el amor de su Hijo, el Mediador, que nos ha limpiado de toda mancha con su sangre, ha apaciguado la ira del Padre por su sacrificio único y eterno, y por ese medio ha adquirido la salvación para todo el género humano. Afirmaba que la doctrina de la misa que sostienen los frailes, diciendo que obtiene la remisión de los pecados para los vivos y para los muertos *ex opera operandi*, como dicen en su jerigonza, es una horrible abominación. Que la doctrina de la confesión auricular, de la enumeración de los pecados, de la satisfacción, del purgatorio, de las indulgencias, de la invocación de los santos, la adoración de los ídolos, es una manifiesta blasfemia contra Dios y una profanación de la sangre de Cristo.

“Viendo, pues, al final los santos inquisidores que no había esperanza alguna de apartarlo de su fe, lo condenaron públicamente a ser quemado vivo por hereje pertinaz, que defendía hasta el fin sus opiniones. Yo he oído relatar a varios que asistieron a esa condenación, que con él había sido presentado al pueblo, sobre la plata-

forma, un gran número de eriminales, marranos¹ y otros saerílegos, de los cuales ninguno fué condenado sino sólo él; de suerte que se cumplió lo que dice el poeta: "Los euervos son perdonados y las palomas cargan los peeados". Llevaron, pues, a aquel único a quien todo el mundo despreciaba, afuera de la ciudad, al lugar del suplicio, y le pusieron sobre la eabeza una corona de papel en la cual había pintadas mil horribles figuras de diablos, para haerlo más excerable al pueblo. En el camino le sucedió algo que no podréis oír sin reíros, ni yo contarle sin llorar. Fuera de la puerta de la ciudad había una cruz de madera, como las que vemos en los suburbios de muehas eiudades, o un poco más allá de los suburbios. Cuando llegaron a esa cruz, los frailes quisieron obligar al pobre Franeisco a adorarla, pero él respondió prestamente y sin turbarse, que los cristianos no adoran la madera. Que él era cristiano, y sentía que Dios estaba con él, y que lo adoraba con toda reverencia en su eorazón. Exhortó, pues, a los inquisidores a pasar de largo e ir directamente al sitio adonde querían llevarlo. Entonces se levantó contra él un gran griterío del pueblo que le seguía, injuriándolo por no haber querido adorarla; y todos comenzaron a imaginar una verdadera divinidad en aquella cruz, porque, según decían, no había querido soportar el ser adorada por un hereje. Entonces, como si hubieran visto divinamente algún secreto milagro en ella, corrieron en tropel hacia ella, las espadas desnudas, y la hicieron mil pedazos, estimándose diehoso el que podía conseguir el más pequeño trozo de aquel santo leño, por cuya virtud podrían, según ellos, sanar

¹ Antiguamente, sinónimo de excomulgados. — *N. del T.*

toda suerte de enfermedades. En tal forma destrozó aquel madero esa santa gente, que no tenía dificultad, sin embargo, en quemar a un hombre inocente, que en un momento no quedó ni un trocito de toda aquella cruz. ¡Oh religión falsa y arrevesada!

“Cuando llegaron al lugar del suplicio, los frailes no cesaron de atormentar e importunar al pobre hombre para que se retractara de su fe. Mas él les respondía con una entereza de espíritu increíble, y les incitaba a hacer lo que habían emprendido, sin gastar así en vano tiempo y palabras. Así, pues, lo colocaron en medio de una gran pila de leña que allí estaba aparejada para quemarla, y encendieron el fuego por varias partes. Cuando él comenzó a sentir el fuego, sea para huir del humo, o por cualquier otro motivo, levantó un poco la cabeza. Los inquisidores, viendo aquello, pensaron incontinenti que con ello quería dar a entender que se arrepentía, y que quería desdecirse de la doctrina que había sostenido hasta entonces; así que hicieron retirar la leña con tal presteza que el fuego casi no alcanzó a hacerle daño. Hecho esto tan súbitamente, Francisco comenzó a mirarlos como airado, y a decirles: “¿Qué malicia os mueve ahora? ¿Por qué estáis envidiosos de mi gran ventura? ¿Por qué me habéis retirado el camino a la verdadera gloria?” Viendo, pues, que se frustraba su esperanza, lo hicieron volver a poner en el fuego, ya bien encendido, que lo consumió en un momento.

“Mas oíd, os ruego, lo que se decía de él después de su muerte. Los inquisidores afirmaban que estaba maldito, y que, por lo tanto, no era lícito rezar por él. Aun llegaban a considerar hereje a quien osara dudar de su

condenación. Todos los frailes seguían la opinión de los inquisidores. Yo he oído decir a muchos frailes españoles que están ahora en Lovaina y en Amberes, que es cosa resuelta por la sentencia de los santos inquisidores y por consentimiento de todas las Escuelas, que debe ser tenido por hereje cualquiera que osare en alguna manera esperar la salvación del tal Francisco, en vista de que había sido condenado por los santos padres, que no pueden errar. La razón es que el tal estaría en contra del decreto de la Iglesia, que debe tener y haber lugar en el cielo como en la tierra. ¡Oh abominable blasfemia, cuya venganza el cielo ha de efectuar en breve, tal como no la esperan y como su impiedad la merece! Al contrario de esta condenable opinión de los frailes, hubo algunos de los arqueros de la guardia del Emperador, que recogieron cenizas del cuerpo como reliquias de un santo, y las guardaron cuidadosamente. Estaba también presente el embajador del rey de Inglaterra, el cual hizo buscar algún trocito de hueso de aquel a quien consideraba como un verdadero mártir de Jesucristo, y por un huesezuelo de la cabeza que le llevaron, medio quemado, dió trescientos escudos de regalo. Mas todo esto no se pudo hacer tan secretamente que no llegase a oídos de los inquisidores, y aun del Emperador; por mandamiento del cual, muy ofendido por tales cosas, los arqueros fueron echados en la cárcel, y el embajador tuvo que ausentarse de la corte por algún tiempo. Habréis oído todo lo que yo he podido saber de estos dos personajes, lo que os aseguro es muy cierto. Porque en parte lo he visto yo mismo, y lo que no he visto lo he oído decir a personas que lo han visto, muy dignas de que se les

tenga fe. Así, decían, es la religión de nuestras gentes, que hemos conocido por experiencia. Mas aunque según su costumbre hayan tratado a ese pobre hombre muy cruelmente, me maravillo más bien de su paciencia que de su crueldad, de que lo dejaran vivir tanto tiempo, constante en la profesión de la verdadera religión. A no ser que lo hicieran con el fin de darle más tormento mientras estuviera en vida.

Roch, el imaginero

“Mas os relataré una cosa que os maravillará mucho más, sucedida hace algún tiempo en una ciudad de España que llaman Saulúcar, no lejos de Hispala. Habitaba allí un imaginero de Brabante, llamado Roch, excelente obrero en su arte y hombre muy honrado. Ahora bien, como hubiera adquirido un pequeño conocimiento de la verdadera religión, le desagradaba mucho su oficio, y desistió por lo tanto de hacer imágenes para la idolatría y la superstición, y sólo hacía algunas excelentes, en las que se podía ver algún rasgo de su arte. Un día había hecho una imagen de la virgen, en madera, de notable arte, y la tenía en su tienda expuesta para la venta. Uno de los inquisidores, que pasaba por casualidad, la vió y le preguntó cuánto quería por ella. El imaginero le dijo el precio. El inquisidor le ofreció la mitad. El otro le dijo que si la entregaba por ese precio no ganaría ni el agua para beber. El inquisidor dijo que no le pagaría más, y que de todos modos la tendría. “La tendréis —le dijo el imaginero— si pagáis un precio razo-

nable; de otro modo, la romperé antes que entregáros la por el precio que ofrecéis.” “Rompedla, para ver” —dijo el inquisidor. Entonces Roch tomó la primera herramienta que encontró, y la lanzó contra su obra, de suerte que le rompió un poco la cara. Sin más fue llevado a la cárcel, como si hubiera cometido algún gran crimen. “¿Qué? —decía— ¿no tengo derecho de deshacer y rehacer mi obra como quiera? No me gustaba así y quise hacerla de otro modo.” Mas no hicieron lugar a lo que alegaba, ni se le quiso oír. Tres días después fué llevado al suplicio, para ser quemado como hereje, porque había herido a la virgen María. Entonces, cuando estaba por entrar en el fuego, preguntó en alta voz si no había allí algún flamenco. Algunos que estaban presentes respondieron que sí, y que en el puerto había dos navíos que no esperaban más que viento para zarpar para Flandes, por lo cual, si quería mandar alguna cosa, que lo dijera francamente, que ellos cumplirían fielmente todo lo que les dijera. “Nada más —dijo él— que anunciéis a mi padre, que vive en Amberes, que he sido quemado en esta ciudad, pero nada más que por lo que habéis oído.” Así fué quemado ese pobre hombre. Y para que no creáis que es una fábula lo que os digo, yo mismo he buscado diligentemente en Amberes, porque la cosa me parecía muy extraña, si podía hallar alguna confirmación de esta historia, y si los maestros de ese oficio allá habían oído algo, y encontre al fin algunos parientes de Roch, que habían vivido con él en España y en Amberes, los cuales me aseguraron ser tal como lo habéis oído. Aun me dijeron que el padre de Roch había muerto de tristeza. Podría relatar un millón de ejemplos como éste, si no

pensara que ya los habréis oído contar. Así que es imposible que aquel que haya sido instituído en la verdadera religión pueda vivir allá sin estar en gran peligro. Nadie osaría leer el Evangelio, nadie osaría proferir una sola palabra de la verdadera religión, sin que ineontinenti fuera aprehendido. No hay uno entre todos que sepa lo que quiere decir Evangelio, cuál es la redención que el Hijo de Dios ha realizado por nosotros, cuáles son sus beneficios, qué es remisión de pecados, qué es la justicia de la fe. Ellos adoran al Papa de Roma como a un Dios; se han propuesto defender sus leyes, cualesquiera que sean, a sangre y fuego; piensan que no hay otra religión que la vida monástica, que llaman estado de perfección, y en todo el país reina en tal forma esta opinión errónea y perniciosa, que todos los conventos, que existen en gran número, apenas pueden contener todas esas bestias ociosas, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria la ganancia infame; las cuales, estando llena de maldad, piensan ganar con su vida ociosa, o mejor dicho, maliciosa, la eterna y bienaventurada. Mientras tanto, ¡Dios mío! ¡qué maldades se cometen bajo el pretexto de religión! Ciertamente si yo quisiera trazar un cuadro de una mínima parte de ellas, no alcanzaría todo este mes, es decir, dejando las horribles y ocultas que han acostumbrado haer en sus cavernas más secretas, y diciendo solamente las que yo he visto, y que conozco de cierto. Pero las dejaré todas y relataré solamente una que es tan conocida en España que todo el mundo habla de ella, y tan fresca que se podría probar por infinitos testigos que la han visto.

Magdalena de la Cruz

“Había en el monasterio de Córdoba una monja llamada Magdalena de la Cruz, la cual era tan devota y religiosa que en toda España no se hablaba de otra cosa que de su santidad. Todo lo que salía de su boca era tenido como los oráculos de los profetas, en los cuales es impiedad no creer. Todo lo que ella hacía era considerado como obra divina. Su palabra tenía tal dulzura, que varios jóvenes de grandes casas, dejando el servicio que por derecho debían a sus padres, habían sido incitados por sus bellas palabras a hacerse frailes. Yo he conocido a muchos de aquellos que por esa mujer viven hoy encenagados en ese fango monástico. Para abreviar, el renombre de esta santa mujer era tan grande en todo el país, que cuando nació nuestro príncipe, el hijo del Emperador, hubo que ir a buscar el hábito de la tal Magdalena como algo santísimo, para envolver al niño, a fin de que por la virtud de aquél se viera durante toda su vida libre y a salvo de los lazos y asechanzas de todos los diablos. ¿Mas qué creéis que resultó ser al fin esta monjita? Los inquisidores que la interrogaron lo podrían decir mucho mejor que yo, que no puedo siquiera pensar en tal perversidad sin sentir horror. Fue aprehendida el año pasado, y confesó voluntariamente que todas las cosas que había hecho, las había hecho por el poder y la virtud de Satanás, por el cual se había dejado gobernar desde su juventud. Agregó que durante el espacio de cuarenta años él la había acompañado siempre. (Que Dios aparte tan grande villanía del espíritu y

la memoria de los hombres.) Pero la cosa sucedió así: Siendo ella una niña de diez años, dijo, se le había aparecido un hombre muy bello que le había prometido enseñarle el medio por el cual podría hacerse conocer, estimar y honrar por España entera, con tal que quisiera creerle solamente en una cosa. Incontinenti ella se puso de acuerdo con él, como que era codiciosa de novedades, y prestamente se hizo religiosa; en cuyo estado fue incontinenti renombrada debido a que adivinaba muchas cosas, y además convertía a muchos al monasticismo; de suerte que se puede decir con razón que los que han sido reducidos por ella a ese estado, han sido inducidos por instigación del diablo, cuya potencia fue tan grande que aquello duró cuarenta años enteros sin ser descubierto, hasta que una joven a quien ella quería instruir en ese arte reveló todo el misterio. Entonces fue aprehendida por los inquisidores, y no sé lo que hayan hecho con ella.

Las bulas en España

“Reina en España otra peste, que hace morir eternamente a las pobres almas, y que al mismo tiempo exprime los sudores y el haber de la pobre gente. Es la infinita cantidad de indulgencias del Papa, que llaman bulas, inventadas directamente para deshonar a Dios y profanar la sangre de Jesucristo. Y, sin embargo, están tan llenas de fantasías y engaños tan evidentes, que aun los aldeanos y los niños podran percibirlo. Pero es tan grande la tiranía, las pobres gentes son mantenidas tan a rienda corta, que aunque se conozca abiertamente to-

dos esos engaños, no hay nadie, sin embargo, que ose abrir la boca contra ellos: ni siquiera hay quien ose dejar de adorarlas y adquirirlas a muy alto precio. De tres en tres años se predicán siempre nuevas bulas, bajo no sé qué pretextos diabólicos, y esa predicación renovada de año en año dura hasta el término de los tres años, cuando vienen de Roma nuevos envíos, derogatorios de los anteriores, y por los cuales se extingue toda su virtud. Porque así representan ellos la farsa, con engaños tan groseros que los niños podrían descubrirlos. Eligen para ese negocio a algún hombre desvergonzado y de palabra fácil, que predica por los pueblos y ciudades las virtudes de esas bulas; para lo cual se vale de ciertos argumentos que le son entregados por escrito antes de la cuaresma (que es la época en que más corren esos buleros) a fin de que se apresten temprano. Así cuando llega el tiempo se convoca al pueblo al templo, so pena de excomunión para los que dejen de encontrarse allí. Cuando todo el mundo está reunido, el impostor sube al púlpito y comienza con palabras magníficas a alabar la gran ocasión que tenemos en este siglo, de que por una maravillosa providencia de Dios nos sea dado ver lo que nuestros padres tanto desearon y jamás pudieron ver. Porque antiguamente el santo padre el Papa, vicario de Jesucristo, apenas si quería dar el gran Jubileo, es decir, remisión plenaria de los pecados y absolución de pena y culpa, como ellos dicen, más de cien en cien años, y todavía con la condición de que se hiciera una peregrinación a Roma o a Compostela o a Jerusalén. Ahora se nos ha abierto la bondad de Dios, la liberalidad del Santo Padre se ha expandido por to-

das partes, y los tesoros divinos, las grandes riquezas espirituales nos son ofrecidos y propuestos, no ya de cien en cien años como antiguamente, sino de año en año, y si esto fuera poco todavía, de día en día, de suerte que no tenemos más necesidad de correr a Roma o a Jerusalén: hoy vemos esas grandes riquezas desplegadas hasta dentro de las casas y habitaciones de cualquiera de nosotros. Saca entonces la bula de su saco y la muestra a toda la asamblea como una cosa descendida del cielo; exalta sus virtudes sin ninguna vergüenza ni mesura y agrega a ello alguna fábula para mejor encantar al pobre pueblo; en suma, tiene tal habilidad para conmover al pueblo, que lo tiene en suspenso y lo lleva adonde quiere, de suerte que esas pobres gentes simples creen ver alguna cosa celestial y llena de divinidad en donde sólo hay puras ilusiones y verdaderas blasfemias que profiere ese monstruo de predicador. La primera de ellas es que la virtud de esa bula es tan grande que cancela todo el poder de las precedentes, y es imposible que ellas tengan ningún efecto si no se les agrega ésta. Que si reciben ésta, la acción de las precedentes será plena y perfecta, si no será nula. ¿Quién es aquel que no ve en esto una asombrosa ilusión de Satanás? Que si alguien osara solamente censurarla sería incontinenti quemado como hereje. Los efectos de la bula son no menos engañosos que fraudulentamente exaltados. Como éste, que quien compre esta bula puede en ciertos días librar un alma del purgatorio, en otros adquirir remisión de pena y culpa, y un millón de blasfemias semejantes. La mayor parte son obligados a adquirir la bula, a fin de que se les permita comer hue-

vos y productos lácteos en cuaresma y demás días de ayuno. Porque en España está ordinariamente prohibido hacerlo y es excomulgado y condenado a muerte quien coma sin la bula, y como la mayor parte de España está alejada del mar, y es muy frecuente no hallar nada que sea bueno para comer, más que frutas u otras cosas de las que están prohibidas, el pueblo está obligado a comprar la bula, a fin de poder vivir comiendo con buena conciencia huevos y productos lácteos. Por tanto, después que este gentil predicador ha charlado bastante en el púlpito, otro despliega una cantidad de bulas en otro lado del templo, y cada cual se hace de los grandes tesoros que creen estar contenidos en el papel, y sin los cuales no creen poder vivir. Mientras tanto, el impostor no cesa de incitar al pueblo a la liberalidad, a recibir con los brazos abiertos esos grandes dones y demostrar con sus limosnas que no son ingratos para con Dios. Cuando ve que todo el mundo la ha comprado, ruega por ellos, que Dios les dé felicidad, y luego deja de predicar. Al día siguiente los impostores recorren las casas para recibir el dinero de sus bulas, las cuales cuestan un tercio de florín, o más, cada una, y allí ejercen una notable crueldad. Porque sucede muy a menudo que muchos pobres, que con su trabajo se alimentan ellos y una gran familia, no tienen dinero contante. Entonces los mandan a la cárcel, les impiden trabajar, los excomulgan, o bien toman en prenda sus ropas o sus lechos, y exprimen de tal suerte a esa pobre gente que más bien los harían morir de hambre a ellos y sus hijos, antes que perdonarles un solo dinero o darles un término para pagar. Después que han arrancado así la plata, emplean

un nuevo engaño. Porque hacen saber al pueblo que al entregar el dinero, han recibido toda la potencia del Papa contenida en el papel, y que ya no necesitan la bula. Se las vuelven a comprar entonces por dos o tres dineros.¹ y luego las revenden en otros lugares, hasta que han recorrido todo el país. ¿Mas cómo relatar todas sus perversidades? Es tan grande la estupidez del pueblo, y su error, que con esto se hace tal escarnio de las conciencias que el padre no se atrevería a pensar que con una sola bula le basta para él y sus hijos, ni el marido para él y su esposa. Así una familia se ve obligada a comprar todos los años tal vez veinte o treinta bulas, con lo cual las pobres gentes quedan terriblemente empobrecidas y debilitadas. Conozco mercaderes que podría nombrar, que el año 1539 aseguraron las bulas que se debían distribuir en tres años en Castilla solamente, y adelantaron al contado cuatrocientos mil ducados, sin contar otra suma mucho mayor que debían pagar al final del término.

Las imágenes milagrosas

“Si quisiera describir las imágenes milagrosas que son adoradas como dioses en España, no sería menos difícil que tratar de las bulas. Porque hay pocas ciudades en que no se encuentre una imagen de la virgen María que haya hecho grandes milagros, y con ella algún santo

¹ *Denier*, antigua moneda de cobre, de ínfimo valor. — *N. del T.*

que tal vez nunca existió. Pero dejaré toda esa legión de imágenes, que sobrepasa toda la superstición de los paganos, y relataré solamente un caso célebre, con el cual a menudo habéis tropezado, como que está en vuestra misma ciudad y como en vuestra casa. Os ruego, pues, que penséis en vuestro espíritu cuán execrable es ese monstruo y cuánta maldad y abominación arrastra consigo. Hablo de la imagen del Crucificado que está en Burgos, en el convento de los agustinos. Tienen allá la creencia, que no sé de dónde ha venido, de que Nicodemo, en la época de la pasión, hizo esta imagen a la misma semejanza y del mismo tamaño que tenía Jesucristo pendiente en la cruz; y que la arrojó al mar dentro de una caja de madera, que fué hallada después por un mercader y llevada por un gran designio de Dios a Burgos. Además, hacen creer al pueblo que no se sabe todavía de qué material está hecho ese vil y asqueroso ídolo de madera, pero que lo cierto es que tiene un no sé qué de carne viva, tanto que le crecen la barba y los cabellos y las uñas. Todos los sábados le lavan los pies, y se dice que el agua con que ha sido lavado tiene un poder tan grande que puede sanar toda suerte de enfermedades; por lo cual la distribuyen a todos los enfermos que hay en la ciudad. Ha sido ennoblecido por grandes milagros, la mayor parte de los cuales están allí pintados y llenan casi todo el convento. Esta imagen ha fascinado los espíritus de los ciudadanos, de muchos príncipes y casi de todo el país, por sus milagros; los cuales no son menos debidos hoy a la virtud de Satanás, que los antiguos oráculos de los gentiles, de los cuales se oye hablar tanto en sus libros. La ganancia que aporta este

ídolo a esos ociosos vientres de frailes, no es pequeña; la idolatría que allí se comete y queda en los espíritus de los hombres, es mucho más grande y más detestable. Todos los viernes la ciudad entera se traslada allá para adorar a ese dios, y creen que ha faltado grandemente a la religión aquel que ha dejado de ir tan solamente un día. Allí se dicen, por encargo de los ciudadanos, una infinidad de misas; allí se ofrece plata, oro, cera y de todo. Los príncipes envían presentes de oro y de plata. Se considera muy dichoso aquel que puede ver una vez este dios al descubierto. Porque se le tiene siempre en un lugar muy obscuro, envuelto en paños de oro, de plata y de seda, encerrado bajo llave muy diligentemente. Cuando se le muestra en descubierto, se ve a hombres y mujeres llorar, lagrimear, exhalar grandes suspiros de lo profundo del corazón, golpearse el pecho y proferir en alta voz horribles palabras de adoración. Todas y cuantas veces pienso en tan brutal, tan grosera, tan execrable adoración de Satanás, que tengo ahora delante de los ojos como si la viera, se horroriza mi cuerpo y mi espíritu. Y todo esto se hace con el solo fin de que no sé cuántos frailes malvados e infames se alimenten como cerdos en una artesa con la ganancia que deja, y lleven a una infinidad de almas al infierno con ellos. Vos no ignoráis, creo yo, lo que se hizo no hace mucho en esa vuestra ciudad; cómo no sé qué otros frailes del templo que llaman el Sepulero, envidiosos de la ganancia de los agustinos, dispusieron también una imagen de Jesucristo sepultado, la cual no tardó en hacer también milagros, y fué favorecida asimismo por la gran admiración del pueblo. Lo cual era para los agustinos una gran parte

de su ganancia. El día del gran viernes, que dicen, consagrado por ellos a la muerte y sepultura de Jesucristo, dos frailes agustinos se fueron a ese nuevo sepulcro so color de religión, para orar allí y velar toda la noche el monumento, según la costumbre del país. Allí los frailes, retirándose aparte a algún lugar secreto, como para rezar, pusieron fuego al templo, de tal suerte que aquella noche el templo y el ídolo fueron quemados y consumidos. Así quedaron solos los agustinos, los cuales tuvieron toda la ganancia y obtuvieron el cetro de la idolatría. Mas ya basta de hablar de esa inmundicia, la más grosera que los ojos puedan ver o las manos palpar. Pues quien quisiera tratar aquí de la abominación de las misas, de la profanación de los sacramentos y de toda la doctrina cristiana (inmundicia que por lo mismo que es más fina que la otra, es más peligrosa) emprendería algo de lo cual no podría salir ni tan pronto ni tan fácilmente. Alguna vez quizá se ofrezca la ocasión de hablar de ello. Ahora se aproxima la noche y es tiempo de que nos retiremos a nuestro alojamiento, de modo que os dejamos, Monseñor Francisco —me dijeron—, mas será con la condición de que mientras el Emperador, que bien pronto debe pasar a Alemania, permanezca aquí, volveremos todos los días." Lo cual no dejaron de hacer mientras el Emperador permaneció allí, y platicamos juntos sobre muchos asuntos importantes, que sería largo relatar. Esta compañía duró hasta el segundo día del año 1544, día en que partió el Emperador para Alemania, para ir a la jornada de Espira. Yo quedé entonces solo en la prisión, privado de la compañía de mis amigos,

sin saber en qué estado estaban mis asuntos, y sin ver ni oír otra cosa que tristes ejemplos de la miseria del género humano y de la horrible impiedad de los hombres. Reltaré dos solamente, de entre los más notables.

Justo Jusberg

El primer día del año pasado, mil quinientos cuarenta y cuatro, fué llevado de Lovaina a Bruselas, a la prisión en que yo estaba, cierto prisionero ciudadano de Lovaina llamado Justo Jusberg. Los arqueros que lo llevaban lo entregaron al cuidado de nuestro conserje, de parte del *drossard*, con el encargo de que lo tuviera encerrado en un lugar secreto, donde nadie pudiera verlo ni hablarle. El *drossard* en Brabante es un funcionario al cual el Emperador da potestad en una región, para prender, encareclar y ajusticiar a aquellos que encuentre merecedores de ello¹. El que por entonces tenía ese cargo era un perverso epicúreo, sumido en la inmundicia y el vicio.

Aquel pobre Justo Jusberg entró, pues, en nuestra prisión, en el lugar donde estábamos confinados, a eso de las diez, un poco antes de almorzar. Nos saludó muy amablemente, y nos habló así: “Señores, os ruego que no os incomodéis por causa mía; porque creo que no os será gravoso, ni a nadie en el mundo, por mucho tiempo”. Nosotros le devolvimos el saludo, y como se había mojado en el camino, lo hicimos sentar cerca del fuego.

¹ Cargo similar al de *corregidor* en España. — N. del T.

Nuestro Gilles comenzó a abrazarlo con grandes muestras de amistad, porque lo conocía de antes, y no hubo favor o servicio que pudiera necesitar que no le hiciera; por lo cual percibimos la gran amistad que le tenía.

Viendo, pues, que Gilles lo conocía, yo le pregunté quién era aquel hombre. “Es un santo —me dijo—, que ha sufrido muchos males y persecuciones por la gloria de Dios; si conocieseis la gran fe que tiene en Cristo, su gran piedad, su modestia combinada con una maravillosa constancia y honesta gravedad, alabaríais y agradeceríais a Dios grandemente por haber concedido a los hombres una fuerza tan grande y tan excelente porción de su poder. Por tanto, hermano, no tengáis reparo en conversar con él, a fin de que la fe de uno y otro sea fortificada por la comunicación de las santas letras”. “Lo haré gustoso —dije—, mas como hay tanta gente aquí reunida, y está tan cerca la hora del almuerzo, me parece que no es momento oportuno para que hable con él. Pero haré que nuestra huéspededa lo deje con nosotros para este almuerzo, y cuando hayamos comido podremos platicar juntos con tranquilidad.” Así se hizo. Después del almuerzo me acerqué a él y le pregunté la causa de su encarcelamiento. Entonces me dijo: “No os maravillaréis de mi aventura, si os miráis a vos mismo, a la condición de la Iglesia en este mundo y al trato de aquellos que hacen profesión de la Palabra de Dios. Os diré, pues, lo que preguntáis, y que Gilles hubiera podido deciros también; porque él conoce todo mi asunto tan bien como yo. Hace mucho tiempo que el Señor me prueba con diversas aflicciones, mas para olvidar todas

mis miserias pasadas, que no han sido ni pocas ni livianas (¡Dios sea loado por todo, y gracias le sean dadas, que me ha dado fuerza para soportarlas!) os relataré solamente ésta mi última aflicción y miserable cautiverio, que con todo debería llamar mejor gloriosa que miserable; porque espero que en breve me aportará un fin glorioso delante de Dios.

“Hace un año ya que el Procurador general y los otros funcionarios de este país tomaron la decisión conjunta de perseguir a los seguidores de la pura doctrina de Jesucristo. Hicieron pues un catálogo de aquellos que querían encarcelar del país de Brabante y de Flandes, y tuvieron por sospechosos más que los otros a los de Lovaina, ya sea porque por entonces la Palabra de Dios florecía allí, o porque lo poco que allí había de doctrina pura era suficiente para poner en evidencia a los teólogos, que tienen cuidado principalmente de observar y acusar a aquellos que ven que les hacen menos favor; o bien porque el Procurador general y su pandilla pensaran poder conseguir mejor su objeto con los de Lovaina mediante la ayuda de la brigada de los teólogos. Yo no sé bien la causa. No sé tampoco cómo sucedió que entre todos los ciudadanos de Lovaina yo les fuera el más sospechoso. Por tanto me buscaron primeramente en Lovaina, pero yo no estaba allí, y sabiendo que había ido a una abadía que está a dos leguas de Lovaina, para componer los hábitos de los frailes, porque soy de oficio peletero, encargaron al *drossard* que fuera a prenderme. El Procurador aprehendió a los de Lovaina, donde ha hecho una terrible masacre y carnicería de cristianos, de la cual creo que habréis oído hablar. El

drossard vino, pues, a la abadía con una gran cantidad de arqueros, y me encontró en la entrada, donde estaba acomodando mis pieles sin pensar en semejante cosa. Entonces se arrojaron todos sobre mí, como una manada de lobos hambrientos sobre una oveja; me arrebataron de las manos las pieles y las herramientas y me atropellaron por todos lados. Yo no les hice resistencia alguna, y tampoco me asombró mucho su llegada; porque conocía bien su espíritu, y hacía tiempo que estaba preparado para tal cosa. Al atropellarme, me quitaron un Nuevo Testamento y una porción de los sermones de Lutero, que yo acostumbraba llevar siempre en el seno. Se regocijaron mucho de haber hallado esa presa, pues creyeron que era suficiente delito para hacerme morir; así pues me llevaron atado y agarrotado, directamente a Bruselas, a la casa del *drossard*. Al día siguiente se aparecieron dos consejeros de la cancillería, que llaman comisarios, para interrogarme sobre mi fe, y me amenazaron con darme tormento si no respondía simplemente y todo lo que sabía, a lo que me preguntaran. Les dije que estaba dispuesto a decir y sostener la verdad hasta la muerte, sin necesidad de que me obligaran con tormentos.

“Entonces me interrogaron sobre todos los artículos de fe que yo creía, sobre el poder del Papa, sobre el purgatorio, sobre el sacrificio de la misa, las indulgencias, el sacramento bajo las dos especies, e infinidad de otras cosas. Yo les respondí simple y francamente todo lo que debe responder un cristiano sabedor de que la justicia, la santificación, la redención de todo el género humano son dadas por la bondad gratuita de Dios, y

como lo había aprendido en la Santa Escritura. Me preguntaron por qué tenía encima esos libros, siendo que mi estado no me los permitía leer. Yo les respondí que mi estado me permitía leer lo que fuera necesario para mi salvación, y que la redención hecha por el Hijo de Dios, y contenida en las Santas Escrituras no me pertenecía menos que a los grandes doctores o a los grandes príncipes y monarcas del mundo. “Pero tales libros son heréticos”, me dijeron. “En cuanto a mí —les dije—, los tengo por cristianos y saludables”. Finalmente me pidieron que les revelara mis cómplices, aquellos que yo supiera estaban manchados de la misma herejía que yo. Yo les respondí que no estaba manchado de herejía, y que no tenía otra doctrina que la del Hijo de Dios, y que no conocía otros herejes que los perseguidores de esa doctrina, quienes quiera que fuesen. Entonces me acusaron de blasfemo, por haberlos llamado perseguidores, aunque yo no hubiera nombrado a nadie; y me amenazaron con someterme a tormentos que nadie jamás había soportado todavía, con romperme miembro por miembro, con arrancarme pedazos del cuerpo con hierros calientes, y no sé qué otras crueldades, si no quería delatar a aquellos que frecuentaba. Yo les respondí que el *drossard* mismo había visto los frailes del convento que yo frecuentaba, donde había sido aprehendido; si querían prenderlos a ellos, que fueran a hacerlo.

“Ellos entonces, viendo que no había esperanza de saber por mí lo que querían, me hicieron traer a esta prisión, y me tuvieron casi nueve semanas en una cámara alta, en el cepo y engrillado, sin que nadie pu-

diera llegar hasta mí, salvo la persona que todos los días me llevaba de comer. Después, no sé por qué causa, me trasladaron a Lovaina, donde permanecí en un lugar horrible, hasta esta hora. Y no dudo que me hayan traído a este lugar para poner pronto fin con la muerte a todos mis tormentos, lo que yo soportaría gustoso. Porque además de esta larga y afrentosa miseria del cuerpo, me es imposible decir los embates espirituales que he sufrido, cuánto he combatido contra las angustias del diablo, de la muerte, de la desesperación y del infierno. ¿Y quién es, pregunto, el que en un momento de gran debilidad de nuestra naturaleza, viéndose abandonado de todas las cosas humanas, no vacila alguna vez y se siente indeciso? ¿Dónde está el hombre mortal que pueda tener siempre el mismo coraje, la misma fuerza y constancia, sin ninguna relajación? ¿Quién es el que alguna vez no tropieza, como criatura frágil, que no vacila, que no se intimida por las emboscadas y tretas del enemigo del género humano, por el recuerdo de sus pecados, por la imaginación de la muerte y del infierno? No sin causa se ha dicho que es bienaventurado el que perseverare hasta el fin, aquel que, aunque vacile alguna vez ante los golpes de esta vida humana, no cae sin embargo, sino que permanece siempre en pie. Por tanto os ruego, por la misericordia de nuestro Dios, que rogéis a Dios sin cesar junto conmigo, para que en esta última etapa de mi vida, él me dé por su gran bondad valor y constancia, a fin de que pueda soportar las argucias y tretas del viejo enemigo, y esperar felizmente el fin de esta milicia cristiana". Oyéndolo hablar así de sí mismo y recordando lo

que otras veces había oído, lo reconocí mejor que antes. Porque yo estaba en Lovaina cuando él fue llevado de Bruselas, y se decía entonces de él que era quien había traicionado a todos los de Lovaina. Lo cual le pregunté poco antes de su muerte, para saber si era cierto. Pero no solamente me negó que fuera cierto, sino que afirmó con juramento que jamás había abierto su boca para delatar a nadie, y que siempre estuvo dispuesto a morir y soportar todos los tormentos antes que poner en peligro a sus amigos y buenos hermanos. Por lo tanto el pobre Justo no debe ser acusado de tan mala jugada; al contrario, todas las personas honradas que antes han ignorado su inocencia, deberían en adelante descargarlo justicieramente de esa calumnia. Todo aquel día lo pasamos Justo y yo en buenas y santas pláticas, y no se hizo nada en su causa ni en la de ningún otro de los presos, debido a que era día de fiesta. Al día siguiente tampoco se hizo nada a causa de la partida del Emperador. Porque todos los magistrados y oficiales de la ciudad lo acompañaron hasta Lovaina. El mismo día, por la noche, vino a verme un cortesano, para decirme que no me preocupara por mi causa, y que me traía buenas noticias; porque estando por casualidad en camino con el presidente de la corte de Borgoña, le había oído decir estas palabras: "Estos frailes españoles —dijo— han hecho encarcelar a un joven de su nación por haber trasladado a su lengua el Nuevo Testamento, diciendo que encierra grandes depravaciones y malas doctrinas, y sin embargo, al fin el libro ha sido encontrado justo. Y si no tienen alguna otra cosa contra él, se verán obligados a dejarlo ir

para gran deshonra de ellos". "Yo puse mucha atención a sus palabras —me dijo—, y he querido venir a comunicárosla antes de ir a mi casa. Porque espero que, con la ayuda de Dios, tendremos en breve algún alivio". Yo le agradecí la buena nueva y me regocijé, pero ni eso, ni el saber que grandes personajes estaban de nuestra parte, nos aprovechó mucho para la resolución de nuestro asunto, como lo diré más adelante. Vuelvo ahora a la causa de Justo.

Al día siguiente el *drossard* envió a algunos esbirros a la cárcel después de almorzar, para que llevaran a Justo al tribunal, que estaba presidido por el Procurador general, su gran enemigo, con otros tres jueces y consejeros instruídos en la misma escuela que él. Se levantaron entonces aquellos dos que habían sido instituídos comisarios en su causa, y que habían oído su confesión de fe, la cual recitaron en voz alta por escrito, y luego de haberla leído entera le preguntaron si no la reconocía como su confesión de fe. Entonces él les respondió: "Confieso que vosotros vinisteis a verme un día en la cárcel, y amenazándome con terribles tormentos me exigisteis la confesión de mi fe; y confieso, además, que entonces yo os respondí lo que había aprendido en la Escritura Santa y todos los cristianos deben responder; otro sí afirmo que no dije entonces nada que no confirmase por el testimonio de la Santa Escritura; mas veo ahora que aquellos testimonios, con los cuales confirmaba mis afirmaciones, han sido dejados de lado por vosotros, o por malicia cierta o con no sé qué designio. Ello no obstante, apruebo esas sentencias desnudas que habéis recitado, y las reconozco

como confesión de mi fe, ofreeiéndome a confirmarlas por la autoridad de la Palabra de Dios". Entonees le dijeron: "Pues que reeonees estos artículos como confesión de tu fe, nosotros te exigimos que te retractes de ellos como heréticos y opuestos a la costumbre de la santa madre iglesia. Haciendo esto harás mueho para la salvación de tu alma, y los tormentos del cuerpo te serán quizá aminorados. Mas si prefieres perseverar en tus errores, serás quemado vivo, y se te atormentará con penas que no han sido aún inventadas, para castigarte según lo mereees, y para dar en ti ejemplo a otros". Justo les respondió entonees: "En mi espíritu no hay ninguna impiedad, y no quisiera a sabiendas tener ninguna opinión que estuviera en contra de la verdad y contra la Palabra de Dios. Si he faltado en alguna cosa, como es posible a los espíritus humanos, exijo que se me lo demuestre. Así, si hay alguno de vosotros, señores, que con razones verdaderas y testimonios de la Santa Escritura, me enseñe una doctrina mejor, no sólo estoy pronto a aprenderla, sino también a desdecirme de aquello en que se me demuestre que he errado". "Ahora no es ocasión de discutir —le dijeron—; solamente se te ordena que te desdigas de esas malvadas opiniones". "Yo no veo todavía en mis afirmaciones ninguna maldad —les dijo Justo—; por lo tanto no puedo todavía revoearla, sin renunciar por el mismo medio a la verdad de Dios, lo que no he deecido haer, y ruego a Dios que me guarde mientras viva de semejante cobardía". Entonees les pareció que blasfemaba; por lo cual le ordenaron nuevamente que se desdijera sin más diseusión de todo lo que había

dieho, so pena de ser quemado vivo. “Está en vuestro poder usar la fuerza —respondió Justo—, la cual sin embargo, mientras Dios me conserve este valor que tengo ahora, no me obligará a cometer tal impiedad”. Entonces le dijeron: “A fin de que no tengas motivos para quejarte de que te obligamos, se te da tiempo para reflexionar hasta mañana”. Y diciendo esto ordenaron que fuera vuelto a llevar a la cárcel. A su vuelta Gilles lo recibió, y después de haberlo saludado muy amistosamente le preguntó qué había de nuevo. “El Señor me ha llamado”, respondió él. Gilles quiso preguntarle algo más, pero fue rechazado por los satélites, que lo llevaban atado. “Retírate —le dijeron—; yo creo que tú mereces también la muerte tanto como este hereje empedernido. Pero te tocará el turno también dentro de poco, para que sigas las huellas de este tu amigo”. Gilles les respondió muy modestamente: “Hacéis mal, señores, al apartarme así rudamente de este pobre hermano mío. Que si ha de llegarme el turno, vosotros también sois hombres como yo y debéis pensar también en el vuestro. Cuando me llegue el mío, lo soportaré gozosamente; creo que ninguno de vosotros estará en peligro por mí”. Estas palabras de Gilles fueron informadas incontinenti a los jueces, y le valieron la muerte poco después. Cuando se hubieron retirado los satélites subimos, Gilles y yo, a la cámara de Justo, donde nos contó todo lo que había pasado, como lo he relatado más arriba. Por nuestra parte, lo incitamos también a la paciencia, a la invocación y a la perseverancia en la confesión del nombre de Dios. Allí Gilles sacó de su corazón increíbles afecciones, y habló con

una vehemencia tal que me hizo verter lágrimas. Al fin, cuando se acercaba la hora de la cena, descendimos, para que nadie supiera que habíamos estado con él, puesto que estaba prohibido.

Al día siguiente, que era el viernes cinco de enero, antes de mediodía, volvieron los satélites a la cárcel, para volver a llevar a Justo ante el tribunal. Cuando estuvo delante de los jueces, le preguntaron si había cambiado de opinión, y si quería desdecirse de sus herejías. El les respondió que su confesión no contenía nada de lo cual debiera desdecirse. “Si no te desdices de todo —le dijeron—, perecerás”. “Es de vuestra parte —les contestó— una tiranía y una violencia tales como jamás he oído mencionar, que no queráis enseñarme nada mejor, y queréis obligarme sin razón ni derecho a desdecirme de la cierta e indubitable voluntad de Dios. Estoy presto a aprender de vosotros si queréis enseñarme mediante la autoridad de la Santa Escritura; como estoy dispuesto a probar por la misma autoridad lo que yo he dicho. Pero si no queréis ni enseñarme, ni oír buenas razones, sino solamente proceder por la fuerza, contra todo derecho y justicia, haced todo lo que bien os pareciere, pues no hay nadie que os lo pueda impedir. Mas recordad que un día rendiréis cuenta de este acto ante la justicia de Dios. En cuanto a mí, me guardaré bien de negar en la tierra, delante de los hombres, la eterna verdad de Dios, de la cual deseo tener el testimonio en el cielo delante del Padre celestial”. Entonces le dijeron: “Ya te hemos dicho que aquí no es cuestión de discutir. Que si te crees tan buen disputador, te enviaremos después de

almorzar dos religiosos con los cuales disputarás todo lo que quieras. Mientras tanto, como eres hereje pertinaz y obstinado, te condenamos por ésta nuestra sentencia, a ser quemado y quitado de entre los hombres en tal forma que tu cuerpo sea consumido y reducido a cenizas''. Justo, oyendo esta sentencia, se arrojó al suelo de rodillas y agradeció a Dios en primer lugar y después a los jueces, que pusieron fin a todas las miserias de su vida, y les rogó no que le perdonaran la vida, la cual no deseaba en lo más mínimo, sino que solamente permitieran que fuera decapitado en lugar de quemado. Ellos le contestaron que ya estaba dictada la sentencia y que no se podía revocar ni cambiar, a no ser por voluntad de la Reina, que no era necesario esperar.

Después del almuerzo vinieron dos reverendos padres, uno de los cuales era jacobino, Licenciado en Teología, hombre hecho a toda hipocresía e impiedad, y el otro franciscano, hombre ignorante pero no menos melicioso que el otro. Se les hizo entrar a solas con Justo, para atormentarlo el día entero con sus interrogaciones. Le dijeron al comenzar que habían sido enviados por los consejeros para darle algún consuelo, para amonestarlo tocante a la salvación de su alma, ya que no había más esperanza de la vida del cuerpo; y le rogaron con insistencia que, con el cuerpo, no pusiera también en peligro su alma. Justo les rogó por el contrario que se volvieran a su casa, y no se tomaran tanta molestia, dándosela al mismo tiempo a él. Que si quería hacer algo por él, rogasen a los jueces, o a quienes tuviesen poder para hacerlo, que fuera decapitado. Si lo impe-

traban, que todo iba bien; y si no, que se quedaran en su convento y no se tomaran tanta molestia para una cosa impropia, y para ellos perversa. Los frailes le prometieron probar si era posible hacer aquello; pero no por eso dejaron de acudir todos los días a la prisión, donde se pasaban casi la mayor parte del tiempo. Porque después de su condenación, Justo permaneció tres días enteros en la cárcel, y no quisieron ejecutarlo hasta el lunes siguiente, con la esperanza de que se desdijera de la doctrina que había sostenido hasta entonces. Mientras los frailes estaban ausentes, Gilles y yo estábamos siempre con él, y nos contó muchas cosas de la malicia de aquéllos, diciendo que le habían hecho aguantar más en esos últimos días, que en todo el tiempo que había estado preso, aun cuando había estado encerrado solo. Pero Gilles, impulsado por el Espíritu Santo, y por una voz divina, lo consolaba con gran fervor y eficacia. Pues los argumentos salían de su boca con tal fuerza, dulzura y piedad, y estaban llenos de cosas tan graves y agudas, que cada palabra llegaba hasta lo profundo de nuestros corazones, y nos hacía verter lágrimas. Se hubiera conocido entonces evidentemente la virtud del Espíritu Santo que gobernaba el espíritu de Gilles y su palabra. En cuanto a mí, no tenía la menor duda de que el Espíritu de Dios, habitando en ese cuerpo puro y limpio, era quien le proporcionaba argumentos y palabras tan apropiados, tal como si estuviera sentado sobre su lengua. Pero eso frailes perversos nos fastidiaban bastante, interrumpiendo sin cesar el gozo y el placer de nuestras pláticas. Con ellos venían también a menudo gran cantidad, tanto de

curas como de frailes y otros malos hábitos, para apartarlo de la confesión de la verdad, y nos daba mucho fastidio verlos allí. Por esta causa no teníamos oportunidad de visitar a nuestro buen amigo Justo sino después que los frailes se habían ido, o a la mañana temprano antes que llegaran. El domingo por la mañana, viendo que no había medio de que Justo se desdijese de la confesión de la verdad, le dieron a entender que había esperanzas de que fuera decapitado. Porque dos consejeros se habían presentado a la Reina para impetrarle la gracia de que fuera suavizado el tormento, y la Reina, habiendo oído su demanda, les había respondido que daba su consentimiento, y que era una gracia bien pequeña, ya que no era remitida la pena de muerte. Pero los frailes no quisieron decirle que lo habían solicitado a la Reina; solamente le dijeron que quizá se hiciera, a fin de que con esa esperanza estuviera dispuesto a hacer lo que ellos quisieran. Porque lo exhortaban a que se confesara con ellos, y decían que celebrarían misa delante de él, y le darían el sacramento, a fin de que el pueblo supiera que había muerto como buen cristiano. “No me importa —les dijo Justo—, qué opinión tenga el pueblo de mí. Solamente deseo ser aprobado por Dios, por cuya misericordia muero en paz y con la conciencia tranquila. Porque ya hace tiempo que le he confesado mis pecados a él, que conoce los secretos de los corazones, y puede y quiere perdonármelos por medio de su Hijo. Aun ahora confieso que soy pecador, y un nada más que una masa de pecado, manchado por infinitas manchas, habiendo ofendido frecuente y grandemente la majestad de mi Dios. Mas tengo la

seguridad, por otra parte, de que a causa de su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, el Padre me es propicio, y cubrirá por su misericordia mis pecados, de suerte que no podrán impedir mi salvación, y además me revestirá de su justicia, y me elevará a la vida eterna; de modo que compareceré confiadamente ante el juicio de Dios, delante del cual tengo la esperanza de comparecer bien pronto. En cuanto al sacramento y pacto del cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, hace ya largo tiempo que lo he recibido por fe en espíritu, y lo retengo firme e inmutable, no en las especies de pan y vino, sino impreso y grabado con letras vivas en las tablas de mi corazón. Yo sé cuán provechosa me es esa alianza, propuesta a todos los cristianos en el Evangelio del Hijo de Dios, aunque ahora me abstenga de vuestro pan. Por tanto, no menosprecio esos santos símbolos y como figuras divinas de grandes misterios, sino que los estimo testimonios infalibles de la alianza hecha con nosotros, y gajes de las promesas de Dios, siempre que sean tomados según él lo ha ordenado. Por tanto, si queréis darme el sacramento del cuerpo y la sangre de Jesucristo bajo las dos especies del pan y el vino, conforme Jesucristo nuestro Señor lo ha instituído, lo recibiré de buena gana. Si no, no siento mucho el signo exterior, teniendo confirmada, por la gracia de Dios, la pura y entera virtud y eficacia de este sacramento en mi interior.” Al fin los frailes le prometieron que se lo administrarían bajo una y otra especie, y acordó que así lo recibiría; pero yo no sabría a la verdad afirmar si se lo dieron; solamente digo lo que le oí decir a Justo. El mismo día, después de almorzar, sucedió una cosa que fué motivo de gran con-

trariedad. Porque entre los otros que vinieron para convertir a Justo a su impiedad, vino también el cura de la Capilla, aquél que había sido causa de que Justo ¹ fuera encarcelado, el cual viendo a Gilles paseándose por la prisión, y por añadidura llevando en brazos un niño del conserje, comenzó a injurarlo de palabra en mi presencia. Lo llamaba hereje, y decía que había seducido en la ciudad a una infinidad de pobres gentes sencillas. Gilles le respondió muy modestamente, que él no era hereje ni había seducido a nadie. Yo no me pude contener entonces sin responder a aquel malvado, aunque más moderadamente de lo que merecía su audacia. Le rogué que no atormentara más a un pobre preso que ya estaría bastante atormentado. “Intentáis una gran cosa —me dijo—, si queréis defender a semejante hombre, que como un lobo furioso ha mordido tanto con sus dientes venenosos a mis pobres ovejas (empleaba esta manera de hablar), que no las he podido curar con ningún emplasto ni ningún remedio. Porque, para no ocultaros nada, es tal que podría corromper toda una Iglesia y aun arrasar toda una ciudad.” “Yo lo conozco como hombre de bien y modesto” —dije yo—. “Oh —dijo él— no diríais eso si lo conocierais como yo. Mas yo haré, Dios mediante, que no se le pueda llamar malvado por mucho más tiempo.” Yo le rogué que se moderase, y no se dejase arrastrar por una cólera tan grande, contra un hombre que no hacía mal a nadie y se ingeniaba para agradar a todos. Pero yo le contaba una fábula a un sordo. Pues desde ese día comenzó a presentar informes al Procurador

¹ Así en el original, debe decir Gilles. — *N. del T.*

general, y a excitarlo contra el pobre Gilles, procurando su muerte por todos los medios. Y no trabajó en vano tampoco, como lo diré más adelante. Ahora vuelvo al fin de nuestro pobre Justo.

La misma noche, es decir aquella que fué ejecutado a la mañana, casi todos los de la casa subimos para decirle adiós, y lo encontramos un poco débil, y lo que sería difícil de creer, con una gran sed. Entonces le hicimos traer vino, del cual bebió poco, y continuó quejándose de una sed perpetua. Pues se dice que los que están próximos a su muerte son terriblemente atacados de sed; quizá esa fuerte aprensión de la muerte, junto con una evacuación de vapores producida por un gran dolor, desequilibra sus cuerpos, y que esa perpetua tristeza aleje los humores y altere las partes internas que necesitan humedad para su irrigación. Lo cierto es que nada podía saciar la sed de Justo. Viendo, pues, a su alrededor a casi todos los de la casa, tornóse hacia nosotros y habló de esta suerte: "Veis, mis hermanos cristianos, que se aproxima la hora de mi muerte, la cual, aunque la temo como hombre, cargado todavía de este cuerpo de pecado, he decidido, sin embargo, soportarla gozosamente como cristiano con la seguridad de que todas las tachas de este cuerpo han sido clavadas en la cruz de nuestro Salvador Jesucristo y reposando seguramente en su misericordia. Está bien en razón también, que teniendo memoria de un beneficio tan grande recibido por mí del Hijo de Dios, el cual al precio de su sangre me ha rescatado de la servidumbre del diablo y del pecado, le agradezca en alguna forma, y que glorifique a Dios con el sacrificio de este cuerpo y selle con mi sangre la doctrina celestial; lo cual

me redundará en grande ganancia, ya que por un tormento ligero y de poca duración me es propuesta en el cielo la corona de gloria, la cual recibiré tanto más pronto cuanto que en breve seré librado de las ataduras de este cuerpo. Mientras tanto, mis amigos, os amonesto a que retengáis entre vosotros una verdadera caridad, un corazón íntegro, y sobre todas las cosas, la pureza de la doctrina; y os preparéis también todos los días para tales embates. Porque si mi espíritu no me engaña hay entre vosotros algunos que me seguirán muy pronto, y que experimentarán estos mismos movimientos del espíritu, estos mismos asaltos, y estas mismas pruebas secretas de Dios.” Dicho esto y teniendo los ojos fijos en Gilles, comenzó a verter abundantes lágrimas y se le trabó la lengua y le faltó la voz, de suerte que no pudo decir una sola palabra más.

Entonces Gilles, como inflamado del Espíritu de Dios, habló de esta suerte: “¡Oh altura de los misterios de Dios! ¡Cuán admirables son los secretos divinos! Vosotros veis aquí ahora, mis hermanos, a Justo, nuestro buen hermano, condenado por el juicio del mundo, abandonado y pronto a ser quitado de entre los hombres como inmundicia y desecho; y, sin embargo, debéis estimarlo como un verdadero hijo de Dios, por la sentencia y resolución del Padre celestial, y verdadero mártir y testigo de Cristo, cuyo nombre está escrito en el libro de la vida. Habéis oído todos de su boca la confesión de su corazón verdaderamente cristiano y heroico, demostración evidente de la fuerza y constancia que Dios ha puesto en éste su santo mártir, más para que nosotros la sigamos que para que la alabemos con los labios. No debemos escandali-

zarnos por el juicio del mundo, o por la apariencia externa, vil y abyecta, de nuestro hermano, si consideráis diligentemente la condición del Hijo de Dios, que todos debemos seguir paso a paso. Está escrito de él: Le vimos herido de Dios, y esto por nuestros pecados; palabras con las cuales se nos da a entender que él ha soportado tormentos más dolorosos que si todo el mundo y el infierno reuniera en uno todas las máquinas de su crueldad. El discípulo no es más que su maestro, dijo nuestro Salvador. Que si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado primero. Esta es la condición de los eristianos, que experimentan hoy como nunca antes los que hacen profesión de seguir a Jesueristo. ¿Qué ejemplos de crueldad es posible inventar que no se usen hoy contra nosotros? ¿Qué prisión hay en toda la tierra que no pueda dar testimonio de nuestras aflicciones? ¿Cuántos bosques se han consumido para quemar nuestros pobres cuerpos? ¿Cuántos cuchillos se han teñido, cuántos verdugos se han manchado con nuestra sangre? ¿Cuántas conciencias de jueces se han ensangrentado con ella? En suma, ¿qué país hay bajo el cielo que no esté lleno de nuestras penas y trabajos? Mas en esto es admirable nuestra gloria, que entre tantos tormentos, tantas aflicciones, aun en la muerte, somos victoriosos y soportamos con gran fuerza los movimientos de nuestros espíritus que quisieran rebelarse, oyendo solamente la voz de nuestro capitán: No temáis, pequeño rebaño, yo he vencido al mundo. Nuestro Salvador sabía bien que sería pequeño el número de aquellos que seguirían la verdadera doetrina. Y, sin embargo, él se digna consolarlos, aunque fueran viles y abyectos ante el mundo, diciéndonos que él ha vencido al mundo por

nosotros, que él ha derrotado a nuestros enemigos, que él ha quedado victorioso sobre el pecado, la muerte y el infierno. ¿Qué condenación hay pues, ahora contra los que están en Cristo? Ahora, Justo, hermano nuestro, os reputamos bienaventurado, porque os vemos tan firme y fortalecido por Dios que estimáis como estiereis todo lo que hay en esta vida mortal, para retener pura e íntegra la profesión de la doctrina de Dios. ¡Oh, feliz el alma que ahora habita en ese cuerpo, y mañana comparecerá limpia y lavada de toda suciedad, y adornada con las joyas de Cristo su esposo, en la presencia del Dios viviente! De cuya hora os regocijaríais desde este momento, a no ser por la demora de los verdugos que os constriñe a pasar en la miseria todavía esta noche; por lo cual podríamos tener justa causa para enfadarnos con ellos. Ahora, pues, hermano mío, perseverad en confesar con esta constancia con que habéis comenzado, la doctrina de la salvación, hasta el último suspiro.” Luego, tornándose a nosotros, dijo: “Amigos míos, os ruego que postrándoos de rodillas, recomendéis todos a Dios, junto conmigo, esta alma de nuestro hermano Justo.” “Dios vivo y eterno (comenzó a orar), Padre de nuestro Salvador Jesucristo, que ves nuestros oraciones, gobiernas nuestras acciones, y escuchas las oraciones de los tuyos; estamos aquí delante de ti, reunidos en tu nombre, y tenemos la seguridad por nuestro Mediador Jesucristo de que quieres escuchar nuestros ruegos y otorgarnos todo lo que te pidamos. Te rogamos, pues, en este momento, que quieras fortalecer el alma de este tu siervo Justo hasta el último suspiro, y cuando llegue esa última hora, en la cual debe darte gloria con el sacrificio de su cuerpo, que

la recibas pura e impoluta en tu gloria eterna." Entonces todos con lágrimas en los ojos, y arrodillados en tierra, encomendamos a Dios el alma de nuestro amigo. Estas y otras cosas dijo Gilles con un asombroso coraje, del cual yo no puedo aspirar a relatar con mi escritura siquiera la sombra. Por tanto, así como se leen los *Diálogos* de Platón, divinamente bien escritos, en los cuales está descrito sobre todo Sócrates, y al leerlos, por más que estén todo lo bien escritos que es posible, se piensa que Sócrates sería algo más grande y excelente, así desearía yo que este Gilles (que según confesión de todas las gentes de bien ha sido un hombre de Dios) fuera estimado en mucho más de lo que yo puedo explicar con mis rudas y torpes palabras. Terminada nuestra oración, Justo comenzó de esta suerte: "Yo siento —dijo— una gran luz, que me inunda de un gozo que no podría explicar, y ahora no deseo otra cosa que morir y estar con Cristo." Poco después, como ya habíamos estado allí la mayor parte de la noche, y los carceleros no querían esperar más, dijimos adiós a Justo, rogando que la consolación del Espíritu Santo fuera con él, y nos retiramos cada cual a su cámara.

Al día siguiente, muy temprano, vinieron los arqueros, los verdugos y el mismo *drossard*, quien poniéndose de rodillas rogó a Justo que le perdonase su condenación. "En cuanto a mí, dijo Justo, os perdono de todo corazón todo lo que me habéis ofendido, y ruego a Dios también que os lo quiera perdonar, mas por lo demás, ved como podréis rendir cuentas de ello delante de él en su juicio." Cuando estuvieron aparejadas todas las cosas necesarias para la ejecución, condujeron a Justo al mercado, donde le fué tronchada incontinenti la cabeza. Todos quedamos

tristes y llorosos, y no había nadie en la casa que pudiera dejar de llorar. Las mujeres que allí había decían que soñando con esta historia tenían siempre delante de los ojos la imagen, que habían visto a menudo pintada, de cuando Jesucristo fué llevado por los judíos al suplicio. Y Gilles, como había amado a Justo en su vida, no quería abandonarlo en la muerte, y quería acompañarlo al suplicio y morir con él; pero nuestro huésped lo encerró solo en un lugar aparte mientras se realizaba la ejecución.

El proceso de Gilles

Mientras tanto, los malvados enemigos de la verdad no reposaban; ni tampoco fueron vanos sus esfuerzos. Porque el cura de la Capilla, que con más razón podría llamarse lobo, con sus compañeros, órganos de Satanás, no cesaron de solicitar al Proeurador general, hasta que éste puso sobre el tapete el proceso de Gilles. Así, pues, a la semana siguiente de la muerte de Justo, vinieron los gendarme a la prisión a buscar también a Gilles, para llevarlo al tribunal. Tan pronto como estuvo en el lugar ordenado, el Procurador general, que era la parte principal, comenzó a hablar de esta suerte: “Yo demando tu vida y tus bienes, porque has contravenido mucho las leyes del Emperador.” Gilles entonces le respondió: “Vos sois aquí dueño del campo; está en vuestra potestad hacer como quisieréis y como bien os parecieres.” “Tú eres hereje —dijo el Procurador—, y por consiguiente digno de muerte.” “Ni quiera Dios —respondió Gilles—, que yo sea hereje. Yo soy cristiano, y no recibo, ni quiero hacer

profesión de otra religión que de la de Cristo.” Entonces saearon de un saco su confesión y la leyeron en su presencia. Después que lo hubo oído todo pacientemente, le ordenaron que se desdijera de todo lo que estaba contenido en ella, como malvado y herético. “Yo no he oído en ella —les contestó— más que sentencias buenas y honestas; y no sería justo ni razonable siquiera acusarlas, y aunque yo quisiera hacerlo vosotros no deberíais permitirlo. Sin embargo, si vosotros pensáis que hay en ellas alguna cosa que sea contraria a la verdad, os ruego que me hagáis conocer mi falta, con esa caridad que deben emplear los cristianos unos con otros. Sabéis que estaré presto a recibir atentamente toda buena doctrina. Porque yo soy hombre y puedo errar, pero no hay cosa que más desee, en materia de religión, que aprender la doctrina verdadera y pura, y confirmarme por la autoridad de la Santa Escritura.” Después de esto, le preguntaron otras muchas cosas, a las cuales respondió con mucha gravedad y singular modestia, de suerte que no se apartó de la verdad, ni irritó mucho, por tanto, el ánimo de los jueces. Pues él tenía tal dulzura que jamás había ofendido a nadie; era amado como un hermano por todo hombre de bien, y aun alabado, en cuanto a eso, por sus adversarios.

Después que Gilles hubo respondido a todas sus demandas, sin que pudieran encontrar en todos sus dichos y hechos nada que no fuera admirable y digno de alabanza (tan imposible era que encontraran nada que reprender) como redargüidos en sus conciencias, lo hicieron llevar de nuevo a la prisión, sin hacer nada. Habiendo entendido, pues, cómo le había ido, concebimos la espe-

ranza de que su proceso tendría un fin mejor de lo que antes habíamos pensado. Pero los satélites de Satanás no cesaron de maquinan, implorar la ayuda de Dios contra un pobre hombre, presionar a los jueces para que lo hicieran morir sin más dilación. Porque si el pueblo, decían, lo veía en libertad, sabiendo que había sido detenido por herejía, no solamente sería considerado por todos como justificado, sino que sería exaltado por el pueblo como un santo. Mas diciendo estas palabras se condenaban a sí mismos, reconociendo haber tenido tanto tiempo preso a un inocente, al cual en justicia debieran haber puesto ahora en libertad, para su mayor honor. Lo que es más, le atribuían poder sobre toda la ciudad. Por tanto, como decían, por su honor y por motivos de utilidad pública, tenían que castigar deliberadamente a semejante hereje, que no quería desdecirse de una sola palabra de su confesión, y que si era puesto en libertad podía arrebatárles el cetro de sus manos. Los jueces entonces, impulsados por esas ilusiones de Satanás, hicieron comparecer todavía una vez más a Gilles ante el tribunal. Le preguntaron si no quería desdecirse de las herejías contenidas en aquella que reconocía como su declaración de fe, y por las cuales, según las leyes del Emperador, merecía ser privado de sus bienes y de la vida. A lo cual él respondió con la misma gravedad y constancia que anteriormente: "Os dije el otro día que ambas cosas estaban en vuestro poder; tomad las dos y haced lo que decidáis para el bien de la república." Le preguntaron, además, si quería tener un abogado o procurador que defendiera su causa en juicio, según la costumbre del tribunal. El les respondió que no quería otro abogado o procurador que aquel que tenía ya en los

cielos, el Hijo de Dios, escrutador de los corazones, el cual defendería fielmente su causa delante del Padre celestial, juez de todos los príncipes; pero que en cuanto a la causa presente, que estaba en la potestad de ellos, se entregaba solamente a la conciencia de sus jueces. Que cada uno de ellos considerase, pues, en sí mismo lo que juzgara conveniente hacer, y provechoso para la república, y que sin otro abogado ni procurador ordenasen y ejecutasen lo que hubieren así decidido. “Sin embargo—les dijo—, no quiero dejar de advertiros, para que no os equivoquéis, que no podréis evitar, hagáis lo que hagáis, que esta causa os reporte una gran vergüenza e infamia. Pues si me condenáis a muerte, habréis hecho morir a un pobre cristiano inocente, y pensad el odio y la infamia que ello os granjeará entre el pueblo, y qué condenación en el juicio de Dios. Y si me dejáis ir absuelto, pensad qué deshonor será para vosotros el haber tenido tanto tiempo preso a un inocente que no ha procurado siempre sino servir a la república.” Después que dijo esto, como si hubiera blasfemado, ordenaron incontinenti que fuera vuelto a llevar a la prisión. Después de almorzar, el Procurador general mandó al conserje que lo pusiera aparte en algún lugar donde nadie pudiera hablar con él, y poco después vinieron cuatro frailes, dos jacobinos y dos franciscanos, enviados por los jueces para examinar a Gilles; se les llevó a donde él estaba, y se les dejó solos con él hasta la noche. Comenzaron diciéndole que el Procurador general los había enviado para tentar su conciencia; por tanto, le rogaban que les hablase francamente y les dijera los secretos de aquella. Gilles les respondió que si lo que hacían por caridad y en simplicidad, sin

ninguna intención dolosa, sería para él un placer. Sin embargo, que en cuanto a él, gracias a Dios, no tenía ningún remordimiento de conciencia; que había aprendido una doctrina de las promesas de Dios, la cual le servía maravillosamente en sus angustias; y que no tenía ninguna necesidad ni de su doctrina ni de su consolación. Por tanto, que les rogaba encarecidamente que no se tomaran tanta molestia, que se volvieran a su convento, a disfrutar a su placer de sus ocios, y lo dejaran en paz con la tranquilidad de conciencia que tenía. Pues en cuanto al juicio de los hombres, ya les había dicho a los jueces lo que le parecía, y que ellos hicieran lo que les pareciera bien, que por su parte él acataría su juicio. Los frailes, habiendo entendido claramente la voluntad de Gilles, no quisieron irse, sin embargo, sino que comenzaron a importunarlo con no sé qué preguntas vanas; de suerte que se hubiera dicho que habían sido expresamente apostados nada más que para perturbar los espíritus tranquilos de los pobres cristianos y alborotar sus conciencias. Viendo, pues, Gilles que no podía hacer nada con ellos para que se fuesen, les dijo: “Ruegoos, ya que queréis quedaros, que os sentéis en ese banco y recéis vuestras horas, o hagáis cualquier otra cosa que os plazca; en cuanto a mí, me sentaré aquí y no os molestaré en nada, como os suplico que no me molestéis tampoco a mí.” Mas no por eso desistieron los frailes de su propósito; más veían que le molestaban, más estaban tras él atormentándole con sus preguntas. Entonces él les dijo: “Pues que no gano nada con vosotros, y que vosotros no queréis hacer nada por mí, haced todo lo que queráis; gritad, si queréis, tan alto que os quedéis roncos, yo no os responderé una sola palabra”.

Y así sucedió. Los frailes comenzaron a hacerle numerosas preguntas, a gritar, a injurarlo, a llamarlo hereje. Gilles se mantenía callado, sin decir una palabra; los frailes rabiaban de despecho porque no les quería responder, y mientras tanto no cesaban de gritar. Al anochecer, finalmente, sacaron a relucir la cuestión de la Cena. “Hemos oído —dijeron—, que no tienes buena opinión de la Cena, y por lo tanto te amonestamos a seguir en este punto la doctrina de la Iglesia católica. Si quieres ser cristiano, debes creer indubitablemente que en el sacramento está presente el cuerpo mismo de Cristo, tan grande y grueso como pendía de la cruz, la misma carne, todo igual; salvo que entonces estaba muerto, y el sacerdote lo da a comer vivo a los hombres.” Me horroriza repetir sus palabras. Y agregaron que por esa causa la sangre está contenida en el cuerpo, aunque le sea entregada separadamente a los sacerdotes en el cáliz; y otras monstruosidades semejantes, en las cuales un alma recta no osaría pensar sin dolor. Entonces Gilles, viendo pisoteada la gloria de Dios y profanada la pureza del sacramento, no pudo aguantarse y les respondió de esta suerte: “Me maravilla —les dijo—, cómo abusáis tan sin medida del tiempo y del ocio, y cómo habláis tan irreverentemente de cosas tan altas, ¿Qué furor desordenado os ha atacado? Queréis retirar a Dios del cielo para encerrarlo bajo los elementos de este mundo. Queréis aprisionar esa naturaleza divina y altísima potencia, que no se puede comprender más que por su sola palabra, y tenerla atada o encerrada bajo una especie creada cualquiera. ¿Ignoráis que Dios es invisible, que no puede ser tocado con las manos, y mucho menos

mascado con los dientes, lo que vosotros no podéis decir sin blasfemar ni yo pensar sin horrorizarme?"

Mientras así se desarrollaba la disputa, de una y otra parte, llegó la noche y la obscuridad se acercaba, de suerte que los frailes se volvieron por aquel día, teniendo ya bastante, según ellos, de qué acusar al pobre Gilles. Después de lo cual, él bajó incontinenti a donde estábamos nosotros, y nos relató en presencia de varios lo que los frailes habían hecho con él, en el orden en que lo hemos relatado más arriba. Lo cual yo oí muy atentamente, considerando junto con la malicia de ellos la simplicidad de Gilles. Entonces le dije públicamente, delante de todos aquellos que estaban presentes: "Gilles, hermano mío, los frailes os han propuesto esa pregunta con toda intención, pues que hoy en día no hay una cuestión más peligrosa u odiosa. Por tanto, yo quisiera que les hubierais respondido un poco más prudentemente. Porque no buscan otra cosa que ocasión de valerse de una palabra para calumniar. Y como, por lo que relatáis, me doy cuenta de que no les habéis respondido nada seguro, aunque a lo que parece, suficiente para que os lo tomen a mal, lo cual es muy de evitar cuando se trata con esta clase de gente, yo os ruego que ahora, hermano, nos digáis simple y francamente vuestra opinión sobre una cosa tan elevada; lo cual no será sino para edificación vuestra y nuestra; y creo que lo podéis hacer con toda seguridad. Porque todos los que están aquí presentes son hermanos, según pienso." "Yo no sé", respondió él. Viendo, pues, que él dudaba de algunos, yo me callé y llevé la conversación a otro asunto. Algún tiempo después, habiendo encontrado ocasión y lugar y tiempo, cuando todos los de la casa estaban entre-

tenidos, me retiré aparte con Gilles y le dije: “Viendo que dudábais de algunos, no quise proseguir la plática, mas ahora os ruego me digáis lo que pensáis, no para otra cosa que para aprender de vos si sabéis alguna cosa mejor para la edificación, y no para una curiosa disputa de palabras, o para comunicaros también, si yo supiere alguna cosa más que vos, que os fuese de provecho. Porque esta comunicación es agradable a Dios, y muy necesaria hoy en día. El me respondió entonces francamente todo lo que pensaba, y casi las mismas palabras que había dicho a los frailes. Entonces yo le dije: “Yo os diré también mi opinión, a fin de que si la halláis buena os sirváis de ella. Principalmente quisiera que tuvieseis buen cuidado de lo que decís a esos frailes. Porque, como os he dicho, su intención no es otra que la de calumniar lo bueno que hubiera oído. Lo primero que debemos hacer, pues, es decir las menos palabras que sea posible. Si podéis decir abierta y franca y apropiadamente lo que queréis con una palabra, no digáis dos. No debéis decir tampoco nada que no sea a propósito, no salir de la cuestión ni vagar por otras que no son necesarias. Como hoy, ¿qué teníais que disputar delante de esos frailes sobre la esencia de Dios? Pues aunque todo lo que les habéis dicho sea cierto, no pertenecía, sin embargo, a lo que estaba en discusión. Ellos no os preguntaban qué es Dios. Su pregunta era solamente si Cristo estaba presente en su sacramento. Habríais podido responderle en una palabra, sí o no. Por otra parte, no debíais haberles respondido sin antes haber adoptado vos mismo una opinión bien firme sobre ese punto. Porque un cristiano no debe decir una sola palabra contra su conciencia. Hay que tener también cuidado

de que la conciencia y la opinión que haya concebido estén bien seguras y sean verdaderas.” “Confieso —dijo entonces él— que es cierto todo lo que decís; por tanto os ruego que queráis decirme lo que debo sostener y responder a esa pregunta”. “Vos me pedís —dije yo entonces—, Gilles, hermano mío, una cosa bien difícil, y que muchos podrían hacer mejor que yo. Sin embargo, para no teneros en suspenso, y que en medio de nuestra miseria no nos veamos privados de toda consolación, diré en pocas palabras lo que pienso, y lo que será necesario que hagáis; y lo diré de suerte que dejando los errores de muchas personas que me parecen errar a uno y otro lado, y dejando también otras innumerables cuestiones difíciles, que han causado mucha molestia en nuestra época, pondré solamente aquello que sea para edificación. Pienso, pues, que la excelencia de este sacramento es tan grande, y sobrepasa tanto los entendimientos de los hombres, que si alguien, fiándose en la bondad de su entendimiento, quisiera desmenuzar esta materia tan llena de milagros, hasta la raíz, sería ni más ni menos que si pretendiera tocar la luna con la punta de los dedos. Porque aunque el espíritu comprende muchas más cosas más útiles, y en mucha mayor cantidad que lo que se podría explicar con palabras, también es cierto que este sacramento es tan grande que el mismo espíritu no puede hallarle fin. Sigamos, pues, lo que está en la superficie de esa grandeza, y bástenos a nosotros, pobres prisioneros, saber lo suficiente. Consideremos diligentemente el uso de este sacramento, y pensemos en el provecho que de él sacamos. Pensemos que la misericordia de Dios hacia nosotros ha sido grande, que ha entregado a su Hijo en rescate por nuestros pecados;

y que por otra parte igualmente grande ha sido la caridad del Hijo, que él, que no había cometido pecado, ha sido hecho pecado por nosotros, a fin de hacernos justos delante de Dios. Pensad, pues, mi hermano, que el cuerpo de Cristo ha sido entregado por nosotros, y creed indubitavelmente que es y será para siempre vuestro. La señal de esta celeste alianza, y como prenda indubitable y cierta, nos es dada en este sacramento del cuerpo y la sangre de Jesucristo. Reconozcamos pues un don tan grande de la divina largueza, y honrémosla con las alabanzas que merece. Por tanto, si vuelven los frailes otra vez, os ruego que no les hagáis un gran discurso, principalmente en vista de que en una sola palabra podéis contestar su pregunta. Si os preguntan, pues, si Cristo está presente en el sacramento, según mi opinión, debéis responder que sí. ¿Pues qué sería el sacramento sin Cristo? Nada más que el sonido de vanas palabras, y un elemento corruptible. Y si van más allá y quieren disputar acerca de la manera en que él está presente, y en cuanto a la cantidad y calidad del cuerpo de Cristo, respondedles simple y modestamente: “¿Cómo, vosotros que sois tan grandes personajes, teólogos y grandes doctores, me preguntáis a mí, que soy un hombre simple y sin letras, una cosa que ninguno de vosotros sabría responder, y no sé si habrá alguien en el mundo que lo pueda hacer?” Gilles se sintió tan confirmado por estas palabras que se determinó entonces a responder así a sus frailes. “Teniendo, pues —le dije entonces—, una contestación cierta y nada despreciable, sobre una cosa tan elevada, mi consejo es que para quitar toda sospecha que se pudiera tener en vuestra contra, conversemos entre nosotros de estos mismos asuntos, delante de

los de aquí, a fin de que los tengáis por testigos y defensores de vuestra integridad, y para rechazar las calumnias de los frailes, si por ventura diseminan algunas. Porque, o yo no conozco su espíritu y su manera de proceder, o es seguro que sembrarán aquí y allá entre el pueblo muchas falsas informaciones y calumnias sobre vuestra confesión, para hacer odiosa vuestra causa. Hicimos, pues, según yo decía, y todos alabaron la confesión de Gilles. Al día siguiente temprano no dejaron de volver los frailes, y renovaron la cuestión de la Cena. Gilles tampoco dejó de responderles como se había convenido entre nosotros. Ellos no le reprocharon su respuesta y confesaron que en eso se le podría tener en cierto modo por católico. Así, pues, pensamos que felizmente habíamos conseguido, al menos por esa mañana, si no del todo, al menos en cierto modo, estar de acuerdo con ellos en un artículo de tan grande consecuencia y tan peligroso como aquél. Aunque, a la verdad, si alguien trata de persuadir a frailes sobre la verdadera doctrina de la religión, o de acomodar la doctrina de la verdad eterna a su juicio, es ni más ni menos como si se quisiera enloquecer con razón. Después de almorzar disputaron sobre las buenas obras; pero no se discutía entre ellos si las buenas obras de las gentes de bien eran agradables a Dios o si él les concedía alguna recompensa en esta vida o en la eterna, sino si por el mérito de nuestras buenas obras no ganamos la remisión de nuestros pecados y la vida eterna. Lo cual negó Gilles abiertamente, y dijo que él no reconocía otros méritos que los de Cristo. Esta declaración pareció herética a los frailes y no hubo forma de que se pusieran de acuerdo sobre este artículo. Oíd ahora la traición y deslealtad de

esos malvados hipócritas. Todas y cuantas veces dejaban a Gilles, se iban directamente al Proeurador general y a los otros enemigos de Gilles. Allí desfiguraban la causa del pobre hombre, corrompían y pervertían con sus mentiras y calumnias todo lo que él les había respondido. El primer día, como no había querido contestarles, diseminaron por la ciudad el rumor de que estaba poseído por un diablo mudo, que le había impedido hablar. El segundo, dijeron que tenía dentro del cuerpo un espíritu de blasfemia, porque no había querido ni debido asentir a las execrables blasfemias de ellos. ¿Quién es aquél, deidme, que podría contentar a esas bestias monstruosas? Si no les respondéis, estáis poseídos por un diablo mudo; si respondéis, por un espíritu de blasfemia. ¿Con qué nudo se podrá atar a ese Proteo que cambia tan a menudo de aspecto? El tercer día vinieron con una nueva pregunta, sobre el purgatorio. Le preguntaron si no creía que después de esta vida presente hubiera un fuego dentro del cual fueran purgadas las almas de los cristianos, antes de ser recibidas en la gloria eterna. A esto respondió Gilles que si había o no había un fuego que se euidaran ellos, que en cuanto a él, negaba que tal nombre existiera en la Santa Escritura, o que hubiera en ella mención alguna del purgatorio. Al contrario, dijo haber sido purgado de todos sus pecados por la sangre de Cristo, y estar seguro de ellos por la misericordia de aquél; que creía y esperaba ir directamente al paraíso sin pasar por ningún fuego de purgatorio. Esta respuesta no satisfizo a los frailes, pues lo que querían era que dijera simplemente hay o no hay. Pero Gilles no les respondió más que: “Si queréis ir después de vuestra muerte al fuego de un purgatorio, id; yo

no os lo impediré; y aun si ese fuego no os parece bastante caliente, idos al infierno. En cuanto a mí, que reconozco mi debilidad, que tengo la seguridad de que todos mis pecados me son perdonados por el amor del Mediador Jesucristo, que desconfiando de mí mismo descanso enteramente en la misericordia de Dios, sé bien que no iré ni al infierno ni a ningún purgatorio. ¿Pero qué necesidad hay de discutir más cuestiones tan inútiles y llenas de impiedad? Os ruego, una vez más, como al principio, que os volváis a vuestro convento, a reposar y no os déis tanta molestia ni a mí tanta aflicción. Porque este trabajo no os reporta ningún bien, y a mí me causáis grandes dolores y aflicción de espíritu, con vuestras preguntas. Dejad hacer al Procurador general y a los otros jueces lo que sus conciencias les dicen y juzguen ser bueno para la república. Hagan lo que hagan, no los hará muy felices, como ya les he dicho. Si me hacen morir, mi sangre clamará a Dios venganza contra ellos; si me ponen en libertad, será para ellos una gran vergüenza el haberme retenido tanto tiempo injustamente. En cuanto a vosotros, os ruego que os vayáis a vuestro convento o a donde queráis ir, y no interrumpáis más el reposo de mi espíritu. Pues, sea que os quedéis o que volváis otra vez no os responderé una sola palabra.” Todo esto pasó entre Gilles y los frailes tal como os lo cuento. Y viven todavía muchos ciudadanos de Bruselas que lo podrían testificar. Pues venían todos los días a la prisión, tan sólo para contarnos los rumores que los frailes diseminaban por la ciudad, y para enterarse de la verdad. Finalmente, después de muchos ruegos, los frailes se fueron; pero no al convento, sino directamente al Procurador general. Le dije-

ron que no había esperanza de que Gilles se convirtiese, y que tan lejos estaba de querer entender sus razones, que ni siquiera se dignaba contestarles una palabra. Es imposible decir de qué amor y piedad estaba inflamado Gilles en esa época, cómo se sobrepujaba a sí mismo, cómo se preparaba para morir felizmente, como si tuviera delante de sus ojos las cosas que habían de acontecerle. Estaba sin cesar en oración, y a veces estaba tan absorto en ella, que quien lo hubiese visto orar hubiera dicho que su alma hubiera volado ya al cielo, dejando en el sitio el cuerpo frío. Sucedió alguna vez que lo buscábamos, y el conserje lo llamaba en alta voz, sin que respondiera, ni ninguno de los servidores pudiera señalarlo. Nadie quería suponer que hubiera salido. Porque se lo conocía de tal condición que aun cuando le hubieran sido abiertas las puertas de la cárcel (lo que había sucedido algunas veces), él no hubiera querido poner un pie afuera, a fin de no poner en apuros al conserje, al cual había sido entregado en custodia. Finalmente, como no se lo pudiera hallar en las cámaras bajas, subimos el huésped y yo a lo alto, allí donde lo encontramos de rodillas en un rincón de una cámara, con los ojos vueltos hacia el cielo y el rostro todo mojado de llanto. Pero lo más notable era que ponía tal fervor en su oración, y estaba tan arrebatado fuera de sí, que aunque lo llamamos en alta voz y nos colocamos delante de él, no nos vió ni oyó hasta que lo tomamos por la mano y lo despertamos de esa contemplación tan profunda. Entonces, como saliendo de algún sueño, nos dijo: “¿Qué queréis, hermanos?” “Nada, sino que vengáis a comer”, dijimos nosotros. Entonces descendió lleno de gozo y sirvió a los otros el almuerzo.

Pues él era tan sobrio y templado en su vivir, que mientras estuvo en la cárcel no se sentó jamás a la mesa. Comía solamente un poco de lo que los otros dejaban, y bebía aun más sobriamente. Yo le instaba a menudo a que comiera un poco más abundantemente, pero sólo pude persuadirlo una o dos veces. Y no lo hacía, sin embargo, por ninguna superstición, sino porque estimaba que no era necesario ni bueno nutrir su cuerpo muy delicadamente, dado que estaba sano y que veía muchos pobres que estaban en gran necesidad y que no tenían suficiente pan.

Ahora, mientras el pobre Gilles vivía así en la cárcel, el Procurador general, por otra parte, tramaba su muerte; y para hacerlo con mayor color inventó una nueva perversidad. Pues porque Gilles no había querido afirmar que hubiera un purgatorio, dijo que era necesario torturarlo para hacerle declarar abiertamente su opinión. Pero eso era sólo un pretexto que tomaban para hacerlo morir con menos agitación del pueblo; pues sabían bien que era querido por todos. Así, pues, el veintidós del mes de enero, muy temprano, antes de las cinco, enviaron sus alguaciles para llevarlo a otra prisión, antes del día (porque temían al pueblo), a fin de someterlo a un interrogatorio; porque donde nosotros estábamos no había tormentos, de modo que no se había acostumbrado torturar a nadie. Habiendo entrado, pues, en la prisión, y sabiendo Gilles que preguntaban por él, los recibió muy alegremente, y como hacía mucho frío los hizo entrar en la cocina y les encendió fuego para que se calentasen, mientras se vestía el conserje que quería ir con ellos. Luego, dejando a los alguaciles junto al fuego, corrió a mi lecho, y después de

haberme dado los buenos días y la gracia de Dios, me dijo: 'Aquí están los alguaciles, hermano, que quieren llevarme no sé adónde, sino a la muerte o a alguna crueldad peor, a las cuales no temo, gracias a Dios, y soportaré la una o la otra para la gloria de Jesucristo mi Señor. Y si por ventura no os vuelvo a ver, he querido venir a veros antes de ir a la muerte, primeramente para encomendaros a la gracia de Dios, la cual sé que habita en vos. Segundo, para exhortaros a tener constancia y fuerza; y para rogaros por el terrible juicio de Dios, ante el cual muy en breve deberemos comparecer todos, que no retrocedáis ni os escandalicéis en manera alguna por mi muerte, o por los peligros de este mundo; antes por el contrario, que os gloriéis en ellos, y que sobrellevéis siempre la furia de los hombres y las amenazas del diablo, hasta que lleguéis al final de vuestra carrera con gloria y honor. No hay nada en este mundo que sea de duración para hombre alguno, mientras que estamos en esta tormenta de miserias, y viajamos en esta carne, sin tener habitación segura. Debemos aspirar a pleno pulmón a aquel país celestial, donde en breve estaremos todos reunidos para vivir eternamente. Ahora véis que gentes desconocidas me separan de vos, para llevarme a no sé qué lugares; mas teniendo por cierto que tal es la voluntad de Dios, iré voluntaria y alegremente por ese camino, sea a la vida, sea a la muerte, a lo que Dios quiera enviarme. Vos también debéis esperar bien pronto la misma suerte. Porque tal es, y siempre ha sido, el curso de las cosas de este mundo. Pero os ruego por la misericordia de Dios que la crueldad de los hombres no os aparte, que los peligros no os espanten, y que no os contristéis por mi muerte. Vendrán

quizá gentes que os llevarán de aquí, que os torturarán y os tratarán eruelmente. Mas reeordad mientras tanto que no son más que hombres, que son enemigos de Dios, perseguidores de la doetrina celestial, y que no tienen sobre vos ninguna potestad, salvo la que Dios les quiera dar; y no les dará más que la que él vea que sea neesaria para probar vuestra fe y aumentar su gloria. Mientras tanto considerad también vuestra exeeleneia, y euán por eneima de ellos estáis, siendo fortaleeido y condueido por los brazos de Dios. Es eierto que tenéis por enemigo a Sata-nás, el eual inflamado del odio que tiene eontra el Hijo de Dios atormenta así a sus pobres miembros, perturba a todo el mundo, agosta y asuela eruelmente a la verdadera Iglesia de Jesueristo, en la eual resuena la voz del Evangelio. Yo confieso que es un enemigo grande y temible. Más también aquel que está por nosotros, el Hijo de Dios que nos defiende, hace ya mucho tiempo que ha veneido a ese enemigo del género humano, lo ha sobrepujado y lo ha puesto debajo de los pies de los suyos, de suerte que no nos puede ya dañar a los que estamos ingeridos por la fe en el cuerpo de Cristo. Que si, a pesar de ello, estos brigantes no cesan de pincharnos a veces eon su aguijón, y nos hieren por la espalda, debemos reeordar que Cristo nuestra vietoria está presente delante de nosotros eontempla nuestra lueha, y no permitirá que seamos tentados más de lo que podamos soportar; y aun hará que la tentación nos sea proveehosa. Pensemos que todo lo que él quiera enviarnos en su bondad paternal, no es útil y neesario para salud. ¿Pensáis que Dios no tiene euidado de nosotros? Ved cómo euida diligentemente toda la ereación; cómo la viste y embellece eon flores y figuras de

toda suerte; con qué artificio y excelencia la sabiduría de Dios nos desafía a formar y pintar la más pequeña flor de la tierra, que él ha ordenado para el uso del hombre. No permite que la menor de ellas muera en invierno, sin hacerla tornar al año siguiente, con más gracia y belleza de la que tenía anteriormente. ¿Dejará entones ésta, su admirable obra maestra, en cuyo espíritu ha impreso una pequeña porción de su divinidad, en la cual reluce aún alguna chispa de aquella antigua y perfecta imagen? ¿Se ocupará tan poco de ella? Ciertamente, jamás la dejará, pues ha sido creada principalmente con la condición de que reconozca por sobre todas las otras criaturas la majestad de su Creador, que exalte su gloria y que goce con él la vida eterna. Teniendo, pues, tal defensor con vos, ¿debéis temer las amenazas de los hombres? ¿Qué os podrán hacer esos gusanillos si Dios os defiende? Elevemos, pues, nuestros pensamientos hacia él, hermano; tengamos valor; y como los viejos achacosos acostumbran apoyarse sobre un bastón para caminar más segura y firmemente, apoyémonos nosotros también sobre nuestro Salvador Jesucristo y marchemos sin temor, teniendo tal apoyo, por el desierto de este mundo, hasta que hayamos llegado al fin que nos ha sido señalado. El fin viene cuando él quiere y como él quiere; y nada puede sucederles a los cristianos y a aquellos que están ingeridos en Cristo, y se apoyan sobre él, que sea contrario a sus esperanzas, para confundirlos o para hacerles perder coraje; aun piensan haber ganado mucho si se los libra de las ligaduras de este cuerpo, y se les hace pasar pronto a la compañía de la majestad eterna. Y si Dios os quiere librar pronto de esta prisión, debéis pensar, hermano, que

estáis reservado en sus designios maravillosos, para dar prueba de vuestra fe en algún combate más grande. Así, pues, deberéis prepararos para afrontar mayores peligros, a fin de que por vos, como por un fiel ministro, la gloria de Dios sea acrecida y exaltada de más en más.” Acababa Gilles de decir estas palabras, cuando lo llamaron los satélites que querían llevarlo. De modo que se vió obligado a interrumpir su plática que ciertamente me conmovió hasta hacerme derramar lágrimas. “Me veo obligado a dejaros, hermano —me dijo—, que es lo que más tristeza me causa; pero es necesario soportar pacientemente estas cosas humanas y obedecer a Dios que nos llama. No sé si os volveré a ver. Si estoy vivo, volveré a veros si estos tiranos no me lo impiden, o donde quiera esté os haré saber noticias mías. Mientras tanto, os digo adiós para siempre, mi queridísimo hermano. Os saludo en Aquel que es nuestra vida y nuestra fortaleza, cuyo Espíritu está presente en nosotros, como yo lo experimento. Os ruego que encomendéis a Dios en constantes oraciones mi vida y mi salvación.” Así fué llevado aquel santo varón, al cual no me fué posible responder más que con lágrimas y sollozos.

Lo llevaron a otra cárcel de la ciudad, y allí le aplicaron el tormento, con el único pretexto de hacerle decir si había o no purgatorio. Pero cuando llegaron a la cuestión, lo que menos le preguntaron fué del purgatorio o de cualquier otro artículo de fe. No pretendieron otra cosa que obligarlo a declarar con quiénes conversaba en la prisión, y los de la ciudad que eran de su religión. Pero aquel hombre de Dios no delató a nadie. Pues era de tal natural que hubiese preferido antes morir cruelmente que

no que alguien se viera en peligro por causa de él. Sucedió también, según ereo por un gran milagro de Dios, que no sufrió gran mal en el interrogatorio. El mismo día, cuando el mundo supo que Gilles había sido llevado a otra prisión, acudió una multitud de los habitantes para verlo, y los principales de la ciudad le enviaron todas sus necesidades. Al día siguiente fué a verlo el cura del gran templo que han dedicado a no sé qué santa Gúdula. Este cura es llamado comúnmente por todo el mundo “el Papa de Bruselas”, a causa de que es hombre de gran corpulencia y representación, pero en todo ese gran cuerpo no hay un grano de buena doctrina; en suma, está sumido en la impiedad, y, para comprender en una sola palabra todas las cualidades de ese personaje, es un verdadero epicúreo, a lo cual se unen muchos otros crímenes enormes. No hay que hablarle de doctrina alguna, como no sea de algo relacionado con la voluptuosidad del cuerpo; todo lo demás es para él motivo de burla y menosprecio, de suerte que no sabe siquiera qué cargo tiene ni qué papel desempeña en la ciudad. Este bello papa de Bruselas, pues, fué también para convertir a Gilles, quien lo recibió muy anablemente; pues incontinenti hizo fuego para que se calentase, y lo hizo sentar en una silla, de suerte que no lo hubiera hecho mejor si hubiese sido su propio padre. Tomó todas sus palabras en buen sentido, dándose cuenta de que estaba alterado y fuera de sí, y le respondió muy modestamente. Después de almorzar volvieron los frailes para atormentarlo todavía más. Gilles les rogó que se volviesen al convento y se evitaran en adelante esa molestia. Ellos se fueron allí directamente a los jueces, y les informaron lo que se había hecho con Gilles, que no

había más esperanza, y que no quería ni aun escuchar sus amonestaciones.

Entonces al día siguiente que era el día de la conversión de San Pablo, el veinticinco de enero, los jueces reunidos determinaron, por sentencia definitiva, que debía ser quemado; y dieron esta sentencia en tal forma, que aquellos que han vivido mucho tiempo en la ciudad, y conocen al dedillo todas las costumbres y maneras de proceder, decían que no había memoria de que se hubiera hecho así alguna vez. Pues la costumbre es que cuando se condena a un hombre, se le lea la sentencia en plena asamblea de los jueces, delante de todo el mundo y estando presente el acusado. Pero en este caso procedieron en forma muy distinta, porque temían que si llevaban a Gilles al lugar acostumbrado, para leerle la sentencia, los ciudadanos lo libertaron por la fuerza. Por tanto dieron esta sentencia clandestinamente y en oculto, haciéndola pronunciar por uno de sus secretarios, en la prisión, después del almuerzo. Gilles, habiendo oído la sentencia, se puso incontinenti de rodillas y dió gracias a Dios por haberlo reputado digno de morir por mantener la pureza de la doctrina celestial, y lo hizo con tan grande ardor y sentimiento, que los mismos que le habían leído la sentencia fueron conmovidos hasta las lágrimas. Luego agradeció a los jueces que hubieran finiquitado la causa tan felizmente, y a los secretarios el haberle llevado tan buenas nuevas. Pero singularmente se regocijaba por un honor tan grande, que reconocía como un excelente y manifiesto don de Dios. Poco después nos hizo llegar noticias suyas, como muy buenas, por medio de un ciudadano de la ciudad, las cuales me provocaron gran dolor; pero me con-

fortó y regocijó su fortaleza y constancia tan grandes, deseando tenerlas semejantes si por ventura me ocurría un fin parecido.

La noticia de esa condenación se esparció por toda la ciudad; todo el pueblo incontinenti se alborotó, y parecía que hubiera una sedición, la cual los predicadores trataron de apaciguar contando un montón de falsedades y calumnias contra Gilles, las que, sin embargo, no les aprovecharon de nada. Entonces los jueces, viendo que no podrían ejecutar la sentencia sin que se produjera algún tumulto, hicieron reunir al otro día en cierto lugar a todas las decenas y bandos de la ciudad, y escogieron de entre ellos a los que les plugo, para que asistieran armados al día siguiente a escoltar a los que ejecutarían la sentencia. Así el día indicado se encontraron en el mercado más de seiscientos hombres, todos armados, la mayor parte de los cuales, sin embargo, hubieran vuelto de buena gana sus armas contra los falsos jueces, si el pueblo se hubiera sublevado, más bien que ayudar en un acto tan perverso. Pero el pueblo estaba atónito y se había enfriado viendo tantos hombres armados, que creían dispuestos a sostener a los jueces. Y con todo, no fué suficiente con eso. Sabiendo los jueces que el pueblo estaba agitado contra ellos, a pesar de tener su gente armada, no osaron ni siquiera llevar de día al prisionero; y así, muy temprano, siendo todavía de noche, lo hicieron llevar bien escoltado al Ayuntamiento que estaba enfrente del mercado, donde debía morir. Porque temían que si lo hubiesen llevado de día, no les habría servido de nada su poder, y el pueblo se lo hubiera arrebatado de entre las

manos. Era, pues, el veintisiete de enero del año pasado, a eso de las diez, cuando los verdugos sacaron a Gilles del Ayuntamiento para llevarlo al suplicio. A la salida de la casa hay una imagen de piedra de la virgen María, delante de la cual le ordenaron a Gilles que se arrodillase y adorase a la santa Virgen. El les respondió que había aprendido en el Evangelio que es menester adorar a un solo Dios y servirle en espíritu y en verdad; por tanto que no se detuviesen y prosiguieran con su empresa. Entonces el Procurador general, enfurecido porque no había querido adorar una piedra, ordenó que lo llevaran al fuego. Mientras se hacían los preparativos, viendo un gran montón de haces de leña cerca de él, dijo en voz alta: “¿Hace falta tanta leña para quemar este pobre cuerpo? Bastaría con mucho menos. ¿No tenéis piedad de tantas pobres gentes que mueren de frío en esta ciudad, que no les habéis distribuído lo que sobra de esta leña?” Los verdugos habían hecho un pequeño tabernáculo de madera y paja, dentro del cual querían hacerlo entrar, para estrangularlo según la costumbre, a fin de disminuir en alguna forma sus sufrimientos, y que no fuera quemado en plena vida. Entonces él les dijo: “No es necesario que os toméis esa molestia, hermanos. Porque no tengo miedo del fuego, no. Lo veré y lo soportaré de buena gana, para la gloria de mi Señor Jesucristo que ha soportado por mí tormentos mayores, de cuerpo y de espíritu. Pero dejadme orar un poco; después entraré en la casilla y yo mismo haré todo lo que queráis.” Entonces se arrodilló y levantando los ojos al cielo hizo su oración. Después de acabarla, se levantó y entró en aquel sucucho; pero antes de entrar se quitó los zapatos y en-

cargó que se los dieran a algún pobre, pues no hacía falta que se perdieran en el fuego. Ya en el interior, se arrodilló, como queriendo hacer con todo su corazón un ruego a Dios y encomendarle su alma con gran ardor. Entonces los verdugos prendieron fuego a la caseta de paja dentro de la cual Gilles fué pronto consumido. Los jueces ordenaron a algunos de sus satélites que custodiaran las cenizas hasta las dos de la tarde, cuando fueron arrojadas por su orden al río. El pueblo murmuraba abiertamente contra tal impiedad, y manifestaba con bastante claridad su opinión contraria a un acto tan perverso. Por otra parte, los frailes diseminaban entre la gente el rumor de que Gilles había sido quemado justamente, puesto que había negado el sacramento, aunque a muchos les pareciera lo contrario. Los predicadores desde el púlpito trataban de excusar a los jueces públicamente; y, según me contaron, no hubo, uno solo, sin embargo, que quisiera llamarlo hereje, salvo el cura de la Capilla; tan apreciado era por sus propios enemigos. Hubo muchos que deploraron públicamente desde el púlpito la miseria de estos tiempos; que se haya llegado a esto; que sea permitido a los hombres que se jactan de cristianos, ser fariseos, hipócritas, malvados; blasfemar y cometer toda suerte de impiedades, pero no les está permitido ser cristianos de veras. Por esa época los frailes y otros elérgos de menor cuantía comenzaron a ser muy odiados en Bruselas, por más que nunca antes hubieran sido amados; pero desde entonces, cuando se allegaban a pedir limosna a las casas de los ciudadanos, se les decía por toda limosna que no había nadie que les diera a quien en recompensa no estuviesen dispuestos

a hacer morir con sus calumnias. Que Gilles no había sido quemado por otra cosa que por haber distribuído sus bienes a los pobres; y que, por tanto, no les darían nada, por miedo de morir. Esto lo cantan todavía ahora los niños en Bruselas. En cuanto a mí, no sé si jamás he sentido tristeza tan grande como la que me produjo la muerte de Gilles, viéndome privado de tan agradable compañía; sin embargo, me consolaba pensando en que él había sido dichoso al verse librado así de las penas y enemigos de este mundo. Yo hubiera querido también seguir su camino, si todo hubiera marchado según mi fantasía, lo que me hubiera sido mucho más provechoso que embotarme allí durante tanto tiempo como un cuerpo vivo sepultado en la tierra. Yo escribía a menudo cartas a muchos grandes señores de la corte, que no conocían menos la perversidad de los frailes que mi inocencia, y que yo sabía eran favorables a mi causa; todos hablaban magníficamente, pero ninguno de ellos ponía manos a la obra, y todos alegaban como excusa que ellos no habían tenido intervenció n en mi encarcelamiento, y que por lo tanto no podían ni libertarme ni acelerar mi proceso; que todo dependía de la corte del Emperador, donde ellos no tenían ninguna autoridad. Entonces yo di órdenes para que amigos míos, que eran personas de influencia con los principales de la corte, y aun con el mismo Emperador, solicitasen a Granvella, que entonces estaba en Espira con el Emperador, que aconsejara algún expediente en mi causa con el fraile confesor; pero él les contestó con lindas palabras, al estilo de la corte. Relataré aquí brevemente cómo condujeron todo este negocio.

A la busca de testigos

Antes de partir el Emperador para Alemania, mi fraile encargó estrechamente a Luis de Schore, presidente del tribunal de Brabante, que hiciera buscar diligentemente por todo el país algunos testimonios contra mí, fuesen verdaderos o falsos. El presidente dió el encargo a un secretario llamado Luis Sol, hombre tal que todas las gentes de bien lo odian, y lo tienen por loco, y aun los niños se burlan de él por las calles, y que más convendría que anduviera vestido con el capuchón de los locos y marchara por las calles con orejas largas y campanillas, o bien trabajase la tierra o cuidara puercos, que tener ningún cargo público. Pero como es enemigo jurado de Cristo, y odia a muerte su doctrina, le son encomendados tales cargos. Tan gentil personaje, pues, fué enviado por el presidente a Amberes para inquirir contra mí. Este se dirigió a muchos españoles, personas de bien que habitan allá, con quienes yo había vivido casi toda mi vida, y les averiguó diligentemente sobre toda mi conversacion. ¿Mas qué sucedió? En vez de la acusación que él creía hallar, aquellas honradas gentes le relataron virtudes e hicieron grandes alabanzas, que yo no reconozco en mí, ni merezco. No diré cómo se puso en ridículo aquel venerable inquisidor, con sus muchas preguntas y exigencias ante personas de bien, las enales después me hicieron advertir de su furor. Como viera, pues, que había bien poca esperanza para él y sus semejantes en las deposiciones de las personas honradas, tornóse a un hatajo de frailes, de los cuales pensó saear lo que quería

(como que son gentes sin conciencia), verdadero o falso. Interrogó a varios, españoles y de Brabante, entre los cuales no se podía decir que uno tuviese más conciencia que los otros. Pero encontró entre ellos uno de estirpe y espíritu nobles, al cual yo no había conocido más que de vista, y nunca había hablado con él. El tal, interrogado, dijo simplemente lo que sabía. Pero siendo que era fraile, y tenía más influencia que los otros, tuvo ocasión de leer las deposiciones en que todo eran alabanzas para mí, excepto en las de los dos o tres frailes donde encontró perversidades y calumnias evidentes. Viendo, pues, la conjuración tramada contra mí, la cual ya antes había percibido, su conciencia no le permitió callar y así se lo manifestó. Pero no se atrevió a venir a mí, en parte porque no me conocía, y además porque no podía hacerlo sin que sospecharan mucho de él. Entonces declaró todo el asunto a un primo mío, con el cual tenía amistad, afirmando que no podía ocultarlo más, para descargar su conciencia. Ese primo se vino directamente a mí, y me contó ordenadamente lo que el fraile le había dicho. Entonces yo me llené de gozo, al saber que era cierto lo que antes había tenido sólo por dices del pueblo, a saber, que mis adversarios no podían encontrar testimonios contra mí que fueran aceptables ni aun ante jueces falsos. El presidente entonces, viendo que en toda mi causa no había cosa por la cual pudiera, con algún viso de verosimilitud proseguirla, envió mi proceso a la corte del Emperador, donde demoró algún mes. Allá no faltaron personas que procurasen activar mi asunto, pero durante mucho tiempo no pudieron arrancar más que bellas palabras. Finalmente, hacia el mes de agosto, la corte, a fin de que

no pareciese que no quería hacer enteramente nada, hizo extraer de las deposiciones algunos artículos sobre los cuales yo debía ser oído, y los envió con mi proceso a Brabante, pero quiso que antes de interrogarme se hiciera alguna nueva información, para después juzgar el proceso. Mientras tanto, me es imposible decir el descontento que yo tenía por tanto tiempo perdido; pero esperaba que, en el peor de los casos, después de esta nueva información se resolvería pronto mi causa; sin embargo, sucedió algo muy distinto. Pues todavía después de haber hecho muy diligentemente su información, quizá porque no encontraran aún ninguna acusación legítima contra mí, volvieron a detenerse de nuevo sin querer proseguir. Yo procuraba todos los días, por medio de cartas a los que sabía estaban encargados del asunto, que impusieran algún fin a mi aflicción, que me dijeran de qué estaba acusado, que nombraran a quien me acusaba, a fin de que yo lo persiguiese, o bien, si no querían hacer nada de esto, que sería lo razonable, que pronunciasen una sentencia cualquiera, aunque tuviera que perder la vida. Pero con sus bellas palabras difirieron todo hasta el regreso del Emperador. Cuando finalmente no pudieron retroceder sin vergüenza, el día antes que llegara el Emperador de Francia después de haber firmado la paz con los franceses, vinieron a verme los comisarios para interrogarme sobre los artículos que habían recibido de la corte. Después de haber oído sus preguntas, comprendí bien cuán fútiles eran sus acusaciones. Insistían aún sobre aquellos primeros y viejos delitos, los más grandes de los cuales eran haber estado en Alemania, haber hablado con Melanchthon y haber alabado su virtud y doc-

trina. Figuraba también, además de los precedentes, como el crimen mayor de todos, que un día en Amberes en un sitio público, yo había defendido a Melanehton y Bucero, contra el cura de una parroquia. Yo no negué nada de todo eso, porque todo era cierto y jamás lo había ocultado; pero afirmé que lo había hecho con razón. Diré brevemente cuál era ese gran crimen nuevo que ahora agregaban.

Un día yo estaba en Amberes, en la librería pública, viendo si no había llegado nada nuevo de Alemania. El librero, entre otras, me entregó una epístola de algún profesor de Ingoldstadt contra Vitus Theodorus, en la cual el autor, quien quiera que fuese, trataba de defender a Eckius, y sostenía que había muerto felizmente, contra lo que había escrito Vitus. Tan pronto como vi la epístola, a decir verdad, yo me alegré mucho y no pudiendo contenerme dije: “Alabado sea Dios, que ahora sabemos a ciencia cierta lo que antes conocíamos sólo por rumores”. Por casualidad estaba allí el cura de Nuestra Señora, hombre malo, ignorante, y el más cruel enemigo que tenía la verdad cristiana en la ciudad, a quien yo no había visto nunca antes, y no podía adivinar quién fuera, por más que por su apariencia solamente elegí que se trataba de un clérigo o de algún fariseo avinagrado. Habiendo, pues, oído lo que yo dije, me preguntó repentinamente qué era lo que ahora sabíamos de cierto. “Esta epístola —le dije—, nos asegura que Juan Eckius ha muerto, lo que antes sólo conocíamos de oídas”. Entonces él me dijo: “Muchos se alegrarán de la muerte de ese hombre”. “Muchos de vuestra orden —dije yo— lo lamentarán, o mucho me equivoco”. “Nosotros los

católicos —dijo él—, lo lamentaremos, pero los innovadores se alegrarán”. “¿A qué llamáis innovadores?”, le pregunté. “A Felipe Melanchthon y Martín Bucero”, dijo él. “¿Qué han innovado?” “¿Cómo? ¿Lo preguntáis? Mil cosas.” “¿Pero qué?, decidme”. “Que la Virgen María —dijo él entonces— no ha sido siempre virgen. ¿No es esa una gran flasefemia?” —me dijo. Yo no pude entonces soportar más los rebuznos de aquel asno y le respondí de esta suerte: “Hacéis una gran ofensa a esas gentes de bien, al acusarlas de ese crimen que jamás han soñado, como que enseñan lo contrario. Leed sus libros, os ruego, y veréis que estáis bien equivocado; o si no los habéis leído jamás, ni queréis leerlos aún, al menos no afirméis como verdadera una cosa falsa”. “¿Qué? —dijo él entonces— ¿queréis defenderlos?”. “Yo quiero —le dije— defender la verdad donde quiera que esté, sea que Melanchthon o Bucero o los dos la digan”. Entonces él me dijo: “Me parece que vos sois de su secta”. “Me parece —dije yo— que sois un hombre temerario al osar juzgarme a mí, a quien nunca habéis conocido, y manchar a hombres de bien con una falsedad tan manifiesta”. “Yo soy cura —dijo él— y te acusaré”. “Tú lo que eres es un lobo —le dije yo— y yo te considero digno de ser puesto al arado o a cuidar los puercos, y no a apacentar las almas”. No me importa un bledo la acusación de semejante furia; así, pues, no tuve en cuenta, como tampoco debía hacerlo, las amenazas de aquel malvado, cuyo testimonio me exhibieron después como un gran crimen. Esos fueron todos sus mayores cargos; los demás no son dignos de que los enumere. Y sin embargo, yo solo respondí en menos de una hora, u hora y

media, a todas aquellas acusaciones que en diez meses habían reunido muchos grandes personajes, en la corte de Brabante y en la corte del Emperador.

Después de mi respuesta mis comisarios dijeron que no restaba nada más para substanciar el proceso, sino que se me entregaran los nombres de los testigos, para recusarlos, porque si no tenía algo que decir contra ellos, había según ellos el peligro de que los testimonios de algunos me perjudicasen bastante. Me dijeron también que tomara un abogado de la ciudad, el que yo quisiera, a fin de guiarme por su consejo. Yo les contesté que no era una manera de proceder legítima, ni consejo honesto el de justificarse acusando a otros, y que la inocencia que yo pudiera probar por medio de la detraición estaría muy mal fundada. Pues aunque yo viese bien que ellos querían detenerse en las deposiciones de dos o tres frailes, a los cuales con justicia hubiera podido tener por sospechosos, y no prestar ninguna consideración al testimonio de muchos que habían depuesto en mi favor, les dije no obstante, que me parecía ser contra la caridad cristiana el publicar las maldades secretas de los enemigos para mantener la propia inocencia, en vista principalmente de que yo estaban públicamente manchados y cargados de bastantes crímenes. Y aunque ellos merecieran muy otra cosa, yo quería, sin embargo, atender más a lo que fuera cristiano que a lo que tales gentes merecían. Sin embargo, para no achicarme, les dije que yo podría acusar a todos los frailes que habían declarado en contra mía, y pintarlos de todos los colores, de suerte que quedaran más negros que el carbón. Por lo demás, que no veía para qué me podría servir un abogado, si

ellos procedían de esa suerte en contra mía, sin que hubiera lugar para la inocencia. Que más bien hicieran otra cosa: que me nombraran a la parte contraria, que ésta se presentase, a la carga, como era razonable, y que si ella no podía probar su acusación, que fuera castigada con la misma pena que yo hubiese merecido. Ellos me contestaron entonces que no tenía otra parte contraria que el Emperador. “¿Quién es entonces mi juez?” —les dije—. ¿Queréis que el Emperador sea a la vez mi juez y mi adversario? ¿En qué leyes está escrito que una misma persona pueda ser juez y parte?” Viendo, pues, que se procedía por la violencia, y que no adelantaba nada con mis razones, me vi obligado a callarme, y no pudimos llegar a un acuerdo entre nosotros. Al día siguiente llegó el Emperador; la misma semana vinieron también de Amberes mis principales parientes, tan solamente para interesarse por mi asunto, el cual creían poder llevar a buen fin mediante algunos grandes señores españoles que ellos conocían en la corte. Se dirigieron, pues, al llegar, al confesor del Emperador, el cual con su acostumbrada hipocresía hizo grandes aspavientos y dijo estar muy apenado por que el proceso estuviera todavía pendiente. El decía que, por su parte, no tenía nada que ver, pero que, sin embargo, por el afecto singular que siempre me había tenido, les prometía influir ante los jueces para que en breve se resolviera. Mientras tanto, me envió gente a visitarme de su parte, me escribió cartas llenas de dulzura, y, sin embargo, me odiaba mortalmente. Después de aquello, mis parientes se dirigieron también a Granvella, al obispo

de Arrás, y al doctor Boisste; todos respondieron muy amablemente, pero su respuesta no pasó de las palabras. Viendo, pues, mis parientes, después de haber ensayado todos los medios, que no hacían nada, regresaron a Amberes y dieron el encargo de proseguir el asunto a algunos parientes que estaban en la corte.

Las acusaciones contra Enzinas

Por esa época nosotros los presos concebimos la gran esperanza de ser puestos en libertad por la gracia de la reina de Francia, que debía hacer en breve su entrada en Bruselas. Pues el Emperador, para honrarla más, le había dado todo poder, y quería que en todas las ciudades de los Países Bajos se la recibiera como a él. Así entre otras magnificencias que se hacían estaba la de libertar a los presos por su mandato. ¿Pero qué sucedió? Tan pronto como ella entró en Bruselas, fueron puestos en libertad los peores malvados que había en las cárceles, los que habían cometido crímenes más execrables. El primero en salir de nuestra prisión fué un parricida, dos o tres asesinos y varios rufianes y otros malvados; pero los que estaban presos por la religión no tuvieron ningún alivio; aun se les puso más estrecha vigilancia. Tal es la condición de los cristianos; tal es en las miserias de este mundo el destino de la Iglesia. Entonces yo determiné, cualquier cosa que debiera sucederme, ensayar todos los medios de que me pudiera valer. Me puse a escribir cartas a los que estaban encargados de mi asunto, rogándoles me dijeran quién era mi adversario y, de qué

se me acusaba, para responder, o si no había parte contraria ni cargos en mi contra, que me pusieran en libertad, o bien que tomaran la resolución que mejor les pareciese. Después de un tiempo me contestaron que ellos querían proponer su acusación, y sin embargo, diferían de día en día, de suerte que dos servidores no hacían otra cosa que ir a solicitar todos los días esa acusación, y con todo apenas si en veinte días pudieron lograr una respuesta. Finalmente vinieron a decirme que la tal acusación había sido en buena hora redactada. Yo apenas podía creerlo; les pregunté si la habían visto, y me dijeron que sí. Si era grande, —de siete u ocho fojas. ¿Por qué no se la habían entregado?— porque faltaba que fuera elevada al consejo del Emperador. De modo que no proponen nada cierto; ellos mismos redactan las acusaciones, las forjan y reforjan a su paladar, y luego hacen ellos mismos de jueces. Todavía no me fue entregada por mucho tiempo, porque el consejo del Emperador no la halló bien y hubo que hacer una enteramente nueva, la que después de algún tiempo un secretario me llevó a la prisión; y en siete fojas no encontré, en efecto, más que siete pobres artículos, que enumeraré aquí a fin de que se conozcan los grandes y enormes crímenes, que tanto tiempo les llevó forjar:

1 Primero: Francisco es muy sospechoso y está manchado de luteranismo.

2 Segundo: Ha conversado con los herejes.

3 Tercero: Ha alabado a Melanchthon y su doctrina, y ha sostenido proposiciones heréticas.

4 Cuarto: Ha hecho imprimir el Nuevo Testamento producido por él mismo en lengua española, contra las

ordenanzas del Emperador, que prohíben que sea impreso o publicado libro alguno concerniente a la Santa Escritura, y contra la opinión de muchas gentes de bien, que lo exhortaron a obtener privilegio y esperar la venida del Emperador. Ahora bien, la pena contenida en la ordenanza es bien notoria.

5 Quinto: Este mismo Francisco es autor y traductor de un libro muy peligroso, titulado: *De la libertad cristiana y del libre albedrío*.

6 Sexto: Ha comprado y tenido consigo un libro intitulado: *Epítome de todas las obras de San Agustín*, por Juan Piscator; libro en el cual hay muchas cosas heréticas.

7 Séptimo: Todas estas cosas son contrarias a las ordenanzas y edictos publicados frecuentemente en nombre de sn Majestad Imperial, de suerte que ni él ni nadie podría alegar ignorancia.

Yo escribí contra estos artículos una respuesta, no para entregarla a los jueces, sino solamente para contentamiento de mi espíritu, la cual mostré a muchas personas de saber que había en la ciudad; todos la aprobaron, pero decían que era mucho más peligrosa que la acusación. Por tanto me aconsejaron que preparase otra, que fuera un poco más modesta, y que pudiera ser presentada a los jueces; lo mismo que yo había determinado hacer antes que ellos me hablasen; pero no sé cómo sucedió que jamás pude llevarlo a cabo. Así la primera quedó en la cárcel y cayó en las manos de mis adversarios. Lo que yo hubiese querido que no hubiera sucedido jamás, al menos mientras estaba entre sus manos. En re-

sumen, era así: Yo decía que el primer artículo había sido inventado por ellos, forjado en una botica de fraudes y falsedades, y que yo no debía ni podía responder de todo aquello que veían aquellas gentes furiosas, o que los malvados sospechaban. Negaba sencillamente el segundo artículo, como ellos bien lo sabían; aunque pudiera ser que por casualidad yo hubiera estado, o por obligación o sin saberlo, con verdaderos herejes, que, sin embargo, no eran tenidos por tales. Del tercer artículo, confesaba las dos primeras partes, pero negaba la última. En el cuarto, negaba haber hecho nada contra las ordenanzas del Emperador; lo que podía probar con diversos y verídicos argumentos. Al quinto respondía que presentarían alguna cosa cierta y verdadera y que entonces yo respondería con algo que quizá no les hiciera buen efecto escuchar. Mientras tanto, yo afirmaba, lo que es cierto, y que todavía afirmo ahora, que yo no había sacado a luz nada más que el Nuevo Testamento. Negaba el sexto artículo, porque a la verdad yo no había visto jamás ese libro, ni oído hablar del tal Juan Piscator. Mientras tanto, decía, ellos merecerían ser quemados por decir que en los libros de San Agustín hubiera alguna cosa herética. Aquí se ve la gran ceguera de tales gentes, que reputaban como un crimen el que hubiera leído a San Agustín, y no mencionaban los libros de Lutero ni de los otros alemanes. Yo negaba también que fuera cierto el séptimo artículo; porque tales edictos no habían sido publicados una sola vez, mientras el Emperador ordenaba notoriamente por ellos, bajo graves penas, a todos los encargados del gobierno público, su publicación y renovación de seis en

seis meses (lo que jamás habían hecho), por lo cual yo afirmaba que ellos mismos eran los primeros transgresores de tales edictos, y que, por tanto, debían ser los primeros castigados; luego vendría su aplicación, si correspondía, a los otros miembros inferiores, los cuales mientras tanto podían con todo derecho alegar ignorancia.

Nuevas persecuciones

Incontinenti que yo recibí esta su acusación, el Emperador partió para Gante; lo cual me hizo demorar más el escribir esta respuesta, que yo decidí hacer para no contrariar a los malvados, en vista de que nada se podía hacer durante la ausencia del Emperador. Mientras él estuvo en Gante, los frailes y los teólogos lo forzaron a darles potestad para perseguir a los luteranos a su sabor. Le arrancaron también un edicto mucho más cruel que todos los anteriores. Las leyes del año cuarenta fueron renovadas, y se les agregaron muchas otras más sangrientas todavía. Casi en todas las ciudades se publicaron edictos escritos a sangre; e incontinenti se desató en Flandes, casi en un momento, una persecución y carnicería tal de cristianos, que jamás se había oído hablar de otra semejante. No hubo ciudad en Flandes, por pequeña que fuera, de la cual no huyera gran cantidad de personas, y de las principales, que o habían sido advertidas de antemano, o por algún indicio sospechaban lo que se aproximaba; dejaban mientras tanto sus esposas e hijos en sus casas, sus familias en desorden, sus bienes abandonados, de los cuales también se

apoderaban incontinenti las gentes del Emperador. Pero de los que no pudieron huir fue tomado un gran número; muchos de los cuales fueron quemados, otros decapitados y otros condenados a prisión perpetua en distintos lugares. No se perdonó nada: ni la edad, ni el sexo, ni la dignidad. Durante dos meses enteros que el Emperador permaneció en Gante, nosotros en la cárcel de Bruselas no oímos más que noticias llenas de miseria y tristeza. Que muchas gentes de autoridad y dignidad habían huído de sus ciudades, que unos habían sido quemados, otros decapitados, otros confinados en cárceles a perpetuidad. Los que conocían los asuntos del mundo y veían tal carnicería, decían que desde mucho tiempo atrás no había sido ejercida tal crueldad, ni vista ni oída, en el mundo entero. Después de esa persecución de Flandes, el Emperador regresó a Bruselas, al tiempo que seguía en todo el país de Brabante, Hainaut y Artois la misma carnicería que en Flandes. Sería una cosa horrible e increíble, si alguien quisiera relatar esa tempestad que como cruel peste atravesó todo aquel país, y nos era contada todos los días a nosotros, pobres cautivos. Nosotros estábamos amedrentados y pasmados de oír tales crueldades, cuyo fin y resultado no se podía ver, hasta donde se puede ver con el espíritu, ni se podía sospechar cuando quedarían aquellas gentes ahítas de sangre humana. Llevaron presos juntos a doscientos hombres y mujeres de diversos lugares, de los cuales arrojaron a unos en sacos al agua, enterraron vivos a otros, hicieron morir secretamente a muchos y distribuyeron el resto en villas y castillos para terminar allí sus vidas en las prisiones. Todas las torres estaban reple-

tas, y las cárceles de las ciudades no alcanzaban a la verdad para contener tan gran cantidad de personas. Y yo entonces, considerando que en tan grande confusión pública no podía esperar ningún bien para mi asunto, deploraba con todo mi corazón la disipación y calamidad de la Iglesia, y me arrepentía, aunque tarde, de una determinación que había seguido: que habiéndoseme ofrecido tan preciosas ocasiones para ponerme en libertad, como a la verdad se me habían ofrecido, yo las había despreciado, confiando en mi inocencia. Jamás hubiera sospechado tampoco que tan pronto la Iglesia hubiera de ser reducida a tal estado. Frecuentemente había yo tenido las llaves de la prisión en mi poder, con las cuales hubiera podido salir fácilmente, si hubiera desconfiado de mi derecho y si no hubiera tenido conciencia de que con ello pondría en peligro al conserje. Los guardias de la prisión podrían testificar hoy cuántas veces no les he guardado y devuelto las llaves. Pero viéndome entonces en tal aflicción, yo me arrepentía grandemente de mi cobardía, que no hubiera oído ni seguido una ocasión tal, verdadero llamado de Dios; y hasta temía ser castigado por tanta negligencia. Estando pues así confuso e irritado, me traen noticias todavía más tristes. Un amigo mío vino a verme el día de Santa Catalina, y me contó que el predicador de la reina había huído antes que su causa fuera fallada. Que las cosas habían llegado a tal punto que si se hubiera quedado una hora más en la ciudad, hubiera sido arrestado, y que por tanto, aconsejado por algún amigo fiel, había preferido evadir y evitar el furor de los hombres a ponerse a sabiendas en peligro de muerte, o al menos de prisión

perpetua. En cuanto a mí, aunque estuviese contento de que él hubiera escapado sano, y estuviese en plena libertad, la noticia me causó, sin embargo, una gran desazón. Porque por ella vi bien que la crueldad y la rabia de los malvados habían llegado al colmo. Mas pues que la ocasión y la oportunidad se prestan, diré algo acerca del asunto del susodicho predicador.

El predicador de la Reina

Esa causa comenzó a ser ventilada al mismo tiempo que yo fuí tomado preso, y se desarrolló al comienzo por disputas en privado entre el predicador y nuestro fraile, el confesor, en presencia de Granvella y de su hijo el obispo de Arrás. El confesor se hacía fuerte, y defendía su posición con la oportunidad del tiempo, la autoridad de las personas y la snya propia. El predicador, al contrario, con la palabra de Dios. Después de algún tiempo, como no se pusieran de acuerdo, se designó como comisarios a algunos inquisidores, que prosiguieron la causa en forma de proceso. Eran ellos dos o tres consejeros del Emperador y dos teólogos de Lovaina, el uno el cura de San Pedro y el otro Francisco de Zon, hombre malvado y peligroso enemigo de la verdadera doctrina, que asistió, como hemos dicho más arriba, a la condenación de aquel capellán de Lovaina. También fue llamado un fraile de Arrás, más entendido que los otros, pero que, sin embargo, osaba también hacer muchas cosas contra su conciencia, embriagado como estaba del favor de la corte. Todos estos se reunían

todos los días y aunque discutieran sobre esta causa dos veces por día, así mismo no habían podido en un año llegar al fin. Los primeros acusadores fueron los teólogos de Lovaina, que con asombrosa destreza, para herir más y ser menos odiados, cedieron el nombre de acusador al obispo de Cambrai. Este pues desempeñaba el papel de acusador y hacía proponer por su promotor artículos sospechosos y escandalosos, que él decía haber sido predicados por el predicador, a los cuales él daba después en latín y en francés una respuesta muy pertinente. Hecho esto, se presentaban testigos por una y otra parte. Por el predicador depusieron casi todos los principales de la corte de Borgoña. Al fin, como esta farsa estuviese muy adelantada cuando el Emperador volvió de Francia, y se esperaba bien pronto una feliz terminación según todos la estimábamos, he aquí entonces a nuestro confesor, enemigo de Dios, que viene a turbar todo el misterio. Se presentaba a menudo al Emperador con sus compañeros, ministros de Satanás, y clamaba que todo el país estaba perdido si ese hombre no era severamente castigado. Pues ya lo habría contaminado (decía) con su veneno esparcido en sus sermones, de tal suerte que si no era castigado no quedaba esperar otra cosa que la ruina del país. Para abreviar, tanto hizo con sus conjuros y execraciones, que el Emperador ordenó que echaran mano del predicador. Pero el mismo día que debía ser arrestado, fue puesto sobre aviso por uno de sus amigos, y puso pies en polvorosa. Apenas si había salido de la ciudad cuando llegó a su albergue un mensajero a decirle que fuera a hablar con el señor presidente, donde debía ser arrestado. Pero al saber sus adversarios que

había huído, fueron presa de un gran enojo. El mismo Emperador se enfureció tanto que ordenó que fuera excomulgado el ausente, y en su ira juró que en adelante no perdonaría a un luterano más que a un traidor. Al día siguiente echaron mano a los compañeros del predicador, que todavía ahora se encuentran en la prisión, y en peligro de muerte, tan sólo porque no delatan al que advirtió al predicador que huyera, lo que creo que no saben. La semana siguiente fijaron en las puertas de los templos cartas en las cuales citaban al predicador a venir a oír su sentencia; en caso de no comparecer debería ser tenido desde el segundo día del año por contumaz. Luego, el día prescripto, Francisco de Zon, teólogo de Lovaina, uno de los comisarios, que después fue hecho juez subdelegado, que dicen, subió al púlpito y allí declaró al predicador hereje y digno de ser quemado, si se lo detenía. Con este fin hizo un largo sermón, pero tan sedicioso, tan impertinente, y de una impudicia tan grande, que los que lo oyeron decir tales despropósitos, perversidades y blasfemias, al menos los que tenían algún conocimiento de la pura doctrina, fueron confirmados en ella. Reproduciré aquí la sentencia condenatoria en sus mismos términos, a fin de que veáis cuáles artículos condenaron como heréticos.

“En la causa de inquisición ante nos, Pedro Curce Pleban de la iglesia colegiata y cura de San Pedro de Lovaina, Francisco de Zon, canónigo de la iglesia de Utrecht, y Tomás de la Chapelle, prior de los jacobinos de Arrás, todos doctores en teología, jueces subdelegados por la autoridad de la Santa Sede apostólica, en la causa pendiente entre el promotor del reverendo padre en

Dios Monseñor el obispo y duque de Cambray, denunciante o acusador, por una parte, y el hermano Pedro Alexandri, doctor en teología, religioso de la orden de los carmelitas, legítima y perentoriamente citado ante nos para venir a oírnos dictar sentencia, contumaz y rebelde, por la otra. Vistos y examinados maduramente los artículos presentados ante nos por el susodicho promotor contra el mencionado hermano Pedro Alexandri, y la respuesta a aquéllos por dicho hermano Pedro, junto con otros artículos tendientes a su defensa, deposiciones de testigos producidas, investigadas y examinadas, objeciones, salvedades, otros actos y todo lo que las partes han presentado y puesto ante nosotros. Vistos, asimismo tres libros de sermones, dos en latín y uno en francés, compuestos y hechos escribir por dicho hermano Pero y reconocidos por él en el juicio, junto con la respuesta a las proposiciones extraídas de ellos puesta por escrito. Como por lo antedicho aparece que el mencionado Pedro ha predicado, escrito, enseñado y sostenido varias proposiciones sospechosas, escandalosas, luteranas, ofensivas a los santos oídos, sediciosas, heréticas y ya condenadas por la Iglesia en la persona de Lutero y otros, entre otras:

1. Que todas las cosas necesarias a la salvación están contenidas en el Evangelio, y que no es necesario creer sino lo que está contenido en aquél y en las Santas Escrituras.

2. Que es necesario adherir e insistir firmemente tan solamente en la palabra de Dios y en el evangelio, y que se puede contrariar las otras escrituras, exceptuadas las divinas y canónicas. Y que sólo hay que creer en las canónicas.

3. Que la comisión de los apóstoles, embajadores de Jesucristo, de los papas y obispos, es la Santa Escritura y el evangelio; y que los hombres no pueden obligar más que la Escritura Santa. Que si ellos obligan a alguna cosa más, exceden y sobrepasan su comisión.

4. Que la sola fe justifica delante de Dios inmediatamente, y que las obras justifican delante de los hombres.

5. Que el hombre es justificado interiormente delante de Dios por la sola fe, sin obras ningunas, más exteriormente y ante los hombres es justificado por sus obras; es decir, que es conocido como tal, ellas dan fe de que es fiel y justo, y por esa justificación es hecha pública y manifiesta la otra interior y secreta; de suerte que, sin embargo, la exterior es solamente fruto, resultado y muestra de la justificación interior del corazón.

6. Las verdaderas indulgencias se adquieren sin oro ni plata, por la sola fe y confianza en los méritos de Cristo.

7. Que una verdadera fe no puede ser sin obras.

8. Que quien no tiene verdaderas obras de caridad, no puede tener fe.

9. Cuando las obras de caridad no siguen a la fe, es una señal cierta de que la fe es nula, y que no es más que una ilusión muerta, un verdadero sueño, que algunos erróneamente llaman fe.

10. Si alguien se reconoce pecador, hijo de ira, digno de la muerte, pero se somete a Dios, detesta su pecado y cree firmemente en las promesas de Cristo, el tal debe estar seguro de que será salvo por la seguridad de la fe. Por el contrario, aquel que no tiene esa disposición, y que dice: "si muero no sé adónde ir", el tal es infiel

y será condenado. Sostener lo contrario, es negar a Jesucristo.

11. Aquel que se arrepiente de sus pecados y no cree que le serán perdonados, hace escarnio de la pasión de Jesucristo.

12. La fe es una opinión viva y cierta, por la cual el hombre tiene una seguridad superior a toda seguridad humana, de que él es agradable a Dios, y que Dios le es favorable en todo lo que hace, y le perdona sus pecados:

13. A causa de que el hombre carnal no puede entender esa primera regeneración que se hace por la fe, Cristo la quiso atribuir a los signos visibles, a los sacramentos y buenas obras. Aunque el hombre sea justificado por la fe, delante de Dios, sin embargo, no es reputado tal delante de los hombres y delante de la Iglesia de Dios, si no ha sido renovado por el sacramento del bautismo y por buenas obras.

14. No hay diferencia entre el bautismo de Juan y el de los apóstoles de Cristo. Porque el uno y el otro enrolaron los ciudadanos del Reino de los cielos; por el uno y el otro han sido dados la remisión de pecados y el Espíritu Santo.

15. Además, el mismo bautismo celebrado primero por Juan el Bautista, y luego entre los gentiles, es un instrumento por el cual es dado el Espíritu Santo a los que creen en Cristo.

16. En el bautismo es prometida a los hombres la herencia celestial, sin la condición de que observen la ley. Y esta promesa de gracia y gloria no puede ser obstaculizada por ninguno de nuestros pecados; de otro modo nuestra incredulidad haría vana la gracia de Dios.

17. Nadie será condenado, sino el infiel obstinado.

18. No creer en Cristo es el único pecado que condena.

19. Los hombres no son condenados por haber pecado, sino solamente por haber rechazado la gracia que Dios les ofrece en el Evangelio, y no querer arrepentirse de sus pecados.

20. La verdadera penitencia consiste en abstenerse del pecado.

21. Penitencia es conocimiento de sus pecados, primero; y segundo, confianza en los méritos de Jesucristo, que por su misericordia los satisfizo por nosotros.

22. Así como en la ley antigua no se lee que hubiera que hacer nada para borrar el pecado, salvo la oblación, tampoco en la nueva podemos hacer nada para satisfacción del pecado, ni hay otra satisfacción que la oblación de Cristo.

23. Hacer frutos dignos de arrepentimiento es fiar con viva y verdadera fe en los méritos de la preciosa sangre de Cristo.

24. Se requiere una detestación tan grande del pecado por una simple fornicación, como por un adulterio, incesto o cualquier otro pecado.

25. El hombre que tiene viva fe está, también, por gracia, antes que Jesucristo en el amor de Dios. Y el favor y el afecto le son insinuados también antes que a Cristo.

26. Quienquiera crea en Cristo es hecho participante por gracia de todos los bienes de éste. Porque todos sus méritos son comunicados a los hombres por la fe, de

tal suerte que pueden gozarse en ellos como si fueran propios.

27. La misma justicia de Cristo nos es imputada a nosotros que creemos en él, perfecta y consumada en todas sus partes.

28. Es un error y cosa escandalosa decir que falte hacer algo más, o adorar con más devoción el sacramento de esta ciudad que hace milagros, que el sacramento de una misa privada.

29. El sacramento de la eucaristía debe ser recibido con tal fe, que creamos que nos son perdonados nuestros pecados y nos es dada la vida eterna por los méritos de Cristo, en esa manducación sacramental.

30. No se debe dar a los santos una adoración de latría ni de dulía, sino solamente honrarlos e imitarlos a causa de sus virtudes.

31. Cuando ruego a Jesucristo, él ruega a Dios por mí; y los santos no pueden impetrar nada por nosotros, sino que Jesucristo ruega por nosotros.

32. Impetramos más fácilmente a Dios cualquier cosa por nosotros mismos, que por los santos.

33. Se equivocan los que atribuyen la curación de alguna enfermedad a San Juan o a San Huberto.

34. No debemos dar a la virgen María o a los santos más honor que el que les da la Santa Escritura.

35. No hay más que dos mediadores directos entre Dios y los hombres, a saber, el Hijo y el Espíritu Santo, que pueden dirigir y conducir todas nuestras acciones a la gloria del Padre.

36. Jesucristo solo ha cumplido todos los mandamientos.

37. Nadie puede eximirse de amar a Dios todo lo que deba.

38. Sólo nuestras obras hechas después de la justificación dan testimonio de nuestra fe. Y aquellas que hacemos antes de ser justificados son enteramente inútiles. Porque Dios consideró a Abel y sus dones.

39. Las buenas obras sólo sirven para que Dios sea loado, para dar buen ejemplo al prójimo y para evitar la ociosidad.

40. Nosotros no merecemos nada por nuestras buenas obras: ni gracia, ni remisión de pecados, ni gloria.

41. Ningunas obras, ningún servicio, ninguna manera de vivir aprovechan para nada. Lo único que vale es la fe y la confianza en Dios.

42. Debemos fiar enteramente en Dios, de suerte que no atribuyamos nada a nuestros méritos.

43. Todos los esfuerzos y todo el estudio de aquellos que no están regenerados por el Espíritu Santo, son malos.

44. Todo lo que hace el pecador estando fuera de la gracia, es pecado, hay siempre fallas y muy grandes defectos.

46. La religión monástica es hipócrita.

47. Cristo, al decir a aquel joven en San Mateo, 9: "Si quieres ser perfecto vé y vende todos tus bienes", se burló de él.

48. A Dios no le interesa que no comáis más que una sola vez o dos, ni qué manjares.

49. El ayuno que nos recomienda ante Dios no es la abstinencia de bebida o comida.

50. El ayuno evangélico es el ayuno de Dios, y no el ayuno de cuaresma.

51. El ayuno de Dios es un ayuno perpetuo, y no de éste o el otro día.

52. El ayuno de cuaresma no es evangélico; porque no está ordenado en el Evangelio.

53. Hemos errado durante mucho tiempo en cuanto a los fundamentos de nuestra fe, al hablar de la fe y de la justificación.

54. Hace trescientos años que no se predicaba el verdadero y puro Evangelio.

55. En este tiempo no es permitido predicar el Evangelio; porque el que lo predicase sería considerado hereje.

56. Los que están constituídos en las dignidades, no quieren predicar el Evangelio ni permitir que sea predicado; como los cardenales, obispos y abates, que no quieren que sean reprendidos sus vicios. Aún prohíben que sea predicado el Evangelio.

“Con muchos otros artículos más detalladamente mencionados en su proceso. Y puesto que el mencionado acusado, después de esta instrucción de causa, hecha por los comisarios designados para ello por la Majestad Imperial, no ha dado señales de que quisiera corregirse, volver por su pleno acuerdo a la fe católica, desdecirse de los susodichos errores a discreción de sus superiores, y hacer la satisfacción que correspondiere; y lo que aún es peor, no ha comparecido, para nuestro menosprecio y el de la jurisdicción apostólica, se ha ausentado y sigue ausente sin haber solicitado permiso, mostrando por esto y por los susodichos errores por él señalados, su

obstinación. Por tales causas y razones, habiendo primeramente invocado el nombre de Dios, y sentados en la silla judicial, teniendo un solo Dios y su justicia delante de nuestros ojos, y procediendo en derecho sobre lo antedicho, por esta nuestra sentencia definitiva, que damos por la presente, habiendo tenido el consejo de los maestros de la sagrada Facultad de Teología y de los jurisconsultos, decimos, ordenamos y declaramos que el mencionado acusado, hermano Pedro Alexandri ha errado gravemente y de muchas maneras contra la santa fe católica y la doctrina de la Iglesia universal, recibida y aprobada durante un largo lapso de tiempo. Decimos, además, que es hereje manifiesto y contumaz, y que por esta causa ha incurrido en sentencia de excomunión ajustada a derecho; y que como tal debe ser degradado solemnemente, privado de todas las santas órdenes, junto con todos los privilegios y prerrogativas del orden eclesiástico, y hecho esto, entregado al brazo secular para ser castigado y corregido con las penas ordenadas por derecho contra tales herejes pertinaces; y sus susodichos libros y demás escritos perniciosos, ser echados al fuego y quemados públicamente, para ejemplo de otros. Por tanto, con la autoridad que tenemos en este asunto, ordenamos que se haga un fuego en el interior del templo de Santa Gúdula, y que esos libros y otros escritos perniciosos sean echados en él, quemados y consumidos. Dada en Bruselas, dentro del mencionado templo de Santa Gúdula, el viernes dos de enero del año de la encarnación de Jesucristo mil quinientos cuarenta y cinco''.

Después que hubo roto la cabeza a los pobres oyentes

durante dos horas con estas inipiedades, se encendió un fuego en un lugar elevado, preparado ex profeso en medio del templo para este asunto, dentro del cual él mismo colocó con su propia mano los libros del predicador, latinos y franceses, que se quemaron en presencia de todos.

La huida de Enzinas

Ahora, oyendo todos los días en la prisión tales ejemplos de la crueldad, y viendo todas las cárceles llenas de gentes que eran arrestadas por la religión: toda la república y el poder de los hombres maquinando la ruina de la Iglesia de Dios, pensad, os ruego, ¿qué reposo podría yo tener viendo todos esos tormentos y otros todavía más graves que pendían ante mis ojos? Ciertamente que yo hubiera muerto allí de dolor y de cuidados si Dios en su divina bondad no hubiera provisto mi liberación. Oíd ahora cómo. El primer día del mes de febrero, después de haber estado largo tiempo sentado a la mesa para cenar, más triste que de costumbre, no sé por qué, me levanté y dejé la compañía, lo que acostumbraba hacer a menudo, debido a que no podía soportar esa larga sobremesa. Comencé a pasearme por el lugar, tan pensativo que los de la casa vinieron a animarme y decirme que echase fuera esa melancolía. “Alegraos vosotros —les dije—, con vuestros juegos. En cuanto a mí, quiero salir un poco al aire y ver lo que se hace en la calle”. Estas palabras fueron proféticas, y fueron oídas por todos sin que nadie las entendiera; yo mismo no sabía por qué Dios me ponía esas palabras en la

boca. Entonces me acerqué a la primera puerta de la prisión, que tenía la parte alta hecha de un grueso enrejado de madera, por el cual se veía la calle; la parte baja era de gruesa madera maciza. Como yo me acercase pues a la puerta, no pensando en otra cosa que en mirar por la reja de madera, la sentí sacudirse; entonces la empujé con la mano y la abrí fácilmente. La segunda, lo mismo que la primera, estaba abierta. La tercera no se cerraba más que de noche. Maravillándome entonces de tan gran aventura, y recordando cuántas otras ocasiones me había presentado Dios, de las cuales yo no había hecho caso, como si hubiera oído la voz de Dios que me llamaba determiné seguir y aprovechar esta ocasión tan deseada, y que se me presentaba esta vez sin pensarlo, la cual tuve como indudablemente enviada por Dios. Habiendo salido pues de la prisión, cerré la última puerta, a fin de que el conserje no experimentase mayor pérdida. Así pues, viéndome solo en la calle, en una noche muy obscura, yo no sabía para qué lado ir; todo me era sospechoso, me parecía que por todos lados estaba en peligro. Porque aun cuando tuviese muchos amigos en la ciudad, de los cuales no desconfiaba; sin embargo, cuanto más queridos me eran, menos quería ponerlos en peligro. Estando en esta perplejidad, Dios inspiró repentinamente en mi espíritu una buena determinación, lo que yo estimo como un milagro. Había en la ciudad un hombre fiel, de mi conocimiento, al cual decidí dirigirme. Nunca antes había estado en su casa, pero por la voluntad de Dios la encontré incontinenti tan fácilmente como si hubiera vivido en ella toda mi vida. Llamé al hombre a la calle y le conté todo mi

asunto, y le pedí consejo. El quería retenerme en su casa, mas viendo que hubiera sido muy peligroso para ambos, le dije que lo mejor me parecía salir de la ciudad la misma noche. Le pregunté al mismo tiempo si conocía algún lugar de las murallas de la ciudad más fácil de descender que los otros. El me contestó que sí, y que me lo enseñaría y me acompañaría a donde yo quisiera ir. Tomó entonces su abrigo y se vino conmigo. Por el camino dije adiós a algunos de mis amigos, y de allí seguimos los dos solos hacia las murallas. Encontramos incontinenti, sin mucho buscar, un lugar apropiado para descender, lo que hicimos todo lo feliz y fácilmente que hubiéramos podido hacerlo si hubiéramos pensado y preparado las cosas de antemano. Pues habiéndome levantado de la mesa en la prisión después de haber sonado las siete y media, fuimos tan diligentes que cuando sonaron las ocho estábamos ya sobre la muralla. Puedo afirmar ciertamente que en este último punto de mi liberación sentí la ayuda de Dios más que lo que jamás la había sentido, y eso que estando en la cárcel la había sentido muy de cerca. Cuando estuve al aire libre fuera de la ciudad, determiné ganar esa misma noche la ciudad de Malinas, y seguir temprano para Amberes. En todo el camino, aunque me regocijase por haber recobrado mi libertad, estaba mucho más conmovido al considerar la maravillosa liberación que Dios me había enviado, la cual reconocía como una de sus obras milagrosas, y veía que por ella me quería advertir de algún secreto designio suyo. Porque yo no ponía en duda que me hubiera libertado por una vía legítima, y por la voluntad de Dios, a fin de ser ejercitado en lo porvenir

en más duros embates, para soportar los cuales comencé en el mismo momento a hacer coraje y rogar a Dios, lo que le ruego todavía ahora, que quisiera en su misericordia iluminar mi entendimiento, a fin de que pudiese comprender el misterio y la excelencia de mi vocación, y en ella servir fiel y constantemente a la Iglesia de Jesucristo hasta el último día de mi vida. Ha sido siempre mi gloria en una multitud tal de peligros, que los tiranos, por crueles que fuesen, no pudieran jamás hacerme perder la aprobación de mi buena conciencia, aunque todos los días tuviera ante mis ojos horribles ejemplos de crueldad. Durante todo el camino no tuve otro pensamiento en mi espíritu, ni hablamos de otra cosa más que de aquello hasta que llegamos a Malinas, mucho tiempo antes de que se abrieran las puertas. Habiendo entrado en la ciudad a las cinco, encontramos delante de la hostería un carruaje que parecía llevar rumbo a Amberes, en el cual estaban sentados un hombre y una mujer. Yo pregunté al hombre adónde iba. El me contestó que a Amberes, y que si quería subir, el carruaje estaba listo. Entonces dije al hombre que había venido conmigo que subiese, que para ir más presto yo buscaría un caballo. Mientras se abría la puerta de la hostería, hablé largamente con mi hombre de diversas cosas, de suerte que el que estaba en el carruaje nos oía y a veces hablaba él también con nosotros. Poco después mi hombre subió al carruaje y yo entré en la hostería, donde fui recibido con gran alegría por todos los de la casa, los cuales incontinenti que les hube puesto en conocimiento de mi asunto, me entregaron en seguida un caballo, y todo lo demás que era

necesario. Saliendo de la ciudad encontré todavía el carruaje y saludé a los que iban en su interior, los cuales a su vez me saludaron. Mi hombre me advirtió que debía ir a prisa. “Corro tan de prisa —le dije—, que si todos los malvados que hay en Bruselas quisieran perseguirme no me darían alcance”. En dos horas estuve en Amberes, donde quise permanecer en la hostería, a fin de no poner en peligro a ninguno de mis parientes o amigos. El mismo día por la tarde llegó también mi hombre que había venido en el carruaje, y quiso alojarse en el mismo lugar que yo, cuyas señas le había dado. Tan pronto como me vio, me dijo como atónito: “Os maravillaríais si supieseis en qué compañía he venido en el carruaje, y quién es aquel con quien tanto habéis hablado hoy en Malinas”. “—¿Y quién era?, decidme”. “—El hombre más perverso de todo este país. Es Luis Sol el secretario, gran enemigo del Evangelio, aquel que buscó testigos contra vos y que instruyó todo vuestro proceso, y ahora trae de la corte del Emperador una sentencia de condenación contra pobres gentes prisioneras por la religión, que deben ser bien pronto quemadas en esta ciudad”. Entonces a fe que quedé pasmado de que Dios hubiera cegado en tal forma los ojos de aquel hombre que viéndome y hablando conmigo, no me hubiera podido conocer. ¡Vengan los que buscan milagros, y nieguen ahora que mi liberación está llena de grandes y maravillosos milagros! Mas oíd el resto. Al día siguiente llegan al mismo lugar dos ciudadanos de Bruselas, que no me conocían, ni yo a ellos. Les pregunté qué había de nuevo en Bruselas. “Ha sucedido últimamente un gran milagro”, me dijeron. “¿Cuál,

decidme?” “Había un español preso por espacio de quince meses, y que no había podido en tanto tiempo obtener ni la libertad ni ninguna otra resolución en su proceso, aunque muchos intercedieron por él. Al fin el otro día a la noche, el aire le pareció raro, tres puertas de la cárcel le fueron abiertas milagrosamente, y fue libertado de la cárcel en una gran claridad, como cuando San Pedro fue sacado de la prisión. Aseguran que el sacramento milagroso que allá se adora es quién ha obrado este milagro.” Ellos me lo contaban como si yo no hubiera sabido nada. En lo cual veis, Monseñor y maestro, la vanidad del populacho, que en poco tiempo sabe aderezar tan bien con falsedades las cosas que tienen algún principio de verdad. Es bien cierto que encontré las tres puertas abiertas, de otro modo no hubiese salido. Por lo demás, no vi ninguna claridad, salvo las antorchas de los que andaban por la calle, en número bastante grande, ocupados en sus asuntos. Además, yo no atribuyo esta liberación al sacramento milagroso, que los malvados idólatras adoran en Bruselas, sino a la gran misericordia de Dios, que ha querido escuchar las oraciones de su Iglesia. Al día siguiente envié expresamente un hombre a Bruselas, para saber cómo iban las cosas. Vuelto éste, me dijo que circulaba en Bruselas el mismo rumor que ya había llegado hasta Amberes.

Por lo demás, dos personas de bien de la ciudad me mandaron decir por el mismo mensajero que todo este misterio había sido preparado deliberadamente por orden de los jueces, los cuales viendo que no podían deshacerse de mi causa en una forma honrosa para ellos, quisieron que fuese libertado así secretamente. Y esta

opinión fué confirmada por la respuesta que dió el Presidente al carcelero cuando fué a decirle que yo me había fugado; porque lo único que le dijo fué: “Dejalo ir, no te preocupes; trata solamente de que no lo sepa nadie.” En cuanto a mí, considerando mi inocencia, no encuentro esto muy apartado de la verdad, tanto más cuanto que gentes de bien aseguran que es cierto; pero cuando considero la fueria y la maldad de los enemigos de la religión, que yo he experimentado, me parece bien difícil que haya habido en ellos tanta conciencia que hayan querido dejarme ir. Sea como fuere, yo estoy muy satisfecho de haber podido escapar de entre las manos de los tiranos, a fin de dedicarme a servir fielmente a la Iglesia de Cristo viviente en la religión pura y libre. Después de mi liberación me quedé todo un mes en Amberes, donde me paseaba a menudo por las calles, y frecuenté a muchas personas de bien, todas las cuales se regocijaron por la gracia que Dios me había hecho, y así me tuvieron allá más de lo que yo hubiese querido. Todo lo que después me ha sucedido, aunque haya sido difícil y molesto (porque ¿qué hay en las cosas de este mundo que no esté lleno de molestias?), ha sido, sin embargo, un poco más pasable, más seguro y menos peligroso que lo que hemos relatado más arriba.

Así pues, mi amadísimo Preceptor, aquí tenéis una narración simple y verídica de las cosas que habéis querido saber de mí; por las cuales conoceréis que yo he nacido para sufrir, soportar y escribir miserias, las cuales recibo de buena gana y de corazón, considerando que me son comunes con muchas personas de bien, grandes personajes de todos los países y de todos los tiempos,

con toda la Iglesia de Jesucristo, y en suma, con el mismo Hijo de Dios. Tal ha sido desde el principio del mundo la condición de los grandes personajes, de los profetas, de Cristo, de los apóstoles y de toda Iglesia de Dios, la cual yo no puedo ni debo cambiar o rechazar. Aun me parece que puedo alabarme en Dios con santo orgullo, diciendo con San Pablo que me gozo en mis aflicciones y cumplo en mi carne lo que falta de la pasión de Cristo, por su cuerpo que es la Iglesia. Por tanto no debo arrepentirme de haber estado en esos peligros, mirando a la persona del Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Salvador, que ha soportado por nosotros tormentos mucho más graves, y exige con toda justicia nuestra obediencia en tales cosas. Rindámosela con toda decisión y valor, nosotros todos los que reconocemos su gracia y nos gloriamos en su nombre. Pues no es posible que hombre mortal se pueda prometer en este mundo algún alivio y estar algún tiempo en reposo, estando el género humano en este delirio o furia, o para mejor decir, estando el mundo en esta última ancianidad y tirando al fin, como está; hasta que siendo libertados de esta muerte y eximidos del todo de la crueldad de los tiranos, lleguemos a la gloria de Dios plena de verdadero y perfecto gozo, que durará eternamente.

Adiós. Este mes de julio de 1545.

I N D I C E

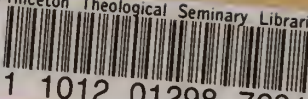
Tomo II

	Pág.
Lecturas y visitas en la prisión	7
La visita de dos españoles	10
Los engaños del fraile	16
La respuesta de Euzinas	21
El evangelio en España	26
El arzobispo de Compostela	28
Las imágenes en España	35
Pedro de Lerma	41
Francisco de San Román	47
Roch, el imaginero	66
Magdalena de la Cruz	69
Las bulas en España	70
Las imágenes milagrosas	74
Justo Jusberg	78
El proceso de Gilles	99
A la busca de testigos	124
Las acusaciones contra Euzinas	131
Nuevas persecuciones	135
El predicador de la Reina	138
La huída de Euzinas	149

OBRAS CLASICAS DE LA REFORMA

- I. *La libertad cristiana*, por Martín Lutero.
- II. *El Padrenuestro*, por Martín Lutero.
- III. *Prefacio a las Biblias castellanas del siglo XVI*.
- IV. *Del beneficio de Jesucristo crucificado*.
- V. *La justificación por la fe*, por Felipe Melanchthon.
- VI. *El Nuevo Testamento*, traducido por Francisco de Enzinas (trozos selectos).
- VII. y VIII. *Memorias: Historia del estado de los Países Bajos y de la religión en España*, por Francisco de Enzinas.
- IX. *Los Artículos de Esmalcalda*, por Martín Lutero.
- X. *Sumario de la Sagrada Escritura*.
- XI. *Catecismo mayor (Doctrina cristiana fundamental)*, por Martín Lutero.
- XII. *Diálogo de la doctrina cristiana*, por Juan de Valdés.
- XIII. *Alfabeto cristiano*, por Juan de Valdés.
- XIV. *Los Salmos de David*, traducidos por Juan Pérez de Pineda.
- XV. y XVI. *Institución de la Religión Cristiana*, por Juan Calvino.
- XVII. *El Testamento Nuevo* (1556). *Epístola Consolatoria* (1560), por Juan Pérez de Pineda.
- XVIII. *Tratados Breves. La Santa Cena. Carta al Cardinal Sadoletto*, por Juan Calvino.

Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01298 7691

Se terminó de imprimir en
la Imprenta Metodista, Do-
blas 1753, Buenos Aires,
el 22 de Abril de 1960.

